

187
2 es.



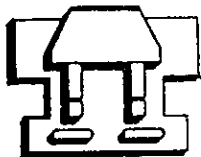
**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

CAMPUS "IZTACALA"

**MADRES SOLTERAS: ¿MUJERES DEVALUADAS?
LA CONCEPTUALIZACION DE SI MISMAS
ANTE ESTA CONDICION.**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A :
MARIA MARTHA PEREZ UREÑA

ASESORES: LIC. VICTOR MANUEL ALVARADO GARCIA
LIC. LUIS BENJAMIN ESTREVEL RIVERA
LIC. MA. DE LOS ANGELES CAMPOS HUICHAN



IZTACALA

TLALNEPANTLA, ESTADO DE MEXICO

1998

264458

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Agradezco infinitamente por su colaboración a
Carmen, Sara, Hortencia, Lourdes y Silvia.*

*Mi agradecimiento muy especial a mis Asesores:
Luis, Víctor y Angeles
por su paciencia y dedicación incondicional.*

*Gracias a Dios por darme la fortaleza
para concluir con este trabajo.*

*Gracias a mis padres por confiar en mí,
por su amor y su apoyo incondicional.*

*Gracias a Marco, Laura, Cheta, Beba,
Tere, Gerardo, Francisco y Jorge por su apoyo
y cariño.*

*Dedicada a Barby, Haydeé y Abril
Con todo mi amor.*

Mujer

*...Un ser que aún no acaba de ser
no la remota rosa angelical
que los poetas cantaron
no la maldita bruja
que los inquisidores quemaron
no la temida y deseada prostituta
no la madre bendita
no la marchita y burlada solterona
no la obligada a ser bella
no la obligada a ser mala
no la que vive porque la dejan vivir
no la que debe siempre decir que sí
un ser que trata de saber quién es
y que empieza a existir*

Alaide Foppa.

RESUMEN

Al referirse a los derechos humanos, con frecuencia pensamos en los derechos institucionalizados cuyo objetivo es crear relaciones humanas equitativas. Sin embargo pocas veces se reflexiona sobre **“los derechos humanos no postulados”**, aquellos que se asumen y/o atribuyen en todo momento, y que de alguna forma regulan la interacción social de los individuos. Derechos pocas veces cuestionados porque pertenecen a la vida cotidiana.

Considerando la importancia que tienen estos derechos no decretados, en la red de relaciones diarias, surge el interés de estudiar su asunción y/o atribución en mujeres de escasos recursos económicos que ejercen la maternidad en soltería. Mediante la interpretación de sus vidas narradas enfocamos nuestra atención en tres aspectos fundamentales: la afectividad, su relación con el otro y la maternidad.

Asimismo sustentamos nuestro trabajo en las prácticas culturales en donde subyacen ideas, creencias y costumbres que coadyuvan en la construcción de mujeres y de hombres.

Se integran los análisis particulares y resultados generales que evidencian un sentido compartido en el ejercicio de un pre-derecho al separar la maternidad de la práctica sexual, lo cual resulta significativo en estas mujeres porque son capaces de resignificar su visión del mundo y actuar bajo otro orden.

INDICE

	Página
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO UNO	
■ Los Derechos Humanos no Postulados	8
■ Se Construyen Mujeres y Hombres.	10
CAPÍTULO DOS	
■ Representación Social de la Mujer en Nuestra Sociedad.	19
■ Representación de Sí Misma de la Mujer Actual.	27
■ Las Madres Solteras	30
CAPÍTULO TRES	
■ Metodología	33
■ Narrativa Carmen / Análisis	38
■ Narrativa Sara / Análisis	58
■ Narrativa Hortencia / Análisis	79
■ Narrativa Lourdes / Análisis	97
■ Resultados Generales	116
■ Discusión y Conclusiones	125
■ Bibliografía	129

INTRODUCCION

Tema del diario acontecer en nuestra sociedad actual es sin duda el de los derechos humanos decretados cuya finalidad es propiciar relaciones humanas sanas y justas. Es frecuente escuchar hablar de los derechos humanos que todo individuo debe conocer y ejercer como parte inherente de su naturaleza, como el derecho a la vida, a la salud, a la educación, etc., los cuales no siempre se practican, quizá porque para los sistemas es conveniente que se institucionalicen y operen de acuerdo a ciertos lineamientos e intereses, conveniencia que determina cada sistema dependiendo de las características particulares de un individuo o grupo al cual va dirigido el ejercicio del derecho, de su contexto histórico y de la intencionalidad del mismo.

Asimismo, en todo grupo social encontramos la atribución y asunción de otro tipo de derechos humanos, los "derechos no postulados", presentes en la vida cotidiana desde que nacemos, aquellos que muy pocas veces nos cuestionamos, sólo se ejercen y/o atribuyen como una forma de regular las relaciones humanas sin una conciencia clara. Preocupados por conocer cómo se entreteje el ejercicio de estos derechos en la cotidianidad y cómo contribuyen en la construcción y deconstrucción de los individuos, elegimos un grupo que nos resulta muy significativo por los pocos antecedentes que se tienen de él, nos referimos a mujeres de escasos recursos económicos que ejercen la maternidad en soltería.

Con el afán de enriquecer las aportaciones que múltiples instancias han realizado acerca del conocimiento de la psicología de la mujer y de su salud integral, surge la inquietud de estudiar a un grupo que día a día va en aumento, las **Madres Solteras**. Mujeres que ciertamente pertenecen al colectivo, de quienes se llevan estadísticas como proveedoras y jefas de familia, "de las mujeres económicamente activas, 60.2% son madres. El 25% de las familias

tienen jefatura de familia en el D.F." (Scholtys 1997:8-9). Sin embargo poco se sabe de la concepción que de sí mismas tienen, de su visión del mundo y de su quehacer social. Parte medular de nuestro estudio es el análisis de tres aspectos fundamentales; en la afectividad, en su relación con el otro y en su noción de maternidad, en donde subyace la atribución y/o asunción de derechos no institucionalizados que ejercen en lo cotidiano.

Estas son razones suficientes para aventurarnos a estudiar la psicología de cuatro mujeres, a través de sus valiosísimos testimonios que nos permiten analizar e interpretar toda una gama de significados, actitudes y sentimientos expresados a lo largo de sus narrativas para comprender bajo qué circunstancias actúan de un modo y no de otro, así como el reconocimiento o no como sujetos de derecho en lo afectivo, en su relación con el otro y en su condición de *madres solteras* que necesariamente nos da cuenta de la realidad social y de su cultura.

Es conveniente resaltar aspectos que estarán presentes en el curso del estudio para comprender nuestra línea de investigación. En primera instancia esbozamos la manera en que operan las mentalidades en toda sociedad; creencias e ideas que regulan los grupos y permiten al individuo insertarse en su comunidad y dar cuenta de su visión del mundo. Mentalidades que se asumen en un ejercicio social como parte de la naturaleza misma de la vida, sin cuestionar ese mundo dado, en donde está implícito el deber ser asignado. En ese marco con significados compartidos, los individuos se asumen a partir del *deber ser*, en un proceso de construcción que comienza desde la infancia; el niño aprehende de su entorno objetos a los que da significados, tomando como referencia patrones y modelos que necesariamente van definiendo su ser así. Ciertamente esta construcción está presente en lo cotidiano, en los primeros vínculos con la familia se refuerzan y perpetran mentalidades avaladas por la comunidad, de ahí que las niñas sean encaminadas a asumirse diferentes a los

niños; a ellas se les enseña a ser amorosas, tiernas y frágiles, a los niños se les inculca ser independientes y a no expresar sus sentimientos, lo que se enfatiza a través del juego, concepción que subjetivan y ponen en práctica de manera natural.

En ese ejercicio dialéctico entre individuo y sociedad, todos sin excepción, ejercemos y/o atribuimos derechos y obligaciones *no postulados*, como una forma de actuación, también natural, ejemplo de ello es el derecho que asume la madre ante los hijos por el hecho de serlo, y la atribución que ellos le confieren por ser la madre.

Sin embargo, en el transcurrir de la vida, aquellos valores y creencias individualizadas no siempre permanecen estáticas, bajo ciertas circunstancias y vivencias particulares suelen ser objeto de reflexión. Este proceso de reflexividad permite repensar aquello que parecía incuestionable y puede llegar a ser resignificado, es decir dar otro sentido a lo que creemos. Agencialidad que permite al individuo otras formas de comportamiento a la luz de una visión del mundo y de sí mismo diferentes.

Estos procesos podrían llevar al individuo a asumirse como sujeto de derecho con una conciencia clara, para lo cual se requiere de la dialéctica entre reflexividad y agencialidad, tarea que no siempre resulta fácil, ya que la confrontación de lo que debe ser con lo que es, altera el curso de lo natural y permea la construcción de otras mentalidades no siempre acordes con lo esperado. Se tiene pues la posibilidad de deconstruir la noción que de la realidad nos ha sido dada, la concepción de sí mismos y asumirse bajo otra óptica con el reconocimiento del ejercicio y atribución de derechos y obligaciones que impactarían necesariamente en toda relación humana.

Por último, para comprender la psicología de la mujer actual es necesario citar la representación social que se tiene en nuestra sociedad, la cual apunta hacia el deber ser asignado, confiriéndole funciones que sólo pertenecen en su

condición de mujer como *madresposa*. Tradicionalmente la mujer se prepara para el matrimonio; debe aprender las labores propias del hogar y asumir su papel social de educadora y cuidadora de los hijos. Sus inquietudes y aspiraciones que van más allá de este contexto, son poco valoradas ya que su realización debe centrarse en su función primera de esposa y madre. Esta noción de lo que una mujer *debe ser*, se explica a través de mecanismos que acentúan su condición como son la familia, la escuela, la Iglesia, los medios de comunicación entre otros.

Cada mujer conforma su propia representación, a partir del marco cultural en donde se desenvuelve, encontramos que la mujer actual se asume de muy diversas maneras; aquellas que deciden desarrollarse y se preparan intelectualmente para desempeñar labores intelectuales y creativas. Muchas más acceden al mundo laboral para mejorar su condición económica familiar, o porque el trabajo es inherente a su condición de mujeres. Para otras su realización será el matrimonio y la consecuente maternidad. Existe pues toda una gama de alternativas que la mujer de hoy busca para su auto-realización. Sin embargo creemos que las prácticas culturales presentes en la sociedad actual coadyuvan de alguna manera a que muchas mujeres se asuman como *madresposas*, coartando toda posibilidad en algunos casos, de concebirse capaces de emprender otros rumbos.

El ejercicio de la maternidad en soltería es generalmente una condición que sale de la norma, porque de acuerdo a las prácticas culturales prevalecientes en nuestra sociedad se debe cubrir el *deber ser mujer y madre* dentro del matrimonio, de ahí que se les considere en muchos casos *diferentes* porque no cumplieron con lo esperado. Asimismo, todas y cada una de ellas ejerce su maternidad de manera muy particular, de ahí que la asunción y/o atribución de derechos dependerá no sólo del marco cultural, sino también de su fortaleza psicológica y de su capacidad de deconstrucción, lo cual impactará en su condición de madre, en la afectividad, en su relación con el otro y en

todas sus relaciones sociales .

En las **madres solteras** entrevistadas encontramos nociones de derecho que comienzan a germinar y a ejercer en su relación con el otro; son capaces de separar el ejercicio sexual de la maternidad cada una bajo circunstancias muy particulares, que las lleva a cuestionar lo *natural* y resignificar su visión del mundo y de sí mismas a partir de la praxis social. Es significativo el desenlace de sus historias, ya que la noción de derecho pierde relevancia, quizá por las prácticas culturales presentes, evidente también en su condición de madres solteras.

todas sus relaciones sociales .

En las **madres solteras** entrevistadas encontramos nociones de derecho que comienzan a germinar y a ejercer en su relación con el otro; son capaces de separar el ejercicio sexual de la maternidad cada una bajo circunstancias muy particulares, que las lleva a cuestionar lo *natural* y resignificar su visión del mundo y de sí mismas a partir de la praxis social. Es significativo el desenlace de sus historias, ya que la noción de derecho pierde relevancia, quizá por las prácticas culturales presentes, evidente también en su condición de madres solteras.

CAPITULO UNO

Para las ciencias sociales el estudio de la *mujer* ha sido en los últimos tiempos objeto de gran interés. Disciplinas como la antropología, la sociología y la psicología han aportado, desde diversas corrientes un sinfín de postulados como respuesta a una necesidad por entender su comportamiento y explicar por qué se asume y se manifiesta de tal o cual forma y cómo se vincula con el hombre y con su entorno. Hoy por hoy conocemos numerosas investigaciones, tratados, convenciones y movimientos que han estudiado a la mujer en los espacios en donde está inmersa como en la familia, en el trabajo, en la salud, en la educación, es decir, en todas sus relaciones sociales, así mismo, ha surgido la preocupación real de múltiples instancias que trabajan incansablemente para mejorar las condiciones materiales de existencia de la mujer y promover su desarrollo integral, lo que contribuiría a situarla en términos de igualdad ante el varón, sin embargo es evidente que todavía queda mucho camino por andar y muchas vertientes por descubrir.

Hablar de la condición actual de la mujer resulta pues inagotable, ya que el tema es extenso y por demás complejo. El estudio de las **madres solteras** sólo es una pequeña parte de ese universo que es la *mujer*. Abordar la problemática de las madres solteras, es intentar conocer diferentes formas de asumir su condición tomando en cuenta el marco cultural en donde se desenvuelven en su vida cotidiana, esto quizá nos lleve a entender la percepción que algunas madres solteras de escasos recursos económicos, tienen de sí mismas.

Para esclarecer nuestra línea de investigación, es indispensable retomar aspectos relevantes que tienen que ver con la concepción de la mujer, tomando como referencia la construcción de las mentalidades propias de su época que conforman toda una ideología y su relación dialéctica con las prácticas sociales.

en donde van implícitos derechos que se asumen, ejercen, atribuyen y que conforman toda esa constante construcción de mujeres y hombres dentro de su cotidianeidad, situando como eje central a la mujer.

En el devenir histórico los individuos han conformado grupos, lo que ha permitido su desarrollo y la integración de sociedades con formas de pensamiento e ideas más o menos sistematizadas que les permite entender el mundo; sabemos por ejemplo, que las tribus africanas así como aquellas sociedades modernas se rigen de acuerdo a mentalidades que tienen que ver con sus costumbres e ideas muy particulares, dependiendo del momento histórico y de su cultura; pensemos en la poligamia válida para algunos y la monogamia indiscutiblemente operante para muchos occidentales. Las ideologías son producto de mentalidades que se incorporan a una colectividad y operan de manera inconsciente. Al respecto Romero (1987:13) dice: "Son ideas, opiniones, creencias, marcadas con ese fuerte signo social que es el consenso. Son ideas sobre las cuales ningún grupo social tiene una conciencia perfectamente clara, pero son las que secretamente se ponen en funcionamiento cuando se toma una decisión o se dice: esto es bueno, esto es malo o esto es tolerable, esto es intolerable".

Para que nuestra sociedad actual existiera, fue necesario un proceso cultural en el que intervinieron todo un cúmulo de condiciones socio-políticas y tecnológicas y a la par, la construcción de unas y deconstrucción de otras mentalidades. Dentro de las culturas existe una interacción constante entre individuo y sociedad, esto es a través de su cotidianeidad, de sus prácticas sociales y de la red de relaciones con los otros es decir, de cómo se sitúa en el mundo poniendo en funcionamiento mentalidades como constructoras de su ser así; cada individuo dará un sentido o intención simbólica a estas mentalidades cuyo carácter es compartido, y pondrá en práctica estrategias en el ejercicio

social que le posibilitan su individuación a través de procesos de agencialidad.

Desde que el individuo tiene sus primeros contactos con el mundo comienza esa constante y larga tarea de construcción. A partir de su nacimiento en el seno familiar le será dada una educación que responde a una ideología, se le inculcan ideas y pensamientos como modelos a seguir; el niño seleccionará todos aquellos objetos, a los que dará significados y valores en su vida cotidiana para conformar su propia visión de la realidad, lo que le permite situarse en el mundo. En esa cotidianeidad hombres y mujeres se constituyen partiendo siempre de la significación o resignificación que hacen de los objetos y del contexto social. Ciertamente esta construcción está regida por las prácticas culturales que enmarcan lo permisible para cada uno, lo que es válido y prohibitivo, tomando como referente las mentalidades propias de su momento histórico, en muchos casos del deber ser, en donde están implícitos derechos y obligaciones que operan y regulan las relaciones entre padres e hijos, entre mujer y hombre, es decir, entre todos los individuos. El que algunas mujeres se asuman como propiedad del esposo, y por ello en muchos casos, se sientan con el derecho de golpearlas o maltratarlas, es porque quizá en el mundo en el que se enmarcan sus relaciones operan derechos asumidos y atribuidos de acuerdo a mentalidades particulares, propias de ese contexto.

LOS DERECHOS HUMANOS NO POSTULADOS

En todos los ámbitos de lo social están presentes los derechos humanos oficiales, aquellos que teóricamente tienen la intención de crear relaciones justas entre los individuos. Asimismo, existen los **derechos humanos no postulados**, aquellos que operan en la vida cotidiana, por lo que es necesario referirnos a estas dos categorías del derecho.

Tomando en cuenta que para el control y regulación de las sociedades es menester el cumplimiento de normas y reglas, para que éstas se cumplan, se

crea todo un aparato que regula y mediatiza su ejercicio y aplicación. Es evidente que en la actualidad, consecuencia de una necesidad individual y colectiva o quizá debido a intereses de control, el tema de los derechos humanos ha cobrado gran relevancia en diversos ámbitos, tanto en lo político, lo educativo, lo laboral, por ejemplo, para expresar y hacer valer los derechos humanos negados por las vías legales. Sabemos que existen derechos institucionalizados que en teoría resultan viables pero que en la práctica poco conocemos de ellos y mucho menos los ejercemos.

Si entramos al mundo cotidiano, encontramos que se practican derechos y obligaciones en todo momento, esos que **no están decretados**, esos que nos reconocemos de manera natural, que atribuimos y que ejercemos, en donde *el ser y el deber ser* ponen en juego prácticas que no siempre resultan acordes, inclusive pueden llegar a ser contradictorias, lo que permite la construcción y deconstrucción de los individuos en esa constante interacción social. Estas normas tácitas responden a valores preestablecidos que rigen sus prácticas y relaciones en la vida cotidiana. Todos los individuos sin excepción, en los diferentes ámbitos ejercen y/o atribuyen obligaciones y derechos, un ejemplo claro es el padre que sanciona al hijo, sólo sabe que es su derecho por ser el padre. El niño también sabe que está en su justo derecho por ser su progenitor. Ambos reconocen este derecho, ninguno de los dos cuestiona el por qué de esta atribución y asunción. Este sistema de relaciones resulta pues de lo cotidiano en donde se finca, plasma y reelabora la mentalidad.

La mujer actual no escapa a este sistema, pertenece a un colectivo que encuadra una red de relaciones sociales en donde operan mentalidades las cuales tienen un carácter compartido, y el sentido simbólico que cada mujer le da, supone la individuación en el ejercicio social hacia el marco cultural; pone en práctica estrategias sociales e individuales que responden a situaciones específicas. Dentro de las ideologías y mentalidades encontramos el *deber ser*, la noción cultural que se tiene de lo que debe ser una mujer y un hombre nos

remite a formas de asumir y/o atribuir derechos y obligaciones que individualizan y ejercen en sus prácticas sociales.

Para ejemplificar lo anterior, comparemos las características atribuidas y/o asumidas ante ciertos comportamientos: si nos referimos a la *prudencia*, en ocasiones a la mujer se le califica como "prudente, cauta", si se trata de un varón se dice que es "cobarde". Si hablamos de *obediencia*, le atribuimos muchas veces a la mujer el calificativo de "dócil" y al hombre lo etiquetamos como "débil". Si una mujer *no se somete* se suele calificar como "dominante o agresiva" y al varón se le atribuye la calidad de "valiente".

En el marco en donde la mujer se desenvuelve muchas veces puede estar o no de acuerdo, lo que le permite en un momento dado la construcción y deconstrucción de su visión del mundo y la construcción de mentalidades particulares o de grupo.

SE CONSTRUYEN MUJERES Y HOMBRES

Una vez que hemos esbozado la forma en que operan las mentalidades y cómo se atribuyen y/o ejercen derechos dentro de esa práctica, expondremos cómo se construyen mujeres y hombres partiendo de la representación social que se tiene de cada uno.

En nuestra sociedad actual, es evidente la promoción de hombres y mujeres. Con frecuencia, los padres transmiten estilos de vida producto de mentalidades, como parte de una tradición en una práctica meramente cotidiana, sin una conciencia clara. En muchos casos se les enseña a obedecer y a adoptar actitudes que corresponden a su *deber ser* niña o niño. En esta interacción niñas y niños toman de su entorno objetos a los que dan significados muy particulares, dependiendo de su propia experiencia, lo que se traduce en formas individuales de situarse en el mundo.

Esta promoción de mujeres y hombres no necesariamente sigue rumbos unívocos, como individuos psico-sociales en esa constante interacción dialéctica, cada *persona* se constituye tomando muy diversos caminos, la representación social es en gran medida vectora de prácticas que se manifiestan en lo cotidiano, sin embargo los alcances que pueda tener esta representación para cada individuo dependerá de su acción individual, de su agencialidad, es decir, de cómo mujeres y hombres individualizan su ser así muy particular en la acción social; pensemos en las mujeres de un sector determinado que tienen patrones de comportamiento similares, esto no significa que su forma de vincularse con el mundo y de entender la realidad sea igual para todas, cada una de acuerdo a su historia y de la red de relaciones que establezca con el colectivo se construye y deconstruye en esa práctica de individuación en el ejercicio relacional.

Tomando en cuenta la representación social que se tiene de mujeres y hombres, citamos aspectos generales de prácticas culturales que coadyuvan a que los individuos se inserten en nuestra sociedad.

La niña muy probablemente deba jugar con muñecas como parte del reconocimiento de su maternidad; le facilitarán juguetes como trastecitos, planchita, cocinita, muñeca y todos aquellos que la identifiquen con su labor de ama de casa y madre. La educación de que es objeto quizá será diferente a la de los varones, se le educará para ser frágil y delicada, los juegos bruscos se le prohibirán pues se dice que su constitución física es inferior a la de los niños. Con relación a su afectividad también podría ser regulada por la familia, debiendo manifestarse de acuerdo a su *deber ser niña*: tierna, de buenos modales y se le enseñará a ocultar su cuerpo. Desde temprana edad la niña quizá interiorice, en los planos afectivo y cognitivo, una forma de ser que la identifique con su *deber ser niña*.

A los niños se les enseñará, con frecuencia, a ser independientes y a desarrollar fuerza física. En lo afectivo se les inculcará ocultar sus sentimientos.

a no llorar y a "aguantarse como los machos".

En el artículo "Deformación de niños y niñas" (Fem 8. 1991:73) encontramos una interesante comparación de atribuciones por parte de los adultos, que facilita a los infantes poner en práctica el deber ser, producto de esta promoción de ser hombre o ser mujer en nuestra sociedad, la cual opera en muchos casos, no sólo en la infancia sino que se perpetra hasta la vida adulta y se reproduce de una generación a otra.

Cuando una persona se comporta en forma:	Si es niña se dice que es:	Si es niño se dice que es:
Activa	Nerviosa	Inquieto
Desenvuelta	Grosera	Seguro de sí mismo
Deshinibida	Desvergonzada	Espontáneo
Si se defiende	Agresiva	Valiente
Si quiere superarse	Alzada	Ambicioso
Arriesgada	"Marimacha"	Muy hombrecito
Sensible	Delicada, femenina	Maricón
Obediente	Dócil	Débil
Inocente	Ingenua	Pendejō
Si se somete	Fiel	Arrastrado, lambiscón

Observamos cómo generalmente algunos adultos atribuyen cualidades de acuerdo a la percepción que tienen del mundo, las cuales serán adoptadas por los niños en su vida cotidiana de manera irracional, sólo racionalizarán muy probablemente, que hay dos formas de ser en el mundo: o se es niña o se es niño y para ello hay que cumplir con comportamientos de acuerdo a su sexo en donde subyacen derechos y/o obligaciones atribuidos y asumidos en lo cotidiano que son ejercidos como parte del deber ser asignado.

Casanova (1992:44) dice: "Generalmente, el niño nace dentro de una familia, en la que interactúa y se relaciona, ella es la que determina la formación de su personalidad. A través de estas primeras relaciones se va filtrando un

mensaje social que asegura la reproducción del orden establecido y de las identificaciones posibles y necesarias".

Al entrar en contacto con el mundo exterior, también se enfrentarán a ideologías que posiblemente regulen y coadyuven en su construcción. Como institución socializadora, la escuela refuerza los valores y normas aprendidas en el hogar, dentro de la educación formal se promueven y se van conformando mentalidades muy particulares con la integración de grupos, la división de géneros: niños y niñas, lo que refuerza lo aprendido en el seno familiar. Rubin (1986:112) dice: "En los primeros años de escolarización, cuando los grupos adquieren mayor importancia, la separación entre los sexos se hace incluso más patente y a fines de la infancia es casi completa".

De adolescentes generalmente las jóvenes ya tendrán una concepción muy clara del *deber ser mujer*. En el terreno afectivo probablemente buscarán el "príncipe azul"; se relacionarán con los jóvenes esperando que sean amorosos y tiernos con ellas. En muchos casos, toda expresión sexual estará rodeada de tabúes y prejuicios que agencian muy probablemente desde la infancia, lo que promoverá sentimientos de culpa y la negación de su propia sexualidad. En la tradición del mexicano gran número de familias celebran los XV años, esta fiesta viene a poner de manifiesto la transición de niña a mujer. Es un evento que la familia cubre no porque le otorgue una condición de igualdad ante el varón, sino como un requisito que la sociedad reclama para evidenciar que ya es *mujercita*; pareciera que los padres la exhiben como un objeto que ponen a la venta pues saben que ya tiene la madurez biológica para la procreación. Es en esta celebración en donde oficialmente se le otorga reconocimiento social.

Muy probablemente los jóvenes se asumirán como personas independientes. En lo afectivo se les enseñará a no mostrar sus sentimientos más íntimos y evidenciar su superioridad ante la mujer. Para muchos de ellos las experiencias sexuales serán un prerrequisito para concebirse hombres seguros y con *experiencia*, en ellos no se crean sentimientos de culpa, pues

será muy natural que se expresen así antes del matrimonio. Lejos de ser un tabú, entre los amigos el tema se convierte en sinónimo de hombría y adulación. Lo afectivo será quizá mucho menos trascendente que para las jovencitas y aún cuando se vinculen con ellas, cuentan con mucho más actividades que atender y su vida no girará necesariamente en torno al amor.

Dentro de esta interacción constante, la gran mayoría de jóvenes mujeres y hombres, ponen en práctica la atribución y ejercicio de derechos y obligaciones como una forma funcional de vivir su vida, lo que constituye toda una idiosincrasia que se prolonga y afianza en la vida adulta.

A partir de un proceso de individuación y socialización, los individuos materializan su visión particular de la realidad dependiendo de vivencias y experiencias que tienen que ver con el quién soy y cómo me relaciono con el mundo. Las gran variedad de representaciones que hacen de sí mismos tiene una relación estrecha con el marco cultural en el que se desenvuelven; la red de relaciones que han establecido a lo largo de su historia les permite su construcción y deconstrucción en la vida cotidiana, en donde están implícitos derechos y obligaciones que ejercen y/o atribuyen, práctica que toma diferentes caminos de acuerdo a su deber ser así.

En el caso de las mujeres, algunas quizá se conciban como el *sexo débil* debido precisamente a esa subjetividad que apropian en su vida cotidiana, en donde están implícitas infinidad de condiciones y factores externos que facilitan su condición. La representación que hagan de sí mismas será quizá de dependencia tanto en lo económico como en el plano afectivo; su meta a pesar de estudiar y prepararse será el matrimonio y ser madre, condiciones que deberán operar de la mano porque de otra manera es disfuncional para el colectivo. Si se saben casadas, se sentirán protegidas pues contarán con una pareja en quien depositar su cariño y juventud. Si son madres posiblemente se

sentirán plenas porque su función social es **ser esposa y madre**. "Se busca encasillarlas, en un rol de actividades domésticas, en detrimento del desarrollo de sus aspectos intelectuales y creativos. Evidentemente esto es resultado de una herencia cultural, puesto que la madre y otras mujeres que conviven con ella, transmiten un modelo de mujer servidora". (Op.cit. 1992:25).

Para otras mujeres el matrimonio y el ser madres posiblemente no sea lo fundamental, quizá han encontrado muchas otras formas de desarrollo y realización, aún cuando socialmente no sea lo esperado. Estas mujeres son las que día a día se enfrentan a la representación social pues sus prácticas son muchas veces contradictorias. Es frecuente escuchar comentarios en torno a una mujer soltera que pasa de los veinticinco años, suele considerarse como *diferente* y después de los treinta años socialmente es *quedada o solterona*.

Para algunas mujeres que luchan por su emancipación e independencia, muchas veces podrían encontrarse también ante prácticas ambivalentes; por un lado son capaces de abrirse camino fuera del hogar, de lograr independencia, de relacionarse con otras mujeres y hombres, conocer otras mentalidades, pero por otro lado sus prácticas cotidianas con el padre, con el esposo, con el jefe, etc. tienden a ser de subordinación.

En cuanto a los varones, algunos quizá interioricen su condición de superioridad ante la mujer. En estas prácticas las actitudes machistas son frecuentes, las cuales son fomentadas y aceptadas por muchas mujeres.

Otros posiblemente vean a la mujer como complemento y compartan derechos y obligaciones, quizá porque su construcción y/o deconstrucción implicó prácticas diferentes desde el núcleo familiar.

Muchos más, podrían manifestar ambivalencia en su relación con las mujeres (madre, esposa, hija, subordinada, etc.) y se sitúan en ocasiones *superiores* y en otras *igual* a la mujer. Es frecuente observar hombres que enaltecen la "*labor de su madre*" y subestiman las funciones de la esposa. Este fenómeno se enfatiza en algunas familias sobre todo en la celebración del "10

de mayo".

Podríamos decir que la mujer de nuestra sociedad actual generalmente se asume como esposa y madre; tomando como referencia la representación social, se espera que cumpla con estas dos funciones básicas, sin embargo, hoy por hoy sabemos que la mujer además de ser esposa y madre coexiste e interactúa en otros espacios fuera del hogar; sale a trabajar y a estudiar, concesiones permitidas por el hombre con mayor frecuencia, se relaciona con mujeres y con otros hombres, comparte experiencias, conoce otras formas de agencialidad. La manera en que individualiza su ser así, le permite desarrollar estrategias para vincularse con los otros en el ejercicio social, tiene la posibilidad de elegir cómo vivir su vida, reafirmar su condición o bien deconstruirla; para muchas lo esencial es ser madresposas y amas de casa, para otras quizá sea además salir a trabajar y/o prepararse y para algunas más posiblemente esta condición sea ajena a sus intereses y decidan realizar otras actividades intelectuales o creativas. Es evidente que en estas relaciones sociales encuadradas por mentalidades todas las mujeres asumen y atribuyen derechos y obligaciones en todo momento, quizá sin una conciencia clara, de manera muy particular dependiendo de su individualización en la praxis; no todas se asumen inferiores al hombre, no todas atribuyen y ejercen los mismos derechos a la pareja o a los hijos. Tenemos pues todo un abanico de relaciones y representaciones que la mujer actual hace de sí misma, dentro de un marco cultural con mentalidades e ideologías que sitúan a la mujer como *el sexo débil*, sin embargo, no por ello todas las mujeres que pertenecen a este colectivo se asumen bajo patrones idénticos y unívocos.

Para las madres solteras socialmente esta condición podría situarlas en desventaja ante otras mujeres porque en el marco cultural en donde se mueven quizá están fuera de la norma. La representación social que se tiene de la mujer es transgredida por esta nueva condición, lo que viene muchas veces

a poner en cuestionamiento la maternidad en soltería. Posiblemente las madres solteras se tendrán que enfrentar al estigma social, las mentalidades prevalecientes dictan lo que culturalmente debe ser una mujer: esposa y madre, aún cuando se le permitan otros privilegios. Lagarde (1990:393) comenta al respecto: "Tener un hijo fuera del matrimonio implica ser madre soltera, con las dificultades que tiene la transformación de la mujer en jefa de familia, y las obligaciones que adquiere, para toda la vida. Además esta mujer queda marcada, no sólo por haber sido usada eróticamente, hecho que la pone en condiciones desfavorables para encontrar marido frente a las vírgenes, y la carga del hijo".

Por su parte, la revista *Mujer/fempres* (1993:10) detalla cifras interesantes que evidencian altos porcentajes de jóvenes madres solteras que sufren el rechazo y la desvalorización ante su condición: "En un estudio presentado por el Centro de Orientación a las Adolescentes, el 70% de las jóvenes madres solteras dijo sentirse rechazada, el 40% se autovalora negativamente y el 35% ve negro su futuro. Sólo el 15% planea seguir estudiando y la expectativa de la mayoría es que el padre del bebé se haga cargo de la manutención para que ellas puedan ser simplemente amas de casa. Pero esta fantasía rara vez se cumple".

Sin embargo, la representación que hacen de sí mismas podría ser asumida y ejercida de muy diversas maneras. El rumbo que tome cada una de ellas será particular y dependerá en mucho de sus creencias, costumbres e ideas presentes en sus prácticas culturales y de su agencialidad en lo cotidiano, interacción que supone el ejercicio y atribución de derechos y obligaciones; para algunas posiblemente esta nueva condición reafirme su individuación y quizá para otras represente la necesaria deconstrucción.

En lo sucesivo nos enfocaremos a la representación social de la mujer actual en la Ciudad de México, cómo se concibe a sí misma, los espacios en los

que se desenvuelve así como las estrategias que ponen en práctica las madres solteras y cómo se reconocen y atribuyen derechos dentro de su colectividad.

CAPITULO DOS

REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA MUJER EN NUESTRA SOCIEDAD

La representación social que se tiene de la mujer en la actualidad pone de manifiesto prácticas culturales con rasgos muy característicos que conforman modos de ser en nuestra sociedad y de alguna forma marcan la pauta de los diversos rumbos que la mujer toma en el ejercicio de su construcción y representación.

En el encuadre en el que se mueve la mujer, se plantea en primera instancia, como un requisito necesario del *deber ser*, su realización a partir del matrimonio legitimando la unión preferentemente por las dos leyes "*por la Iglesia y por el Civil*", si acaso no es posible, es viable que viva con el otro o cuando menos se casen "*por el Civil*", esto le da un estatus como la "*esposa de*". Otra característica de la representación social es la maternidad dentro del matrimonio, función ciertamente biológica, pero que también tiene un fin social y cultural pues se concibe como parte inherente de la mujer y susceptible de ejercerla dentro de la *legalidad*. La constitución de la familia es de vital importancia porque el matrimonio está íntimamente relacionado con la procreación, es difícil concebir una unión *legítima* sin hijos. El atribuir la maternidad a la mujer no sólo tiene un peso social para ella, sino también para el varón, pues el ser padre es sinónimo de hombría y de poder. Cuando pasan algunos meses o años y la pareja decide no tener hijos, o bien no están en posibilidades físicas para ello, es común que el marco cultural en el que se desenvuelven, ejerza cierta presión porque tradicionalmente no se concibe una pareja sin hijos y en el caso de que la mujer por razones orgánicas no cuente con la capacidad para procrear con frecuencia es considerada como "*incompleta*".

Una exigencia social es su disposición para ser madre de más de un hijo, lo *más sano* cuando menos es tener la "*parejita*". Culturalmente aún cuando se sabe que la información genética de la mujer no determina el sexo del bebé, lo ideal en términos generales es que el primogénito sea varón lo que evidencia la trascendencia del hombre en ese otro ser.

En cuanto al ejercicio de la sexualidad con frecuencia se considera secundario si está relacionado con la mujer, pues por tradición no se le reconoce la capacidad y el derecho de asumirse como *mujer sexuada*, sino como objeto al servicio del hombre y dispuesta a compartir *su cuerpo* para el disfrute del otro sin importar sus inquietudes y sentimientos más íntimos. En muchos casos cuando se habla de sexualidad y mujer están vinculados con la procreación.

Tradicionalmente a muchas mujeres se les asignan labores y deberes que cumplir dentro del hogar como el cuidado y crianza de los hijos, los quehaceres domésticos y en algunos casos la distribución de la economía. Estas responsabilidades son consideradas como exclusivas de la mujer, históricamente es ella quien debe hacerlas. El hombre es quien sale a trabajar, aporta gran parte de la economía y no debe hacerse cargo de deberes considerados de poco valor social.

Aún cuando culturalmente a la mujer se le asignan labores dentro del hogar, es común observar el fenómeno de la mujer y el trabajo, esa *doble jornada* que muchas mujeres tienen que cubrir, espacio en donde con frecuencia se observa la división social y la marginación de que es objeto, por lo que es necesario citar la red de relaciones en este ámbito, remitiéndonos a las condiciones económicas actuales propias de nuestra colectividad.

La globalización de la economía de los países del primer mundo ha repercutido innegablemente en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas incluido México. Nuestro país se enfrenta a una crisis económica, política y social, propiciada por un sistema neoliberal impuesto varios años atrás que arrastra a las masas hacia una pobreza generalizada. Esta coyuntura y la aparente apertura de oportunidades para la mujer en las últimas décadas, ha propiciado su inserción al trabajo productivo formal e informal, cuestión que resulta común en nuestros tiempos. "En las últimas décadas, la incorporación de las mujeres a los mercados de trabajo ha sido creciente, y en 1993 constituye aproximadamente el 33% de la Población Económicamente Activa (PEA). Este incremento ha sido más dinámico que el de los varones. Entre 1970 y 1990, conforme la información censal, la PEA masculina creció un 70.5% y la femenina un 123%" (Suárez, 1997: 23).

Es frecuente la participación de mujeres en diversos terrenos de lo laboral antes negados para ellas como en la política, en la educación, en el desarrollo de tecnologías, en la cultura y las artes, etc. en donde no sólo encuentran su realización sino también el reconocimiento de amplios sectores, incluyendo a los varones. Hoy en día es común escuchar que las mujeres incursionan en ámbitos laborales tiempo atrás impensables para *el sexo débil*, a quienes se les confían responsabilidades y funciones de mayor peso, apertura que necesariamente ha transformado la idea de la mujer en el trabajo, lo cual le ha permitido demostrar su capacidad y profesionalismo, aún cuando todavía tenga que enfrentarse en ocasiones a la discriminación y rechazo por parte de algunos hombres.

Asimismo, existe un sector de mujeres con necesidades económicas apremiantes y pocas posibilidades de prepararse intelectualmente, aquellas que como *hormigas* venden su fuerza de trabajo en diversas ramas de la industria, muchas de ellas maquiladoras, de servicio, o bien, en dependencias gubernamentales. Encontramos en muchos casos la segregación como una

constante, se crean trabajos para hombres y para mujeres: ellas están aptas para ser costureras, armadoras de piezas finas como en la industria electrónica, empaquetadoras, mecanógrafas, cocineras, afanadoras, entre otras. Generalmente actividades aisladas sin un sentido práctico y creativo que mutilan toda posibilidad de desarrollo intelectual, por el contrario, con frecuencia son tareas monótonas y desgastantes. En el subempleo la presencia de la mujer es también amplia, principalmente en el comercio ambulante, esto en muchos casos, no como una consecuencia de su emancipación, sino como una necesidad de supervivencia.

En el trabajo formal en muchas ocasiones son comunes los ascensos de varones, reconocimiento generalmente atribuido a su capacidad, en cambio, si se trata de mujeres muchas veces las promociones se atribuyen a los *favores negociados* con los jefes y no por el reconocimiento de sus aptitudes. Así mismo, gran cantidad de mujeres que trabajan se enfrentan a un sin número de violaciones de sus derechos individuales y como trabajadoras, aún cuando la Ley Federal del Trabajo estipule artículos que protegen los intereses de la mujer, no siempre se cumplen, sin embargo, aún cuando algunas mujeres estén conscientes de que son objeto de abuso por parte de los patrones, la necesidad de una fuente económica fija les coarta la libertad de expresarse y exigir sus derechos. Es evidente que en los últimos tiempos han surgido movimientos en pro de las mujeres trabajadoras, sin embargo en la práctica es bien sabido que siguen existiendo violaciones a sus derechos.

En el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México, (GIMTRAP, 1994) encontramos lo siguiente: "Cerca de 240 mil hogares tienen una mujer a la cabeza, la cual, en más de la mitad de los casos, gana el salario mínimo o aún menos. Las mujeres se han incorporado al mercado de trabajo hasta conformar el 32% de éste, pero la caída salarial de los últimos tiempos ha provocado una fórmula social: mujer (sola con sus hijos) + trabajo = pobreza".

Ciertamente gran cantidad de mujeres aprenden a *trabajar* desde la infancia, muchas de ellas asumen su responsabilidad del trabajo como *natural* a su condición de niña y en la vida adulta esa *doble jornada* la conciben como parte del deber ser mujer, y no como un doble trabajo. No obstante para algunas la falta de preparación y la discriminación de que son objeto, podría traducirse en insatisfacción, agotamiento y deterioro físico e intelectual, quizá porque vislumbran pocas o nulas posibilidades de desarrollo en el trabajo. Aunado a ello, las largas jornadas de trabajo podrían propiciar en ocasiones el descuido en la educación y crianza de los hijos, lo que conllevaría posiblemente a conflictos intrafamiliares.

Esta representación social que se tiene de la mujer se puede explicar a través de diversos mecanismos como la religión, los medios de comunicación, las modas, la literatura en donde están presentes mentalidades que contribuyen al proceso de individuación no sólo de mujeres sino también de hombres.

Dentro de las creencias y valores, la Iglesia juega un papel crucial en la representación social y la concepción que hace de sí misma la mujer. El Clero como mediatizador entre la sociedad y el Estado promueve preceptos y mitos encaminados a la subordinación de la mujer ya que profesa el respeto al esposo, la sumisión y la obediencia, exaltando la supremacía del hombre. Promueve la paz espiritual en donde están implícitos los sacrificios, algunas los asumen como una obligación con los otros. En muchos casos, legitima el matrimonio mediante una ceremonia que permite a la pareja vivir fuera de pecado. Asimismo sugiere la resignación de la mujer ante una relación insatisfactoria o conflictiva. Estos valores muchas veces coadyuvan a que la mujer reafirme el deber ser mujer y anule el ser mujer.

El mito de pureza no sólo tiene que ver con la castidad corporal, sino con esa forma de pensarse como mujer digna del hombre que la *tomará como esposa*, aquel que compartirá su vida y quien la protegerá, por lo que la mujer

debe mantenerse *pura*. La virginidad viene a evidenciar este control que posiblemente la mujer subjetiva en lo afectivo y en lo cognitivo y que se manifiesta en la negación del ejercicio de su sexualidad fuera del matrimonio. Desde pequeña se le reprime, toda expresión sexual es considerada como *sucia y mala*, se enseña a la niña a no tocarse, a ocultar su cuerpo. De adolescente en muchos casos, el conflicto se toma como un tabú considerado como pecaminoso; la joven no debe expresarse a partir de su sexualidad, se deberá conservar virgen hasta el matrimonio. La Iglesia como parte del sistema y reguladora, refuerza estas ideas al fomentar el recato y el alejamiento de las *tentaciones*, confinando el ejercicio de la sexualidad no como una práctica natural e inalienable del hombre, sino vinculada a la procreación como único fin. La joven que se encuentra en plena búsqueda de identidad, se verá muchas veces, ante la duda y la curiosidad, ante el prejuicio y el sentimiento de culpa si acaso experimenta y ejerce su sexualidad, al perder su *virginidad* biológica sufrirá un impacto psicológico que la hará sentir que perdió valor.

"Las tradiciones judeocristianas son un control sexual para la mujer, pero este control significa también un control social, ya que el sexo, desde el punto de vista religioso, no es un valor humano sino una tentación y el único destino limpio y la exclusiva justificación del sexo es la procreación". (Alvarez, 1975:70).

El Clero también condena y crea sentimientos de culpa ante las prácticas del aborto, muchas mujeres ante esta situación, no tienen el derecho sobre su propio cuerpo y sus acciones; quienes viven esta experiencia, en la mayoría de los casos, se enfrentan al conflicto emocional y ponen en peligro sus vidas porque es un acto clandestino y castigado por la ley. En un estudio realizado por el Grupo de Educación Popular con Mujeres, A.C. (1994:58), en México encontramos datos alarmantes: "En 1991, los abortos provocados eran de un millón 500 mil, de los cuales 200 mil fueron de consecuencias mortales".

Como reguladora la Iglesia se extiende hasta el seno familiar. Generalmente el tema de la sexualidad es negado, aún cuando exista comunicación entre padres e hijos, resulta difícil hablar de ello pues desde siempre es considerado tabú; tema espinoso y complicado que los padres evaden muchas veces por falta de conocimiento producto de los prejuicios religiosos.

Sin duda uno de los instrumentos de regulación, quizá el más poderoso por su alcance, es la tecnología de los medios masivos de comunicación. Están inmersos en nuestra cotidianidad, reforzando todo el aparato ideológico; para muchos la única verdad es lo que ven en la televisión o escuchan en la radio. Su difusión es tan extensa que es insospechado el control que ejercen dichos medios en todos los niveles. La mujer no escapa a esta vorágine, en todo momento vemos en cine y televisión a la *mujer-objeto*, con una imagen que no corresponde a nuestra cultura. Se estereotipa a la mujer rubia y delgada que no tiene similitud con la mujer mexicana, más sin embargo, muchas mujeres añoran ese modelo y hacen lo imposible por parecerse a ellas. A través de las imágenes y actitudes realzan atributos físicos y minimizan la capacidad intelectual, un ejemplo son los certámenes de belleza. Las telenovelas sin temor a equivocarnos también juegan un papel regulador; se presentan historias de mujeres inseguras, sumisas que pasan de un sufrimiento a otro y al final encuentran la felicidad con el hombre que las humilló y engañó, pero que las ama.

En la radio comercial el mensaje no puede ser más directo. Las programaciones diurnas están plagadas de temas dirigidos a la mujer; recetas de cocina, educación para los niños, consejos para ser mejor esposa, medicina y salud, dietas, entre otras, que la sitúan en su deber ser mujer y qué decir del contenido de las canciones que hablan constantemente de la subordinación de la mujer.

Asimismo, conocemos toda una industria que fabrica literatura exclusiva para las mujeres de todas las edades, teniendo revistas para niñas: "Barbie"; para adolescentes: "Eres", "Tú", "Tú novias"; para las amas de casa y las ejecutivas están "Cocina Fácil", "Ser Padres", "Buen Hogar", "Vanidades", "Cosmopolitan", etc., etc. Analizando el contenido de estas revistas es claro que están diseñadas con el objeto de reafirmar la identidad de la mujer ama de casa y madre. A pesar de que los contenidos estén repletos de recetas de "diez pasos" para ser una mujer autosuficiente, se encubre la intención de que la mujer reafirme su papel social. García (1980, pág. 14), dice: " En las revistas femeninas se maneja una serie de mitos encaminados a sostener una ideología femenina que señala la casa como el lugar de la mujer, y su labor la de velar por la familia esto, interpretado como el estar al tanto de ofertas y comprar lo necesario".

En el marco cultural en donde la mujer se desenvuelve reconocemos mentalidades que reafirman el papel social de hombres y de mujeres, las encontramos en los medios de comunicación, en la Iglesia, en la familia, en la escuela, en el trabajo, en todas las relaciones sociales. Probablemente la representación social de la mujer está encaminada a reconocerla esencialmente como esposa y madre, aún cuando con frecuencia es vista como *mujer-objeto* susceptible de *compra-venta*, o bien como *mujer-trabajadora* campo en donde su participación es cada día mayor. Estas mentalidades compartidas, tendrán un sentido simbólico que cada mujer individualiza de manera particular mediante el ejercicio social en lo cotidiano.

REPRESENTACIÓN DE SÍ MISMA DE LA MUJER ACTUAL

La mujer actual se asume de diversas maneras, partiendo de su individuación a través del ejercicio social. En este encuadre cultural en donde está inmersa, se ven reflejadas mentalidades que pone en funcionamiento en su vida cotidiana, propias de su *ser así* en esa constante interacción dialéctica con el hombre y con su entorno, en donde la asunción y/o atribución de los derechos y obligaciones son parte de esa praxis.

Para muchas mujeres el matrimonio es una de las metas a alcanzar, tener una familia, un hogar y un esposo que las proteja y en el mejor de los casos las mantenga. Cuántas madres vemos a diario que preparan a sus hijas desde pequeñas para casarlas con el mejor postor, eligen el futuro de sus hijas, quizá buscando su propia realización justificando su bienestar y felicidad, sin importar lo que ellas quieren para sí. Otras, salen a prepararse, son capaces de desarrollarse en diversos espacios, sin embargo, una vez que llegan a cierta edad biológica, sienten la necesidad de vincularse con *la pareja ideal*, que no siempre cubre las expectativas pero que las llevará al matrimonio.

La mujer muy probablemente subjetiva la maternidad como algo natural dentro del matrimonio, sabe que biológicamente está apta e idealiza esta condición. La decisión de ser madre en ciertos casos, puede estar ligada a muy diversos motivos; quizá como una forma de control del otro, es decir, "si tengo hijos no me va a dejar", o bien la necesidad de procrear, condición que pudiera hacerla sentirse útil. Quizá el deseo de tener un hijo en quien depositar su cariño y cuidados, tal y como le fue enseñado o bien como una forma de cubrir sus necesidades afectivas. Darle un sentido real a su vida, ya que culturalmente una de las funciones esenciales es el ser madre. Quizá el miedo a la soledad, si acaso el esposo la abandona o muere, tendrá alguien que la acompañe y se

haga cargo de ella. Otra razón pudiera ser el amor a su pareja o bien trascender en otro. Deseos muy probablemente vinculados a su ser así que subjetivan desde pequeñas a través del juego con las muñecas como una forma de aprendizaje para la vida adulta. "El juego a las muñecas y el cuidado a los menores y a los animales domésticos, son caminos de las niñas hacia la feminidad, a la vez que son feminidad en acto. Las niñas son madres en lo real concreto y de manera simbólica". (Op.cit. 1990: 387).

Un aspecto relevante es el ejercicio de la sexualidad; gran cantidad de mujeres asumen como función única de esta práctica la procreación, ciertamente muchas experimentan el erotismo como expresión del amor hacia la pareja, sin embargo quizá no conciben su ejercicio como una forma de autoconocimiento y conocimiento del otro. Dentro de este marco es evidente que existen factores históricos y culturales que han coadyuvado a que prevalezcan y aún más se afiancen mentalidades que ponen en entredicho la expresión sexual plena de la mujer. Aquellas que desbordan su erotismo e intentan establecer una comunicación con el otro, son en muchos casos censuradas y la imagen que de ellas tiene su pareja podrían perder valor por los prejuicios relacionados con la *virginidad e inocencia*, dones exclusivos de la mujer. Un gran número de mujeres es objeto de conflicto cuando decide poner en práctica su sexualidad debido a los prejuicios sociales que tachan de *insano* que una mujer, sobre todo si es fuera del matrimonio, tenga este tipo de experiencia.

Aún cuando existe gran cantidad de literatura dirigida a la mujer en donde se intenta sensibilizarla con relación a su sexualidad, se requiere de todo un proceso de resignificación para romper con toda una ideología. Esto en muchos casos es reforzado innegablemente por las actitudes del hombre, él es quien tiene el control de la relación, él es quien tiene la experiencia y de cierta forma, muchas mujeres disfrutan esa condición porque no conocen otra. Pocas

son las mujeres que tienen a su lado una pareja con quien puedan compartir sus inquietudes y deseos.

Muchas mujeres por tradición, se asumen desde muy pequeñas como amas de casa, la niña sirve al padre y al hermano, más tarde atiende al esposo y a los hijos, aún cuando hoy en día grandes grupos de mujeres ejercen actividades fuera del hogar, necesariamente tienen que cumplir con la otra jornada, los quehaceres domésticos, cuidado y educación de los hijos.

La sociedad actual permite día a día a gran número de mujeres ciertos privilegios, como estudiar, prepararse intelectualmente y participar en el terreno laboral. Posiblemente la representación que hace de sí misma, permea formas de asumirse un tanto tradicionales que están muy vinculadas a la noción cultural que se tiene de mujeres y hombres. El mundo ha sido explorado por los hombres y la mujer ha permanecido en la sombra, él es quien controla a la naturaleza y por lo tanto culturalmente es superior. Es claro que las condiciones materiales de existencia de la mujer han sufrido cambios significativos, pensemos por ejemplo, en la mujer de hace cien años que no tenía acceso a las universidades ejercicio común hoy en día. Muchas mujeres son capaces de elegir otras actividades fuera del hogar, salen a trabajar, a estudiar, se relacionan con otras mujeres y con otros hombres, comparten y cuestionan puntos de vista, es bien sabido que algunas se desarrollan en el terreno político, otras más expresan sus ideas a través del arte como en la pintura, en la literatura, en la danza, etc., asimismo, cada día es mayor el número de mujeres que participan en el desarrollo científico, tecnológico y social en las diversas disciplinas. Sin embargo, aún cuando la mujer participa en diferentes ámbitos, generalmente se le sigue viendo como *el sexo débil* debido a que la ideología prevaleciente facilita esta forma de pensar a la mujer.

En el marco cultural en donde la mujer está inmersa, la representación social supone características atribuidas a la mujer diferentes a las del hombre, sin embargo, todas las mujeres coexisten dentro de este encuadre y en el proceso de construcción y deconstrucción individualizan la realidad en el ejercicio social lo que les permite incorporarse a este colectivo. En esa red de relaciones cotidianas la mujer ejerce y atribuye derechos y obligaciones de manera muy particular; muchas veces vemos que *el deber ser* se pone de manifiesto en este ejercicio, en algunas mujeres reafirman su condición, otras por el contrario tienen la posibilidad de deconstruir su ser así, a través de procesos de reflexión cuestionando lo *natural* y trascienden a otras formas de relación.

LAS MADRES SOLTERAS

Las madres solteras no pertenecen a un mundo aparte y aislado, se desenvuelven en un contexto cultural que dicta valores y normas, sin embargo su condición de madres fuera de la legalidad, las hace vulnerables, *diferentes*. Esta condición particular dentro de una sociedad, es posible que produzca una crisis no necesariamente psicológica de estas mujeres, sino una crisis social de las mismas, porque a la luz de la cultura una madre soltera deja de cumplir o rompe de alguna forma con la representación social propia de su ser así que la haría respetable si su maternidad fuera dentro del matrimonio. La madre soltera tendrá que enfrentar esta nueva condición; en muchos casos podría recrudescerse la significación que ya tiene como mujer y tomar diversos rumbos. Muchas mujeres se verán ante la necesidad de desarrollar estrategias de supervivencia social; para algunas el camino podría ser la resignación asumiendo con mayor fuerza su deber ser. Quizá en otros casos se traduzca en una desvaloración total que la llevaría posiblemente a vincularse con otros hombres o inclusive con el padre de su hijo pero ahora en términos de *ser usada*

por los otros. En algunas quizá se manifieste la depresión y la falta de interés para construir un proyecto de vida. Para otras podría dirigirse al total recato y la negación ante nuevas relaciones. Probablemente para muchas se haga patente la incapacidad para enfrentar su maternidad en soltería. Otras podrían resignificar su condición y se vean ante la necesidad de deconstruirse.

Los posibles caminos que toman las madres solteras son impredecibles y tienen una relación dialéctica con el marco cultural en donde están inmersas, que ponen a la mujer bajo ciertas condiciones materiales y simbólicas dentro de su ejercicio cotidiano. En esa cotidianeidad la asunción y/o atribución de derechos podría manifestarse también de varias formas; quizá la negación de una nueva responsabilidad ante el hijo y la consecuente atribución de derecho y obligación a los padres o a familiares cercanos. En algunas probablemente el deber ser se externe con mayor fuerza y asuman como única obligación el ser madres.

Para estas mujeres su vida cotidiana, quizá desde que se saben embarazadas habrá cambiado radicalmente, desde ese momento su nueva condición pudieran manifestarse como una obligación que tendrán que asumir solas. Posiblemente, al inicio de su embarazo, se enfrentarán al abandono de la pareja, lo que podría traer conflicto e incertidumbre, el rechazo de la familia y de los amigos; la reacción inmediata en algunos padres podría ser de frustración y decepción porque la hija "se fue con el novio". Las amigas quizá se alejarán porque representa una mala influencia. Para muchas de ellas, no les quedará más remedio que aceptar lo que los padres impongan, si es que se quedan a vivir con ellos, y en muchos casos, se verán sujetas a la decisión de los demás y vivirán esos nueve meses con angustia o rechazo y negando su condición. En el opuesto, para otras mujeres el ser madres bajo esta condición, podría representar una etapa necesaria para realizarse y quizá su maternidad en soltería no signifique conflicto, sino que por el contrario la asuman como parte del deber ser mujer.

Con todo lo anterior valdría la pena hacer una reflexión, preguntamos si podemos hablar de generalidades, si *todas las mujeres madres solteras* se conciben y se viven siguiendo siempre patrones preestablecidos. La pregunta central de nuestro estudio, aquella que nos ha movido a indagar en lo vivencial, es la que nos motiva a cuestionarnos si será posible conocer la condición real de algunas de ellas, de cómo se mueven en su mundo, de cómo se asumen como sujetos de derecho en sus relaciones diarias, tomando como punto de referencia las prácticas culturales propias de su contexto. Mujeres que asumieron el trabajo desde la infancia como algo natural e inherente a su condición, con carencias afectivas y económicas, cuya visión del mundo estaba encaminada a asumir el deber ser mujer a través del matrimonio y la maternidad. Vale la pena pues indagar en su psicología su sentir, sus anhelos, sus frustraciones y todos aquellos sentimientos más profundos que nos permitan analizar e interpretar su condición de **madres solteras**.

CAPITULO TRES

METODOLOGÍA

Para abordar el presente trabajo, nos apoyamos en el enfoque interpretativo, como una alternativa de hacer investigación, dado que en las últimas décadas ha tenido gran aceptación en las Ciencias Sociales. Línea que nos lleva a conocer la realidad social en su dimensión simbólica, en donde los individuos son constructores de la realidad social y de los significados compartidos en el marco de la intersubjetividad y del lenguaje. "Serrano afirma que este planteamiento abre la posibilidad de comprender lo que un conjunto de voces nos dicen acerca de la realidad social y cultural". (Ibáñez, 1989:117).

El mismo Ibáñez (ibid.:127) dice al respecto: "lo social no aparece hasta el momento en que se constituye un mundo de significados compartidos entre varias personas. Es este fondo común de significaciones el que permite a los individuos investir a los objetos con una serie de propiedades que no poseen "de por sí", sino que son construidas conjuntamente a través de la comunicación y que se sitúan por lo tanto en la esfera de los signos".

Para el mismo autor es imprescindible reconocer la naturaleza histórica de la realidad social. En el plano ontológico indica que las prácticas sociales tienen memoria, "la genealogía de los fenómenos sociales está presente en ellos mismos". La realidad social es el resultado de "modos de vida" (Ibid.: 120) que una sociedad construye, por lo tanto todo fenómeno social pertenece a un momento histórico.

En el plano epistemológico reconoce que los fenómenos sociales tienen memoria y futuro por lo que no se pueden separar del proceso y tratarlos como un "objeto" aislado, incluyendo el conocimiento científico el cual es producto de

determinadas prácticas, por lo tanto también forma parte de la realidad social en su dimensión histórica.

Otros dos aspectos que resalta son en primera instancia, la importancia del concepto y del fenómeno de la reflexividad, el cual nos indica que sólo el ser humano es capaz de romper la disyunción objeto/sujeto, lo que posibilita la intersubjetividad basada en significados compartidos, en cuyo proceso circular del yo cognoscente sobre el yo conocido permite lo social.

La reflexividad facilita la reconstrucción permanente e interdependiente de los individuos y del contexto relacional en tanto el conocimiento de sí mismo y del mundo se modifica.

El reconocimiento de la reflexividad nos lleva a la reconstrucción de los individuos, y la agencialidad nos remite a la actuación intencional de las personas. Lo que abre la posibilidad de ser agentes capaces de autodirigir sus actos. Inmersos un mundo dado, los individuos adquieren la capacidad de actuar de una forma o de otra, a partir de la lectura de un evento particular, lo que resulta ser impredecible y no puede explicarse desde el principio del determinismo causal universal.

La realidad social adquiere su carácter dialéctico en tanto existe una mutua construcción entre individuo y sociedad, resultado de la relación con otros en un mundo de significaciones compartidas en donde está presente un marco cultural regido por mentalidades, lo que permite a los individuos interiorizar como razonable un mundo dado. Cada persona "percibe y manipula el mundo en el que nace partiendo de sí mismo (Heller, 1977:36).

Para dar cuenta de la realidad social, es indispensable abordar la acción de los individuos, tomando como referente el mundo simbólico de significados compartidos, así como el sentido que confieren a sus acciones bajo circunstancias particulares, en esa medida es posible hacer una interpretación cultural a partir de la actuación individual. Esta aproximación sería posible a

través del discurso de los individuos como constructores de la realidad social. Mediante la narrativa las personas relatan sus vivencias inscritas en un contexto relacional y época particulares, cuyo significado es también particular. Las narraciones no sólo dan cuenta de eventos significativos para las personas, sino que son un referente de la cultura de la cual forman parte, en esencia de "modos de vida".

El Yo narrador tiene la capacidad de estructuración lingüística y de dar múltiples sentidos a sus actuaciones. "El Yo cuenta historias en las que incluye un bosquejo del Yo como parte de la historia. Esta concepción del Yo, que percibe la existencia particular organizada narrativamente, implica una aproximación epistemológica de raíz hermenéutica o interpretativa, mediante la que puede captarse no la lista pormenorizada de cualidades sino la construcción ininterrumpida de significados". (Serrano, 1995: 44).

Para la interpretación del "saber narrativo" de vidas narradas, nos obliga necesariamente a reconstruir la historia de vida en cuestión. "Desde el enfoque hermenéutico lo esencial del objeto de estudio es: 1) que se trata de un sujeto envuelto en una permanente búsqueda del sentido de sus acciones y 2) que se trata de un sujeto envuelto en tradiciones particulares". (Ibid.: 49)

El análisis narrativo intenta esclarecer los elementos discursivos y encontrarles sentido. "Su propósito es reconstruir uno de los sentidos posibles de acciones humanas significativas mediante el discurso narrativo". (Op.cit.: 123). Sin embargo esta reconstrucción de uno de los sentidos no sólo se limita a dar cuenta de la acción individual, sino que implica llevar al investigador a la interpretación y comprensión de la cultura de la cual forma parte el individuo. "...el análisis narrativo se distancia de otros procedimientos por su énfasis en la experiencia de la propia gente y en el carácter intencional de la agencia humana y porque lo que los/as analistas persiguen básicamente es ver cómo la historia y la cultura determina las narraciones de los/as agentes". (Iñiguez, 1995: 17).

Entre los modelos de análisis más relevantes de la narrativa citados en Serrano (Op.cit.:130) están el de Burke (1945), que se centra en las siguientes preguntas: qué se hizo, cuándo o dónde se hizo, quién lo hizo y el propósito de la acción.

Labov (1982) argumenta seis elementos en su "modelo estructural": Síntesis de la narración, temporalidad y participantes, secuencia de acontecimientos, significado de la acción y balance.

Para acceder al saber narrativo se requiere del apoyo de la entrevista etnográfica, cuya metodología permite rescatar aquellos elementos significativos de la acción individual y así acceder al conocimiento de la realidad social a través de la interpretación cultural. "La cultura de cualquier sociedad está hecha de conceptos, creencias y principios de acción y organización que el etnógrafo ha descubierto, que podían atribuirse con éxito a los miembros de esa sociedad en el contexto de sus relaciones con ellos". (Wolcott, 1985:130). Mediante la entrevista etnográfica el narrador cuenta su historia a partir de su versión personal, experiencias cotidianas que le son significativas, lo que posibilita al investigador extraer esos eventos y trasladarlos a la interpretación cultural. "Es el análisis de las actuaciones habituales que los actores sociales habituales desarrollan con el fin de llevar a cabo sus acciones cotidianas". (Coulon, 1995:13)

Todo individuo como parte de un mundo simbólico compartido, cuya interacción con otros le permite subjetivar formas de actuar particulares, partiendo siempre del contexto en donde se mueve, nos lleva a comprender la acción individual dentro de lo social. Por lo tanto para acceder la acción social de un sector determinado, es necesario conocer la actuación individual, acercarnos a su "micro-cultura", a sus costumbres, ideas, hábitos y creencias.

En este sentido, para el presente trabajo partimos del estudio de cuatro mujeres **madres solteras**, de entre 30 y 45 años de edad, "cabezas de familia",

de escasos recursos económicos, con escolaridad básica, quienes laboran como obreras calificadas en el ramo farmacéutico. En el contacto relacional en donde están inmersas, rigen ideas muy claras sobre el deber ser asignado de la mujer. Desde la infancia se asumen como niñas trabajadoras condición que conciben *natural* el resto de sus vidas. En la vida adulta sus expectativas girarán en torno a la condición de madresposa.

Al acceder a sus historias a través de la narrativa, recurrimos al análisis interpretativo de todos aquellos datos que adquieren significado particular en sus experiencias vividas, tomando con referente tres aspectos centrales: *la afectividad, la relación con el otro y la maternidad*, los que pensamos son esenciales para comprender la concepción de sí mismas como mujeres y madres solteras, sin olvidar desde luego el contexto social e idiosincrasia que les permite concebir su visión del mundo en el que viven. Como narradoras nos dan la oportunidad de escudriñar en su pasado, presente y futuro, lo que en suma nos permite interpretar su cultura.

La interacción laboral con estas mujeres contribuyó en primera instancia para reflexionar sobre su condición de madres solteras y más tarde, el franco interés por conocer cómo viven su vida.

Para la recopilación de datos se recurrió a la entrevista etnográfica como herramienta metodológica de gran utilidad para el trabajo interpretativo, así como las observaciones en el espacio laboral, lo cual enriqueció el análisis y el trabajo mismo.

NARRATIVA CARMEN

Edad: 46 años

Laura su hija tiene catorce años, actualmente cursa el tercer año de secundaria.

Carmen vivió su infancia en una vecindad del rumbo de Tlalpan. Es la tercera de cuatro hermanos: Elena de 50 años, Luis de 47, Carmen de 46 y Lupe de 40.

Su padre es oriundo de Tepozotlán y su madre es del Estado de Hidalgo.

Recuerda que su padre no tenía trabajo fijo, en temporadas fue velador "dormía todo el día", posteriormente trabajó algunos meses en una fábrica de espejos. "Era muy estricto y enérgico" con la madre y con los hijos, cuando estaba de mal humor y discutía con la esposa terminaba golpeando "a todos". Carmen no considera que fuera alcohólico pero en las fiestas que "eran seguidas", tomaba y se embrutecía.

Su madre lavaba y planchaba ajeno y como trabajadora doméstica. Era indiferente a los hijos y "dócil" con el marido, porque acataba sus órdenes y no se atrevía a desafiar o contradecir sus decisiones, "él decía la última palabra". Carmen tenía la "obligación de planchar los overoles de mezclilla" del padre y como no alcanzaba el burro de planchar, se subía en un mueble. Entre ella y sus hermanas debían mantener la casa limpia y cuando el padre "tronaba los dedos" tenían que servirle. "No recuerdo momentos felices" porque nunca salió a pasear, no le compraban juguetes ni dulces, nunca le demostraron cariño, su padre "siempre peleando" y su madre indiferente ante los hijos. Entre hermanos pocas eran las manifestaciones afectivas, nunca les enseñaron a abrazarse y "peleábamos como todos los niños".

Carmen y sus hermanos sólo pudieron estudiar la primaria. Elena sí asistió a una academia de corte y confección "por ser la mayor", aunque nunca trabajó como costurera.

Ya de adolescentes todos comenzaron a trabajar fuera. Elena fue la primera, quien a los doce años laboraba empaquetando cacahuates y a los quince entró a trabajar en una fábrica de vasos desechables. Carmen también se colocó en ese lugar. Su hermano Luis trabajaba en temporadas de mecánico o de albañil y tenía ciertos privilegios en su casa como el que las hermanas le lavaran la ropa y le sirvieran la comida, porque "él era hombre igual que mi papá y las mujeres hacíamos el quehacer". El padre había dispuesto que el dinero que ganaran, íntegro lo controlara la esposa, siempre bajo su vigilancia. Recuerda que sólo les daban para lo mínimo indispensable, la ropa y zapatos los escogía y los compraba la madre cuando lo consideraba necesario. Para esa época ambos dejaron de trabajar y delegaron la responsabilidad a los hijos. Lupe, la más pequeña fue la única que no tuvo que cumplir con esta regla, condición que surgió a raíz de que "la embrujaron" a los diez años. "La maldad" de que fue víctima, era para la madre "por envidias", pero "le cayó a la niña", por lo que se vió muy enferma y su recuperación duró varios años, por tal razón los padres "la consideraban". De acuerdo a las creencias de la madre, cuando la niña comenzó a tener fiebres y los médicos no daban explicación científica, sólo podría tratarse de un hechizo por lo que fue sometida a "limpias" y curaciones porque de otra manera la infante habría muerto.

Cuando Carmen tenía quince años escuchó una conversación entre su madre y su madrina, ésta sugería a la mujer que confesara a su hija Elena que su verdadero padre no era el que conocía sino otro. Carmen vivió siempre con esa angustia y pensaba que el mal trato que recibía Elena de su padre se debía a "ese secreto". Nunca dijo nada ni preguntó sobre el asunto, también se enteró que su madre había abandonado a cuatro hijos en Hidalgo, hermanos que a la fecha no conoce y que la mujer no volvió a ver. Por la forma de ser de su padre, "tan frío", pensaba que probablemente ella tampoco era su hija, "por eso no me quería".

En esa época Elena y Carmen comenzaron a tener novios y amigos, el papá los corría y "nos pegaba", piensa que esta actitud era producto del temor de que se casaran y "lo dejáramos de mantener". Al hermano no le prohibía tener novias y podía salir por las tardes o ir a fiestas por la noche, por ser varón.

En la fábrica se relacionó con muchachos pero nada serio, "me aburrían pronto y los dejaba", quería que le demostraran cariño. Recuerda a Pedro como su primer novio, ambos tenían once años y su relación "fue muy inocente" porque sólo se tomaban de las manos, "eran cosas de chamacos" pero para ella fue importante porque "me gustaba querer y sentirme querida por alguien".

Con relación a la sexualidad, el tema era considerado tabú; para la madre era difícil hablar con las hijas "de esas cosas", de adolescentes sólo se limitó a decirle a Elena la mayor, "lo de la regla" y ella se lo comentó a las hermanas en su momento. Ni ella ni sus hermanas entendían el por qué de "la regla", lo único que sabían era que "a todas las mujeres les pasa cuando crecen". En algunas ocasiones le había oído decir a la madre que las relaciones sexuales "eran algo malo" y ellas no debían permitir que ningún hombre "abusara". Carmen había escuchado con las hermanas y vecinas que "con las relaciones se tenían hijos", para ello "se tenía uno que casar" y "ser virgen hasta que se casa uno". De lo poco que conocía Carmen al respecto siempre le quedaban dudas pero "me daba pena preguntar más".

Elena "se fue con el novio" a los veintidós años aún cuando no quería al muchacho, pues su padre "corrió al que sí quería". Luis se casó al año siguiente y Lupe a los dieciocho años. Cuando le preguntó a su hermana por qué se casaba, le dijo que no le gustaba trabajar y "quería que la mantuvieran". Cuando todos se casaron, Carmen se quedó con la responsabilidad de sus padres aún cuando Elena pasaba semanas o meses en la misma casa, debido a pleitos con el esposo y los padres no le exigían ayuda económica porque no trabajaba.

Con el tiempo, nacieron los sobrinos, recuerda que desde los embarazos de Elena y Lupe, se emocionaba y les "ayudaba a hacer la "ropita". De bebés "me gustaba bañarlos, cambiarlos y cargarlos". Cuando crecieron, "pasaba horas jugando con ellos". En especial le agradaban las niñas.

Como inquilinos de la vecindad los reubicaron en la Unidad Vicente Guerrero, por el rumbo de Iztapalapa. Carmen "con sacrificios" amuebló la modesta vivienda. Cuando legalizaron los papeles de la propiedad quedó como heredero único Luis, porque en ese momento "estaba a la mano" y era el único hijo varón, lo que le parece "es injusto" porque los gastos de la casa corrieron a cargo de ella y ahora la amenaza con quitársela.

Desde que vivían en la vecindad las fiestas comunales eran frecuentes, le gustaba bailar pero eso sí, para que "me salieran bien los pasos", bebía "cuatro o cinco cubas, si no tomaba me daba pena que me vieran bailar" En una de esas reuniones se fue a acostar "un poco mareada" y en cuanto se metió a la cama el marido de su hermana menor intentó tocarla, recuerda que sintió miedo a pesar de que estaba alcoholizada, pero su intención se frustró porque llegó Lupe. A partir de ese momento su relación cambió, "lo estimaba" y se llevaba bien con él pero con "eso" nunca más volvió a ser como antes, "casi no le dirigía la palabra" y procuraba no estar "a solas", le daba miedo que intentara tocarla otra vez. En otra ocasión en la casa de Elena también su marido trató de besarla, lo que le molestó y le indignó, su actitud para con él fue la misma que con el otro cuñado y en lo sucesivo ninguno de los dos intentó acercarse pero Carmen siempre estaba "alerta" e imaginaba que "me espiaban cuando me desnudaba". En ambos casos "el secreto me lo guardé" y nunca lo comentó para evitar problemas con las hermanas.

A los veintidós años conoció a Raymundo de su misma edad y vecino del rumbo, le llamó la atención desde la primera vez que platicó con él, le gustaba cómo la miraba y "sus ojos", era "muy hablantín" y "cuando agarró confianza me

abrazaba y me decía cosas" relacionadas con su físico como "qué bonita eres", "ese color de vestido te queda". Se veían a diario y la "buscaba", un día la invitó a "salir" y ella aceptó, fueron a "caminar". En esta salida "me habló", así que comenzaron a ser novios. Carmen se encariñó rápidamente, recuerda que "todo el tiempo quería estar con él", platicaban, iban a caminar y la acompañaba a su casa todos los días. Después de tres meses de relación, le preguntó si "era virgen" y ella le contestó que "sí". Raymundo sugirió que tuvieran "relaciones" pero ella propuso que "más adelante" porque tenía poco tiempo de noviazgo. Las semanas siguientes continuó insistiendo, argumentando que "no tiene nada de malo y nos queremos". Carmen pensaba que efectivamente el tener relaciones sexuales no "era malo", por el contrario imaginaba que podía ser "algo bonito"; estaba enamorada y si él quería tener intimidad era porque también la amaba. Cada que tocaba el punto "me convencía más". Un día que salieron y le preguntó a dónde quería ir, ella contestó "a donde quieras", Raymundo dijo que quería "estar a solas" y Carmen aceptó. No experimentó sentimientos de culpa, aún cuando su madre decía que "era malo irse con el novio", para ella era una forma de "demostrar amor a quien uno quiere". Su "primera vez" dice que fue "bonita", no sabía bien qué pasaba pero no fue traumática "como dicen". No le daba miedo embarazarse por el contrario, era lo que más deseaba porque le "encantan los niños", por lo que durante los catorce meses que ejerció su sexualidad "no usé nada", es decir no llevó un control anticonceptivo. Se sentía muy enamorada y le gustaba mucho compartir su intimidad, pero estaba segura que no la quería, sólo la "usaba" porque no era tan amoroso, "quería que todo el tiempo me demostrara cariño, no me decía que me quería", pero tampoco quería dejarlo. Carmen desconocía en qué días podía quedar embarazada, por lo que mes con mes ansiaba estar encinta, estos deseos no los compartió con Raymundo porque imaginaba que lo que menos quería era ser padre porque no la amaba lo suficiente. Nunca le preguntó "si me cuidaba" y mucho menos sugirió algún tipo de control.

Repentinamente Raymundo dejó de frecuentarla, pasaron varios días y "no sabía nada de él". A las dos semanas una amiga le comentó que pronto se casaría con su antigua novia porque lo había "embrujaado" y "si no se casaba se iba a morir". Recuerda que le afectó muchísimo, "lloraba a cada rato", no lo quería perder pero sabía que "esas cosas del mal pueden más que uno y él no podía hacer nada contra eso". "Me dolía" que no la hubiera vuelto a buscar cuando menos "para despedirse".

Dos años más tarde comenzó a trabajar como obrera en un laboratorio farmacéutico. Durante cinco años no se relacionó con nadie, tenía miedo de ser "usada otra vez", deseaba relacionarse con un muchacho que la quisiera y que no solo la buscara "nada más para tener relaciones". Los jóvenes con los que convivía "no me llamaban la atención" y cuando le mostraban interés, se comportaba indiferente "para que no me hablaran", pensaba "no me querían para algo serio". Estaba convencida que todos los hombres la buscaban únicamente para "acostarse" con ella y no para un noviazgo en donde estuvieran de por medio sentimientos e intereses recíprocos.

Cuando Carmen tenía treinta años Alfredo entró a trabajar al laboratorio como mecánico en el departamento de Mantenimiento. Desde que lo vio le gustó, recuerda que ningún otro le había interesado como él, casi no había tenido oportunidad de "tratarlo", pero físicamente "me gustaba mucho". Lo poco que sabía de él era que tenían la misma edad que ella y era soltero. Así que por medio de una compañera propició un encuentro para que la invitara a salir. Al conocer a Carmen, Alfredo sabía que le agradaba así que la invitación no se hizo esperar y desde la primera cita mostró interés, en las semanas siguientes salieron varias veces. A medida que lo fue conociendo le interesó más y se sentía correspondida. Al poco tiempo se hicieron novios y salían a pasear por las tardes, "me encariñé rápido con él", le agradaba "estar junto a él", platicar y que "me abrazara". Varios meses después, le pidió que tuvieran relaciones sexuales, "le confesé que no era el primero" y "ya no era virgen", él no le hizo

comentario alguno. Para Carmen era importante que supiera "lo de la virginidad antes, para ver qué decía", pero como no le cuestionó al respecto supuso que "no le interesaba" y esto no impediría que la dejara. Nuevamente vivenció sin miedos o sentimientos de culpa, lo más importante era sentirse amada. Durante los primeros meses que ejerció su sexualidad se controlaba con el ritmo porque no pensaba en un embarazo, quería disfrutar ahora que había descubierto la satisfacción recíproca.

Al poco tiempo se enteró por medio de unos compañeros de trabajo que Alfredo tenía otra mujer y estaba embarazada. Carmen se sintió "muy triste", no quería preguntarle porque "tenía miedo que lo aceptara", así que "no le reclamé". No podía entender que le hubiera mentado, "me fingió amor para acostarse conmigo mientras la otra está embarazada" se decía. Aún cuando se sentía "mal" continuó su relación y no tocó el tema.

La idea de ser madre la venía considerando años atrás, piensa que lo mejor que le puede pasar a una mujer es ser madre, así que a los pocos meses tomó la decisión de embarazarse "sin que Alfredo supiera". Pensaba que si quería tener un hijo no podía esperar más tiempo, sabía que "más grande" se tienen complicaciones físicas y no quería correr riesgos. Cuando se supo embarazada, recuerda "estaba feliz", cuando se lo comentó a Alfredo, recibió la noticia de "buen modo", incluso le dijo que se casarían y vivirían en su casa. El que su novio quisiera casarse le indicó que era a ella a quien quería, pero "no me atreví a exigirle nada, no estaba segura de querer casarme", en esos momentos lo único que deseaba era tener al bebé.

A los dos meses de embarazo habló con su madre, quien tomó la noticia con indiferencia, sólo le preguntó "si me iban a responder, menos mal", le contestó que se casaría y se iría a vivir con él. Su padre se enojó y sus hermanos excepto Lupe le reprocharon su conducta por no haberse casado como las otras hermanas. A Carmen no le importó que su familia desaprobara

su decisión, le bastaba con que Lupe le apoyara.

A los pocos días Alfredo fue a pedirla en matrimonio pero sus padres y Luis lo recibieron con agresiones verbales, lo echaron y le dijeron "que era un don nadie", "mejor que te quedes sola", "no imaginaban que cayera tan bajo con un hombre como ese", a Carmen le afectó mucho esta situación, no pensaba que sus padres reaccionarían así, no quería discutir con ellos pero insistían en que no se casara, porque "ese hombre no me convenía", piensa que la impresión que les dio fue "mala" porque siempre "andaba fachudo". Cuando platicó con él sobre lo sucedido "me sentía muy apenada", le pidió "disculpas" por lo "groseros que eran". Alfredo le contestó que no se preocupara que más adelante, cuando naciera el niño, buscaría la forma de "sacarme de la casa". Carmen "no tenía prisa en casarme", ya se había dado cuenta que "tomaba mucho", para ella lo prioritario era "tener a mi hija y después veríamos".

Con Lupe siempre llevó una buena relación, se apoyaban y se daban cariño. Carmen esperaba con ansia a su hijo, desde un principio deseó una niña porque Alfredo tenía un niño con la "otra". Cuando estaba sola se ponía a escribirle "versitos y poesías" a su niña, la hija aún los conserva. Su relación con el novio "siguió igual", continuaron viéndose a diario en el trabajo y por las tardes "platicaban sobre "mi estado", se mostraba más cariñoso y estaba pendiente de ella, lo que la hacía sentirse complacida. Cuando se fue de incapacidad, dejó de verlo, de "vez en cuando le hablaba por teléfono al trabajo". Su hermano Luis no quiso volver a salir con ella a la calle porque le "daba pena que me vieran embarazada" sin haberse casado.

Cuando nació Laura fue "como una bendición". Recuerda que al ver a su hija experimentó "una felicidad única". Su familia no demostró emoción alguna, sólo Lupe que estuvo con ella y la ayudó en los primeros meses. Su padre se negó a conocer a la niña pero a medida que pasó el tiempo "fue su adoración". La madre era fría con Carmen pero con la nieta era cariñosa. No le avisó de inmediato a Alfredo, pero se enteró por medio de una compañera del

laboratorio. Según le dijeron "andaba feliz por lo de mi hija".

Carmen se reincorporó al trabajo y dejaba a la niña bajo el cuidado de su hermana Lupe o con Elena que pasaba largas temporadas en su casa. Su reencuentro con Alfredo fue un tanto "frio" porque hacía preguntas en torno a su hija y no le preguntaba "cómo me sentía yo", lo que le hizo "sentirme mal", hubiera querido que se interesara más en ella y le demostrara amor. Sobre "la boda" no volvieron a hablar; él no lo mencionó y Carmen no quería tocar el punto porque no estaba segura de querer vivir con él. Le daba "un poco de dinero" para la niña, y aunque necesitara comprar algo "no le pedía un centavo". Sus salidas fueron disminuyendo siendo el hotel su lugar de reunión y pocas veces salieron a pasear los tres juntos, nunca le externó sus dudas sólo le manifestaba disgusto "cuando tomaba".

Como madre, se sentían "feliz, mi hija era todo", en cuanto salía de trabajar, quería "irme rápido para verla". Su relación con Alfredo "me empezaba a cansar" porque era "más borracho", lo que "me enojaba". Habló varias veces con él para que "dejara de tomar" pero "no me hacía caso". Un día decidió "dejarlo", recuerda que fue una decisión "muy dura" porque "lo seguía queriendo" pero "no quería andar con un borracho que no me quería", a pesar de que "me buscó" durante dos meses, "ya no quise regresar". Alfredo renunció al empleo y nunca lo volvió a ver. Cuando Carmen se acordaba "lloraba a cada rato", se sentía "triste" pero "mi hija me hacía olvidarlo".

Su relación con Laura siempre ha sido muy estrecha, desde que nació ha procurado darle cariño, "me gusta besarla y abrazarla", platica con ella todo el tiempo; la hija le tiene confianza porque le cuenta todo cuanto le sucede. Cuando le preguntaba por su padre, Carmen le decía que estaban "separados y vive muy lejos", pero a medida que creció, le comentó: "nunca me casé con tu padre" porque no se entendían, ella nunca le ha reprochado que sea madre soltera y parece no afectarle en sus relaciones sociales. Laura también le

demuestra que la quiere y se pone celosa de las tías y de las primas por la ayuda económica de Carmen pero aún así no deja de apoyarla porque considera que es su obligación como hermana.

La madre de Carmen murió cuando Laura tenía dos años, era diabética y tuvo complicaciones pulmonares. Carmen se quedó con la responsabilidad del padre, de Elena que no trabajaba, divorciada por ese tiempo con sus tres hijos y de Laura.

Siguió trabajando y procuraba darles lo que más podía, también apoyaba a las hermanas y a Luis, ayuda que a la fecha continúa. Dice que le gustaría "irme lejos pero me da miedo" porque no podría dejar a los hermanos desamparados.

Su padre murió hace dos años muy anciano, Carmen y Laura lo atendieron y cuidaron siempre.

Carmen no volvió a salir con otra persona, únicamente vivía para trabajar, ayudar a sus hermanos y "para mi hija". Hace cinco años su novio de la adolescencia Pedro, "me buscó" comenta que al verlo sintió "algo muy especial", un sentimiento que nunca experimentó con nadie. El también le expresó cariño y admiración porque tenía una hija. Le comentó que ya estaba casado pero aún la quería. Se vieron varias veces, se tomaban de las manos y se besaban. El le habló de la religión que profesaba como testigo de Jehová, lo que la entusiasmó. La llevó al grupo y fue entonces cuando sufrió una "lucha tremenda", pues por un lado quería relacionarse afectivamente con él aunque fuera casado y por otro sabía que era "pecado" y que "no podía luchar contra Dios", así que reprimió todo sentimiento, "lloré y sufrí como nunca pensé" pero al final decidió ejercer la religión y olvidarse de Pedro. Ahora se ven con cariño de vez en cuando y su relación "es de amigos", cuando Carmen lo ve "como hombre", dice que inmediatamente piensa en Dios y hace a un lado sus deseos.

A partir de que se comprometió con este grupo religioso, su vida ha cambiado, dice sentir "paz espiritual", "mi cuerpo no me pertenece, pertenece a

Dios y hay que cuidarlo". Su hija Laura también profesa la misma religión, lo que le da tranquilidad como madre pues "es una niña muy tranquila, dedicada a su escuela", tiene "amiguitas de su edad" y por el momento no piensa en novios. Carmen argumenta que los "hermanos" de esta congregación son personas con "paz interior", porque en la Biblia "aprendemos a desterrar de nuestra alma las perversiones del mundo y vivimos más sanos".

Como madre soltera no tiene sentimientos de culpa porque cuando tomó la decisión estaba convencida, sin embargo, ahora rechaza la posibilidad de tener otro hijo bajo estas condiciones porque los preceptos de su iglesia no lo aceptan sobre todo porque esto representaría "salir con alguien". Con relación a su hija, ha tratado de inculcarle "primero se prepare, estudie una carrera, cumpla como hermana" y más adelante elija un hombre con quien casarse y formen una familia.

En su relación laboral se ha observado que su interacción con compañeros en ocasiones es tensa porque cuando platican de creencias y religión le demuestran rechazo y "se burlan" de ella, lo que la hace reaccionar agresivamente. Su relación con personas con las que tiene que convivir diez o doce horas es distante, comenta que a veces no habla con nadie durante toda la jornada, "no me dan ganas", y el solo escucharlas hablar de programas de televisión o de alguna fiesta "me pone de malas". Sus compañeros y jefes la consideran negativa y floja porque no le gusta que le impongan tareas que saben le desagradan o le desfacen de horario. Cuando se le pide trabajar en grupo le cuesta trabajo incorporarse, pero cuando se trata de dar puntos de vista es participativa.

Pocas veces sonríe cuando se topa con alguien en un pasillo y nunca da los buenos días ni se despide al salir.

ANÁLISIS CARMEN

A la edad de doce años la visión que Carmen tenía del mundo era la de trabajar para apoyar la economía familiar, y relacionarse con jóvenes de su edad, más adelante podría casarse y ser madre. *El significado que le daba a una relación amorosa tenía como base la afectividad compartida.* El ejercicio de la sexualidad no estaba ligado a esta expresión por los valores que la regían; "eran algo malo" para una joven soltera, además de que "con las relaciones se tenían hijos". *La maternidad la visualizaba como una condición natural* en toda mujer pero en esta etapa no era relevante porque no concebía ejercer su sexualidad fuera del matrimonio por las ideas aprendidas en el seno familiar, para ella era suficiente el cariño recíproco.

Con su primer novio Pedro, vivenció bajo estos lineamientos; le "gustaba querer y ser querida", su noviazgo "fue muy inocente" ya que sólo se tomaban de las manos. Con otros jóvenes su relación terminaba porque le "aburrían y pronto los dejaba", no le demostraban el amor que ella esperaba.

Al paso del tiempo este significado continuó, *las relaciones amorosas debían estar fincadas en el amor*, quería sentirse aceptada y amada por el otro. Esta necesidad de afecto podría tener origen en su historia pues las manifestaciones de cariño por parte de los padres fueron entendidas por Carmen como poco afectivas, nunca le enseñaron a abrazarse entre hermanos, no recuerda momentos felices de convivencia familiar; su madre "indiferente" y su padre "siempre peleando", tampoco le regalaron un juguete o le compraron dulces, desde niña tenía la "obligación de planchar los overoles de mezclilla" del padre.

A los veintidós años el significado de la afectividad permaneció, el amor recíproco seguía siendo la base toda relación. Sin embargo, en *el terreno sexual comenzó a darse un proceso de resignificación*; sería una forma de expresión amorosa además abría la posibilidad de embarazarse y formalizar su

compromiso quizá con el matrimonio.

Con Raymundo su primer novio formal, externaba sentimientos los cuales quería fueran correspondidos de igual forma e intensidad, su primera experiencia la vivenció sin sentimientos de culpa pues era una forma de "demostrar amor a quien uno quiere", además representaba la posibilidad de embarazarse, condición que deseaba porque "me encantan los niños", de ahí su decisión de no utilizar método anticonceptivo alguno. Ser madre era algo inherente a ella, biológicamente se sentía apta pues a su edad otras jóvenes ya eran madres, ser mujer implicaba ser madre; se sabía con el potencial físico para serlo pues tenía la edad adecuada, afectivamente reconocía que podría ser una buena madre por su disposición para atender, cuidar y querer a un hijo.

La noción de Carmen de desinterés por parte del novio representó el cuestionamiento de la paternidad que se traduce en *un proceso de resignificación; para ser madre no era necesario compartir este compromiso con un hombre*, el novio sólo podría ser el padre biológico, idea que se reforzó con la experiencia de desapego de parte de su padre.

La actitud del novio, entendida por Carmen como desamor y su vivencia con el padre implicaron que el sentido de la paternidad fuera visto bajo otra luz; Raymundo no era tan expresivo como ella deseaba, quería que "todo el tiempo me demostrara cariño", quizá porque para él así debía ser un noviazgo, lo que le hacía pensar que no la amaba lo suficiente, pese a ello se resistía a dejarlo porque sentía la necesidad de querer a alguien y quedar encinta. La noción de amor no correspondido no fue externada por Carmen, nunca comentó a su novio la forma en que quería le amara, lo que provocó al paso del tiempo, sentir que la "usaba", según ella sólo quería compartir intimidad para su satisfacción porque "no me decía que me quería", nunca le preguntó "si me cuidaba", lo que le hacía pensar que tampoco le interesaba ser padre. Estas ideas se reafirmaron por los dos incidentes de hostigamiento sexual de sus cuñados que le indicaron querían aprovecharse de ella. De ahí que Carmen

pensara que una mujer podía *ser madre* si así lo deseaba y no requería de un hombre a su lado, *idea que concibió como una práctica aislada cuya realización exclusiva sería de ella*, lo que se podría explicar por la relación que llevaban sus padres; estaban casados, vivían juntos, sin embargo, su padre era un hombre distante y golpeador, a quien tuvo que mantener siendo apenas una adolescente. La responsabilidad a futuro no era clara porque no tenía un proyecto de vida sola o casada, lo importante era tener un bebé a quien querer y cuidar, la necesidad de expresar amor a un hijo posiblemente obedece a la carencia de amor en sus relaciones familiares.

Al año y medio de relación, repentinamente Raymundo se alejó de ella. A los pocos días se enteró que se casaría con otra mujer porque lo había "embrujaado" y si no se casaba "se iba a morir". El abandono y su resignación tienen que ver con el pensamiento mágico e incuestionable; este acontecimiento reafirmó la experiencia que vivenció tiempo atrás con su hermana menor, sabía que prácticas como esta tenían un poder más allá de lo humano y él tendría que casarse.

El término de su relación con Raymundo implicó que reafirmara su idea de una relación; *el amor recíproco en donde estaban implícitos la sexualidad y ser madre*. En esta etapa, a pesar de que el significado que tenía del noviazgo no se modificó, su estrategia cambió; no deseaba tener contacto con otros jóvenes por el temor de sentirse sexualmente utilizada, pues pensaba "no me querían para algo serio", evitó que "me hablaran" otros muchachos durante los cinco años siguientes y cumplir con su trabajo se convertiría en el eje de su vida. Por esta época, como hija asumió la responsabilidad económica absoluta de sus padres, posiblemente reafirmó esta obligación "natural" concebida desde la infancia.

La propiedad en donde cohabitaba con sus padres, que Carmen había amueblado, legalmente fue asignada al hermano, condición que no fue cuestionada por ella en su momento, pues era "normal" que nombraran a Luis

como único heredero, de acuerdo a sus ideas al hijo le asignaron un estatus superior al de las hijas por ser varón como algo natural y en consecuencia el privilegio de ser el dueño del inmueble. Al pasar de los años, ante la amenaza de él por reclamar la propiedad, Carmen ha resignificado su situación la cual ve injusta porque el mantenimiento de la misma siempre estuvo a cargo de ella, pero no manifiesta su inconformidad ante Luis, sólo se resiste a irse.

A los treinta años la visión que Carmen tenía del mundo era la de seguir trabajando fuera, continuar apoyando en la economía de su casa y ayudar a las hermanas casadas si así lo requerían. Su vida se había limitado a cumplir con lo laboral, no se relacionaba con amigos y no tenía un proyecto de vida. En cuanto a la *afectividad el sentido de amor compartido permaneció*. Al conocer a Alfredo modificó su táctica de aislamiento y negación para relacionarse con otros hombres, ahora su acción se encaminó a propiciar encuentros con él y abrir la posibilidad de una relación amorosa.

Alfredo le agradó y echó rienda suelta a sus sentimientos, quizá podría ser el hombre que había idealizado. En su relación lo afectivo era fundamental, se sentía correspondida y más tarde *la sexualidad estaría estrechamente ligada al amor, un embarazo no estaba en sus planes pues había descubierto la satisfacción sexual compartida*, de ahí que su estrategia se dirigiera al uso de contraceptivos.

EL engaño del novio implicó *reafirmar la idea de maternidad en soltería*, noción tiempo atrás visualizada como probable; sólo sería el padre biológico de su hijo y ella madre en soltería.

Al enterarse de que tenía otra mujer y estaba embarazada, Carmen modificó su estrategia; Alfredo no la quería, sólo la había utilizado, al igual que Raymundo, si la otra mujer iba a ser madre, ella también podía serlo. Era claro que la había defraudado y para ser madre no era indispensable casarse. Con mayor fuerza exaltó su deseo de ser madre porque físicamente se reconocía "grande de edad", se encontraba en el límite, pues era consciente de los riesgos

físicos que podría correr una mujer madura ante su primer embarazo. Para Carmen no existían expectativas de matrimonio, aún cuando él había insistido en casarse, podía ser madre en soltería y no era necesario tener a un hombre a su lado. A estas alturas de su vida, todas las mujeres que la rodeaban eran madres; su madre había tenido hijos incluso antes del matrimonio, sus hermanas, sus tías, sus madrinas, sus vecinas *todas eran madres* y ella por ser mujer también tenía que serlo.

Como mujer su visión ahora estaba enfocada a cumplir como madre, aún cuando el sentido de una relación amorosa no cambió, *seguía siendo importante la afectividad reciproca*, con Alfredo no existía la expectativa de compartir su nueva condición de madre porque la había engañado.

La experiencia de ser madre la vivió como una *realización* y al mismo tiempo una solución ante la idea de ser usada, ya que también había utilizado a Alfredo para cumplir su cometido, se sentía completa y poca importancia tenía lo que otros pensarán; si él quería darle ayuda económica no la rechazaba pero tampoco la exigía, porque la maternidad la asumió sola. Si sus padres y hermanos la criticaban no le interesaba, lo único que contaba era querer, cuidar y mantener a su hija.

La decisión de terminar con Alfredo, tenía que ver con esa idea de sentirse "usada"; sus encuentros se habían reducido a lo sexual aunado a su problema de alcoholismo que iba en aumento, Carmen había logrado su objetivo. Nuevamente recurre a su estrategia de *negación* a toda oportunidad de relacionarse con otro hombre pero bajo otro sentido, ahora era madre y toda su atención y afecto estarían enfocados a su hija.

A los cuarenta años su visión del mundo era la de dedicarse a atender a su hija, trabajar fuera, apoyar económicamente a sus hermanas y cuidar a su padre enfermo. En Carmen *permanece el significado de la afectividad, a pesar de ser madre, necesitaba sentirse querida* por un hombre. Esa noción se

reafirmó con el reencuentro con su primer novio Pedro.

Carmen trataba de ser la mejor madre, para ella lo amoroso era fundamental, sus expectativas estaban enfocadas en su hija. Además se sentía con la responsabilidad de apoyar a sus hermanas y al padre que padecía una enfermedad incurable. Volver a ver a Pedro implicó sentirse querida y aceptada, al parecer le correspondía aún cuando era casado, lo que no representaba problema alguno para ella ya que no tenía planes de matrimonio, sólo le interesaba *vivenciar en lo afectivo*. Sin embargo él ya era testigo de Jehová; de acuerdo a los preceptos de esta religión, no debía ver a Carmen como mujer, su misión sería animarla a participar en su grupo religioso y sólo existiría la posibilidad de ser amigos, lo que implicó que pusiera un límite. Ante este planteamiento, modificó su táctica; su vínculo con Pedro sólo sería en el plano espiritual. Este nuevo sentido se ve reforzado por su devoción como servidora de "Jehová", con una devoción absoluta, ahora su cuerpo no le pertenecería, "pertenece a Dios", lo que permitió a Carmen su resolución como mujer porque *se sabe querida y aceptada por un hombre*.

Actualmente la visión que tiene del mundo es la de seguir trabajando para darle mejores condiciones de vida a su hija y educarla bajo los lineamientos de su Iglesia y seguir apoyando a sus hermanas y sobrinos. En cuanto a *lo afectivo*, *continúa vigente pero permeado por la religión*.

Al paso de los años el ser madre se ha convertido en el eje que rige su vida, toda expectativa está fincada en su hija; lo primordial es darle una educación formal y una formación moral de acuerdo a los preceptos de su Iglesia cuya base es la *anulación del ser mujer*. Antes de formar parte de su congregación, para Carmen ser madre era algo inherente a toda mujer y en su caso el ejercicio en soltería continúa siendo intrascendente la imagen paterna. Sin embargo en los últimos años, como testigo de Jehová el sentido que le da a la maternidad ante su hija es diferente; ha puesto en práctica la estrategia de educarla bajo los lineamientos religiosos; *puede ser madre pero bajo otras*

condiciones, desea que primero se prepare intelectualmente, ejerza su religión, como buena "hermana" lejos de "tentaciones", porque su cuerpo le pertenece a Dios y ya en su vida adulta estará apta para casarse bajo las leyes de "Jehová" y *sólo así podrá ser madre*.

En el marco cultural en el que se desenvuelve Carmen, las condiciones que la rigen están dadas por las mentalidades propias de su época y su contexto social, en donde está implícito *el deber ser asignado*; colaborar con los quehaceres del hogar, atender al padre y al hermano por ser varones, trabajar fuera para apoyar en la economía familiar, condición que asumió como "natural" desde la infancia. En lo afectivo aprendió a recibir maltratos e indiferencia por parte de los padres porque así debía ser su relación. En los vínculos amorosos el ejercicio de *la sexualidad debe tener como objetivo la maternidad siempre dentro del matrimonio*. Por ser mujer debe ser madre para querer y cuidar a los hijos.

Partiendo de este marco, Carmen asume su condición de mujer como aquella que debe trabajar, relacionarse con jóvenes, enamorarse y más tarde podrá casarse. Los diferentes momentos que vivencia la llevan a desarrollar estrategias en cada una de las circunstancias: en una primera etapa la lectura que hace del marco cultural, le permite darle el sentido a una relación afectiva; *el amor recíproco por su necesidad de afecto. A la sexualidad le confiere el atributo de la culminación del amor y la consecuente maternidad*.

En una segunda etapa es evidente, *aún cuando el sentido de la afectividad continuó vigente, el proceso de resignificación en el ejercicio de la sexualidad viene a ser una forma de expresión, sin dejar a un lado la maternidad como resultado de esta práctica*. Condición que es asumida por Carmen como un **derecho natural**, como mujer debe seguir esta lógica que la lleva consecuentemente a cumplir con el *deber ser madre* porque así tiene que ser.

Más tarde encontramos la *resignificación* y la lectura que da a las situaciones que se modifica sensiblemente; *a través de la agencialidad, se atribuye el reconocimiento de su capacidad para expresarse a través de su cuerpo y desliga la idea de un embarazo de lo sexual como único fin.* El **derecho natural** de ser madre, ahora es asumido como algo ya no tan natural, de ahí que comience a *vislumbrar nociones de derecho*; ya se sabe con la facultad de decidir sobre su propio cuerpo, es capaz de evitar un embarazo y experimentar en el terreno sexual el amor compartido.

A este proceso de reflexividad, se asocia su decisión de ser madre sola, rompimiento que le permite también reconocer la capacidad de elección porque empieza a *separar los derechos naturales dados por el marco cultural que dictan como única función para la mujer la sexualidad y la procreación dentro del matrimonio.* Estos derechos naturales son objeto de la reflexividad, ya que no resultan operantes porque su experiencia le dice que puede ser madre sola, descalificando el ejercicio de la paternidad y el consecuente matrimonio. Esta *agencialidad supone que puede ser madre soltera lo que se traduce en nociones de derecho que se reconoce y ejerce*; quiero ejercer mi maternidad y sé bajo qué circunstancias lo hago.

Esta forma de asumirse, ha tenido impacto en otros ámbitos como es el caso de la propiedad heredada al hermano por ser varón, que no era cuestionable por considerarlo un derecho dado, que ahora lo piensa como injusto para lo cual pone en uso la estrategia de la resistencia.

Como madre está inmersa en un marco cultural en donde necesariamente su hija también se mueve, cuyo deber ser asignado sitúa a la mujer como esposa y madre. Las ideas que dictan esta condición son avaladas por el grupo religioso al que pertenecen y dan sentido a sus vidas. Las estrategias a utilizar para educar a su hija responden a las mentalidades que rigen su contexto, sin embargo es evidente el traslado de su propia experiencia para crear condiciones diferentes como procurar los recursos para que pueda

superarse profesionalmente y tener mejores bases para afrontar su vida. Esta forma de asumirse como madre nos da cuenta de *la noción de derecho* que ella ejerce porque utiliza las herramientas que considera necesarias para inducir a su hija a una vida mejor.

Desde que asume su condición de madre, Carmen *suspende su individualidad* para dedicarse a su hija y sobrelleva la responsabilidad de ser madre sin expectativas de vida para sí. Con el paso de los años a través de un mecanismo religioso ha canalizado su afectividad, lo que le permite resolver *su necesidad de sentirse querida*, pero bajo otros significados, para lo cual recurre a la estrategia de comprometerse en el terreno espiritual, condición que le facilita compensar esa carencia sin arriesgar los valores que dictan su Iglesia y su cultura, de ahí que el *ejercicio de nociones de derecho* pierdan relevancia y sólo se reconozca obligaciones que cumplir como madre *anulando su individuación*.

NARRATIVA SARA

Edad: 33 años

Tiene un niño de tres años Juan Carlos

Sara ha vivido desde su infancia a la fecha en una vecindad de la Col. San Miguel Amantla, Azcapotzalco. Es originaria de la Ciudad de México.

Tiene dos hermanas: Lidia de 37 años y Luisa de 35 y un hermano Jerónimo de 31.

Su madre se dedicaba a los quehaceres del hogar, a criar a los hijos y durante unos tres años trabajó como costurera a destajo en su propia casa. Su padre siempre ha trabajado como albañil, tiene sesenta y siete años, y su madre murió hace seis años por complicaciones de diabetes.

Recuerda que era una niña muy inquieta y enojona, "arañaba y mordía" a su madre, por lo que la regañaba y como no la podía controlar, la sujetaba y le decía "pareces víbora, te voy a amarrar para que te pongas quieta" le amarraba ambos pies en la pata de la cama para que no anduviera de un lado a otro, ella tendría unos seis años.

Su relación con la madre fue "normal", le hacía de comer, la enseñó a lavar los trastes, a barrer y en fin a todo lo relacionado con la casa, pero era poco cariñosa porque no platicaba con ella, "no me acariciaba" y no estaba pendiente de sus tareas escolares, igual se manifestaba con los otros hijos.

Su padre tampoco les demostraba amor, sólo lo veían en la noche cuando llegaba de trabajar; se sentaba a comer, rara vez platicaba con su madre mientras comía y tan pronto terminaba, se iba a dormir, mientras ella y sus hermanos "veíamos la tele". Recuerda que en pocas ocasiones le ayudó a resolver alguna tarea escolar o jugó con ella.

Entre hermanos su relación fue también "normal", Lidia, Luisa y ella se llevaban bien, no había rivalidad entre ellas pero no platicaban de sus "intimidaciones", a Sara le "daba pena" hacerles preguntas, prefería confiar en su amiga Alicia a quien conocía desde la infancia y consideraba la única persona que la entendía en lo relacionado "a los muchachos".

Casi no reñían, "nos prestábamos la ropa" y no había competencia o envidias. Los sábados se repartían los quehaceres de la casa. Como Sara era la menor, las hermanas "se iban a los bailes" y no la llevaban, pero cuando cumplió trece o catorce años ya salía con ellas. Su padre las regañaba cuando llegaban después de las nueve de la noche, en una ocasión golpeó a Lidia por "andar con el novio" después de esa hora. Su hermano Jerónimo era muy distante porque casi no estaba en la casa, platicaban poco con él. Recuerda que salía con los amigos, iba a fiestas y "no le decían nada cuando llegaba tarde".

La relación entre sus padres también era fría. No recuerda haber visto que se demostraran amor, el hombre exigía que la esposa lo atendiera y ella obedecía. Los problemas siempre se suscitaban porque su madre "era muy celosa", reñían porque volteaba a ver a todas las mujeres en la calle, lo que disgustaba a la mujer.

Algunos fines de semana salían todos juntos a pasear, "nos íbamos a Chalmita, a la Villita" o a alguna fiesta que los vecinos o amigos les invitaban. Si no salían en domingo, el padre "se iba todo el día a la pulquería". Regresaba alcoholizado pero no los agredía, "se iba a dormir", sólo discutía si la madre le reclamaba. Tomaba los sábados y los domingos, "entre semana no porque se iba a trabajar".

En lo relacionado a la sexualidad, en su casa nunca se habló del tema; su madre sólo les dijo a las tres hijas que "llegada la edad" vendría "la menstruación", "no se asusten es normal". Ellas no sabían bien a qué se refería, pero supusieron que a todas las jóvenes les pasaba y "era normal". Vivió esta experiencia sin traumas pero sí con muchas interrogantes; preguntó a su amiga

Alicia si sabía más al respecto y ella le dijo "puedes quedar embarazada si te acuestas con alguien". En cuanto a la virginidad, nunca escuchó comentarios del tema en su casa, las amigas alguna vez comentaron "es una telita que se rompe con las relaciones y dejas de ser señorita" pero Sara no sabía bien a qué se referían con dejar "de ser señorita".

Con relación al ejercicio de la sexualidad también tenía sus dudas, en su casa cuando veían una escena erótica por televisión, su madre decía "quiten esas porquerías, ustedes no deben ver eso", "esas cosas se hacen cuando uno ya está casado". Sara no entendía por qué eran "porquerías", sólo imaginaba que era algo "sucio". Siendo un poco más grande, entre las amigas del barrio escuchó que las relaciones sexuales eran placenteras y se corría el riesgo de embarazarse, pero desconocía cómo era "una relación", también sabía "a medias" que existían métodos anticonceptivos pero no los conocía y cuando preguntaba todas le decían "cosas" distintas sobre su uso y confiabilidad, lo que la confundía aún más.

Recuerda que vivieron con muchas carencias porque el dinero sólo alcanzaba para lo mínimo indispensable. Sara, Lidia y Luisa solamente pudieron estudiar la primaria por falta de recursos económicos y de adolescentes comenzaron a trabajar. De su sueldo le daban lo que querían a su madre y el resto lo gastaban en lo que se les antojara.

Jerónimo fue el único que pudo "hacer la secundaria", según Sara porque "es hombre". Desde "chico fue aprendiz" del padre así que a partir de los doce años comenzó a trabajar formalmente como albañil al mismo tiempo que estudiaba. A los quince años se enlistó en el Ejército por influencia de un amigo, ahí permaneció tres años pero al tener que tomar la decisión de seguir o desertar, optó por lo segundo porque la disciplina era muy rígida y sabía que era un compromiso de por vida. Regresó a su casa y continuó trabajando como albañil. Se casó a los veintisiete años y vive por el rumbo.

Su hermana Lidia comenzó a trabajar como costurera a los catorce años en un taller de trajes de novia y tres años más tarde, por consejo de una amiga, hizo una carrera secretarial, lo que le ayudó a mejorar de empleo. Se casó a los veintidós años y vive en la misma vecindad, tiene dos hijos.

Luisa también trabajó desde los catorce años en una lonchería y cuatro años después se casó, tuvo tres hijos.

Cuando Sara tenía dieciséis años se colocó como obrera en una fábrica de plásticos. El trabajo era a destajo y el dueño siempre "me pagaba menos", ahí laboró un año. En este empleo conoció a Martín, dos años mayor que ella, comenzó a cortejarla y a ella le agradaba, platicaban de cuestiones relacionadas con el trabajo, de los compañeros y "de los bailes" del barrio. Le "gustaba mucho", era "alto y delgado", al poco tiempo de conocerse y de salir con el mismo grupo de amigos, se hicieron novios; rápidamente "me encariñé con él", porque le demostraba amor e interés. Cada que podía iban a pasear a Chapultepec, al cine o a algún balneario, "era muy penosa, no me gustaba que me vieran en traje de baño", así que cuando iban a nadar no se metía a la alberca. Varias veces Martín le pidió que "fueran allá", es decir que tuvieran relaciones sexuales, pero siempre se negó porque "me daba miedo quedar embarazada", y "estaba muy chica para casarme".

Al año de noviazgo, una amiga le comentó que Martín tenía novia "una tal Susana" y se casarían pronto porque la joven estaba embarazada. Sara sintió "rabia" y le reclamó, él lo aceptó, así que concluyó la relación. Con la separación se sintió muy decepcionada porque pensaba "que yo era la única" y supuso que Martín se casaba "con ella por su estado". Pensó "a lo mejor" si ella hubiera accedido a compartir intimidad no la habría dejado y "la otra" no se hubiera embarazado. Se sentía tan "triste" que no deseaba relacionarse con otra persona, no quería saber nada de amores. Cuando lo veía en la fábrica, "sentía un nudo en la garganta, se me revolvía el estómago", porque "lo quería pero a la vez lo odiaba... no le hablaba y él como si nada". Un día no resistió más esta

situación, ya no quería verlo y en un arranque renunció al empleo. Se dedicó a ayudar a su madre y se alejó de sus amigos, sólo veía de vez en cuando a Alicia.

Tiempo más tarde, Sara se enteró por medio de un tío que Martín "tomaba mucho" y siempre la recordaba, según le dijo, su matrimonio había sido un fracaso. Ella se inquietó y pensó que posiblemente todavía la quería, pero no quiso saber más, le guardaba resentimiento y no podía olvidar su engaño.

En esta época su hermana Lidia ya casada, se fue a vivir a casa de Sara, recuerda que en dos ocasiones su cuñado en estado de ebriedad le tocó las piernas y los senos cuando estaba dormida, pero "grité tan fuerte que despertó Lidia" y el cuñado "se hizo el desentendido". Después de este incidente Sara sentía desconfianza de él, por lo que su relación cambió, trataba de mantener distancia para evitar que la molestara.

Dos años después la invitaron a laborar en una fonda como ayudante de la cocina, le gustaba el trabajo siempre y cuando no tuviera contacto con los clientes que en su mayoría eran obreros de la Refinería Azcapotzalco. Un día no había quien ayudara a atender, por lo que no le quedó de otra mas que "servir las mesas".

Allí conoció a Gerardo de treinta años, le gustó desde la primera vez que lo vio, "era alto, fuerte y moreno". A los pocos días la invitó a salir y aceptó. Al principio dice que su presencia le inquietaba y "me ponía muy nerviosa", no sabía qué platicar, pero poco a poco se entendieron. Era muy cariñoso, la llevaba a pasear y la trataba bien. Piensa que el verlo "de más edad" le causaba "como admiración y respeto", le simpatizaba, le parecía "muy guapo", además "tenía coche" y un buen trabajo. "Cuando lo veía el corazón me latía con fuerza y sentía ganas de abrazarlo". Nunca se le ocurrió pensar si era casado y mucho menos le preguntó.

Al poco tiempo la convenció de que tuvieran relaciones sexuales, comenta que fue una experiencia difícil porque no sabía "nada de esas cosas", le daba pena preguntar a sus hermanas, por lo que estaba llena de dudas, sobre todo le preocupaba embarazarse, "porque sabía que con eso se embarazan"; platicó con su amiga Alicia, quien le dijo "no sé qué tienes que ponerte pero no creo que te embaraces, después me cuentas". Gerardo argumentó que no había problema pues "me iba a cuidar para no embarazarme", Sara estaba enamorada y confió en él.

Le apenaba desnudarse delante de Gerardo, "estaba muy nerviosa", recuerda que le preguntó "como quieres que lo haga", ella le contestó "de ladito" pero no tenía la menor idea de lo que iba a pasar. Experimentó una sensación de dolor físico, angustia y miedo y después del coito comenzó a llorar, él la consoló y le dijo "no llores, me haces sentir mal, no tengas miedo, el sangrado se te va a quitar", con relación a su virginidad no hizo comentario alguno. En esos momentos se acordó de sus padres; "lo que me dirían si supieran lo que estaba haciendo" y recordó lo que la madre dijo alguna vez: "esas cosas se hacen cuando uno está casado", esto provocó un cierto arrepentimiento, pero ya no podía "echarme para atrás". En cuanto a su virginidad no entendía bien qué había pasado en su cuerpo, sabía que "por dentro se me rompió algo" ya no era la misma porque Gerardo la había "tocado".

Al regresar a su casa no tuvo sentimientos de culpa; sus padres no estaban, era domingo, las hermanas tampoco la vieron. Se sentía diferente, "como que la cara se me veía rara", pero no se arrepintió, al día siguiente, ni su madre ni sus hermanas le notaron algo raro, lo que le dio confianza. Durante los días siguientes "no me quitaba de la cabeza" la experiencia que había vivido con su novio, "sentía emoción" al recordar y estaba segura de querer "volver a estar con él".

Dos semanas después tuvieron relaciones íntimas nuevamente; le preguntó "¿si salieras embarazada qué harías?", ella contestó "a lo mejor me iba de la casa", "¿y si te llevo a mi casa?", "no, no puedo faltar a la casa" le dijo.

Pasaron los días y "la regla no llegó", Sara empezó a angustiarse, no podía pensar en otra cosa que no fuera un embarazo, "no sabía qué hacer". Se desahogó con Alicia, quien la consoló y pensó en mandarle un recado al novio para que platicaran, lo que le pareció una buena idea.

Gerardo tardó algunos días en ponerse en contacto con Sara, cuando se vieron le externó su inquietud y el temor de un posible embarazo, él le dijo: "no te había buscado antes porque tenía a mis dos hijas enfermas", Sara se sorprendió y entendió que estaba casado, sintió "como si el mundo se me viniera encima" pero no le quiso preguntar más, comenzó a llorar y él le dio a elegir "si quería casa o abortar", que "lo pensara" y en una semana se veían. El saber que Gerardo era casado, le causó un gran dolor, se sintió "traicionada" porque nunca le comentó su situación antes, estaba muy confundida. Alicia le aconsejó "que tuviera a mi hijo" aunque no volviera a ver a Gerardo, Sara imaginaba que no la buscaría más, en esos momentos sólo le preocupaba la reacción de sus padres.

A los pocos días se armó de valor y comentó a su madre su situación, ella se contrarió y sólo le preguntó "¿de quién es?, tu padre me va a echar la culpa a mí", Sara le contestó: "el padre del niño es un petrolero". La mujer la llevó al "Seguro" para que le hicieran unos análisis y le ordenó que hablara con su padre. Por la noche le dio la noticia; reaccionó con enojo y le pidió datos sobre el responsable "para pedirle cuentas", pero desistió porque "Sara ya sabe lo que hace, ya no es una niña", dijo a la madre.

Gerardo dio por hecho que Sara abortaría y le mandó un recado con Alicia, el cual nunca llegó a su destino porque temía por su amiga. A los pocos días Alicia le comentó las intenciones de Gerardo, lo que la decepcionó aún más, el sólo pensar en un aborto le causaba miedo, no sabía de qué se trataba

pero imaginaba que era "algo horrible porque me puedo morir, prefiero tener al niño, mis papás ya saben".

Los primeros meses del embarazo estuvo muy deprimida porque Gerardo no volvió a buscarla, le dolía mucho que no quisiera que el niño naciera. A medida que pasaron los meses, se ilusionó por la idea de que fuera un niño y "ojalá sea igualito a Gerardo". Sus hermanas y su madre la apoyaron y "entre todas hicimos la ropita de mi hijo". Cuando pensaba a futuro, imaginaba que posiblemente regresaría y "me pusiera casa", pero con el pasar del tiempo esa idea se desvaneció. Durante los últimos meses de su estado comenzó a pensar en lo que iba a hacer después de que naciera el niño si Gerardo no regresaba, tenía planes de buscar trabajo y dejar al bebé al cuidado de su madre o de Luisa.

Llegado el momento del parto tuvo complicaciones, recuerda que "mi hijo no lloró y cuando vi que la enfermera lo llevó a la incubadora, dije ya se me murió". Como no había médico de guardia que lo atendiera, a los pocos minutos falleció.

La pérdida del bebé le afectó emocionalmente, se sentía muy triste, lo recordaba todo el tiempo, decía "no me vuelvo a embarazar no....no". "Odiaba a Gerardo" por su indiferencia, por muchos meses recordaba una y otra vez "todo lo feo que viví desde que me embaracé". A medida que pasó el tiempo se fue recuperando pero no quería salir de su casa. Él se enteró de lo sucedido por medio de un tío de Sara y por Alicia pero no creyó que el niño hubiera muerto, dijo "a lo mejor ni nació" y no la volvió a buscar. Por esta época Alicia se casó y al poco tiempo nació su primer hijo, lo que entristeció la aún más porque "me recordaba a mi hijo".

Su madre le decía que olvidara lo sucedido y "me fuera a trabajar" pero "no me daban ganas". Sus hermanas y Alicia la animaban para que saliera y buscara un empleo. Un cuñado le comentó "de un trabajo" en una fábrica de autopartes automotrices y por fin se animó.

A los veintidós años entró a trabajar armando piezas finas, allí laboró cinco años. En este lugar, se relacionó con otro muchacho, pero cuando se enteró que era casado lo dejó porque "no quería que me volviera a pasar lo mismo que con Gerardo". Después conoció a un joven soltero pero no lo aceptó porque "era muy feo", le caía bien pero no le gustaba, "estaba muy gordo".

Al poco tiempo Martín su antiguo novio, volvió a buscarla y ella accedió aún cuando sabía que estaba casado, "ya no lo quería como antes, pero me seguía gustando" y como sabía que su matrimonio no iba bien pensó en la posibilidad de un compromiso formal, si él se divorciaba en un futuro. En la intimidad se sentía correspondida, además había optado por un método anticonceptivo para evitar un embarazo. Únicamente duraron tres meses porque "la Susana supo que andábamos". Sara no quiso seguir con la relación y las cosas se complicaron porque uno de sus tíos, vecino de Martín se enteró de que salían y "nos hizo jurar" que no volverían a verse. Él no quería alejarse pues aseguraba quererla y estar dispuesto a dejar a su esposa para "juntarse" con ella pero Sara no aceptó, prefería dejar de verlo porque no quería tener más problemas con su familia.

Con esta experiencia, se sintió deprimida y no quería relacionarse con nadie porque "todos eran casados", estaba "decepcionada de los hombres", los que le habían interesado y había querido "eran casados". En la fábrica algunos compañeros la invitaban a salir pero para su desgracia "también estaban casados" y el soltero que la pretendía no le gustaba.

A los veintisiete años por medio de una comadre se enteró de un empleo en un laboratorio farmacéutico en donde podría contratarse como obrero general, el sueldo era mejor y tenían prestaciones, realizó sus trámites y cambió de trabajo.

A los pocos meses se relacionó con un policía que laboraba en esta empresa. Él era casado y sólo salieron unos dos meses. En esta época no fue tan difícil aceptarlo, pues habían pasado cinco años de no salir con alguien,

recuerda que "me sentía muy sola", "quería sentirme diferente, para que la carga del trabajo sea menos pesada". Cuando "salíamos me sentía feliz, alegre, con ganas de hacer las cosas, hasta me arreglaba". A ella le gustaba mucho físicamente y cuando tenían intimidad las disfrutaba, ahora "ya no era penosa" y sabía cómo controlarse para no quedar embarazada. Su relación terminó porque lo cambiaron de zona y ya no se pudieron ver por falta de tiempo y porque "se fue muy lejos". A ella no le afectó demasiado porque "apenas me estaba encariñando con él" pero se volvió a sentir "sola".

Sara tenía veintiocho años cuando Gerardo la volvió a buscar, argumentó que había regresado "del otro lado" razón que no creyó, pero accedió a salir con él. Recuerda que en su reencuentro se sintió "muy emocionada, estaba muy nerviosa", "lo malo que pasé con él no pasó por mi cabeza" en esos momentos, sólo pensaba en "estar con él". Reanudaron su relación pero sin ningún compromiso por parte de él, ella lo aceptó porque "lo seguía queriendo y porque me sentía muy sola". Acerca de la mala experiencia del pasado no se habló porque según Gerardo "eso quedó atrás" y ahora estaban juntos nuevamente.. Sara volvió a sentirse "feliz", "tenía un motivo para seguir adelante", se ilusionó nuevamente y "todo el tiempo pensaba en él". Gerardo la trataba mejor que antes, la veía con frecuencia y le demostraba cariño. En el terreno de la sexualidad se sentía correspondida y disfrutaba "las relaciones". Pensando en evitar embarazarse, "tomaba pastillas".

Después de un año de relación, sintió el deseo de ser madre por un lado porque decía quererlo y "un hijo nos uniría más" en lo afectivo, y porque se sentía "sola", piensa que a los veintinueve años era difícil encontrar un hombre soltero y mucho menos casarse, por lo que decidió tener un hijo, pensó que si algún día Gerardo la dejaba, no estaría sola pues tendría "por quien vivir", Comenta que su intención nunca fue utilizar al niño para obligarlo a vivir con ella porque de antemano sabía que no estaría dispuesto a hacerlo. Cuando le comentó su decisión, le dijo "que lo pensara porque tenía hijos, esposa y hasta

un nieto", y no podía responsabilizarse de "los gastos pero si tu quieres está bien".

Sara platicó con su padre y su hermano sobre su deseo de ser madre, a quienes argumentó "no quiero estar sola", ambos estuvieron de acuerdo, le dijeron "tu sabes lo que haces". No le cuestionaron sobre el posible padre, pero sabían que "salía con alguien".

Sara se embarazó muy consciente de su situación, no pensaba en la responsabilidad que implica ser madre, sólo le entusiasmaba la idea de que fuera un niño "igualito a su padre". Una vez que le comentó a Gerardo de su estado y él se alejó, no le importó que no la buscara, "mejor que no me busque, no quiero que me vea gorda". En ese tiempo salía con frecuencia con Belem, una compañera del laboratorio con quien iba a fiestas, tenía mucho tiempo que no salía a divertirse y "mientras mi panza no se veía, me iba con Belem"; no tomaba precaución alguna, dormía poco, "tomaba y fumaba". En una de esas salidas, al segundo mes de su estado, sufrió un accidente automovilístico con fractura de pelvis, por lo que el resto de su embarazo fue de alto riesgo y permaneció en reposo absoluto hasta el término. Gerardo le hablaba por teléfono de vez en cuando para saber de su salud, quería verla pero Sara no lo permitió. El accidente le afectó mucho porque temía por la vida del bebé, no quería perderlo y siguió todas las indicaciones médicas hasta el parto. Cuando nació su hijo, experimentó una felicidad especial porque nació "sanito y fue niño".

Los primeros días después del alumbramiento, toda la atención estaba puesta en su hijo, se sentía feliz porque se parecía a Gerardo y deseaba que lo conociera. Aún cuando sabía que ya había nacido no la iba a visitar, lo que la inquietaba. Recuerda: "él me falló siempre, desde que nació el niño", cuando lo llevó a registrar trató de localizarlo pero no se presentó por lo que tiene sólo el apellido de Sara. Los fue a visitar hasta que cumplió tres meses, ella no le reprochó su abandono porque tenía la esperanza de que "viera por nosotros".

Sus visitas fueron disminuyendo y la "ayuda" que esperaba nunca llegó.

Su relación de pareja también ha cambiado, pocas veces se han visto y normalmente salen los tres, él les demuestra cariño a los dos pero no se compromete a más. Ella dice quererlo pero se ha dado cuenta que su relación no ha sido buena "porque está casado y no quiere echarse compromisos".

Como mujer siente que "me he descuidado mucho, estoy gorda, ya no soy la de antes", se siente "grande" y enferma, "tengo que cuidarme de comer esto o aquello por la azúcar"; a consecuencia del accidente y del embarazo, actualmente es diabética por lo que debe llevar una dieta balanceada y un constante chequeo médico.

Trabajar es una obligación lo que en ocasiones resulta "una carga de todos los días". Aún cuando quiere a su hijo, se siente "sola" porque Gerardo no ha cambiado su actitud y cada vez se ven menos.

La relación con su hijo es "normal", le gusta "abrazarlo" y demostrarle cariño, juega con él y trata de que "no le falte nada", cuando sale a trabajar lo deja bajo el cuidado de Luisa y por las tardes quisiera convivir más con él pero también tiene "el quehacer y la comida". Sabe que su hijo está creciendo y pronto irá a la escuela, "se vienen muchos gastos y yo no cuento con Gerardo". Ultimamente el niño le pregunta si el abuelo a quien siempre le ha dicho "papá, es su abuelito", porque los primos le dicen abuelo y no papá, lo que a ella le incomoda y no sabe qué contestarle. Actualmente vive con su padre, quien trabaja y le da "el gasto", Sara lo atiende y hace los quehaceres de la casa. Su relación es "normal", platican poco y "quiere mucho al niño".

La relación de trabajo con sus compañeros es buena, siempre está haciendo bromas y habla en doble sentido con los compañeros. Le gusta hacer actividades de su especialidad pero no le agrada que "me manden a otras áreas", también se molesta cuando "los jefes están en la oficina platicando" y ella está de pie en la línea.

Cuando tiene que trabajar tiempo extra, se disgusta porque dice que en su casa tiene "mucho quehacer y ver al niño". Los compañeros y jefes la consideran nerviosa y desesperada en el trabajo, porque no le agrada trabajar más allá de su horario normal. Constantemente dice sentirse cansada del trabajo y ha llegado a pedir su liquidación. Pocas son las veces que asiste a las reuniones laborales porque "me aburren las fiestas" y prefiere irse a su casa.

ANÁLISIS SARA

A la edad de dieciséis años la visión que Sara tenía del mundo era la de relacionarse con jóvenes de su edad y salir a divertirse, trabajar fuera para poder satisfacer sus gustos además de apoyar en la economía de su casa, casarse y ser madre. El sentido que le atribuía a una relación amorosa estaba fincado en la *afectividad recíproca* y en la atracción física. *La sexualidad era vista como algo prohibido* por las mentalidades que la regían, las cuales concebían su práctica como *única función dirigida hacia la maternidad* y no como parte de la expresión amorosa, permisible sólo para aquellas mujeres casadas, una joven soltera no debía ejercerla por ser algo "sucio". A partir de esta noción su ejercicio no resultaba trascendente para Sara en esta etapa porque no se pensaba casada, condición que cumpliría más adelante, por el momento sólo le interesaba vivenciar en lo afectivo.

Con Martín su primer novio, el amor compartido sería la base de su relación, sería indispensable alimentar ese afecto en la convivencia diaria. Su negativa a ejercer su sexualidad estaba muy ligada a los valores inculcados, "esas cosas se hacen cuando uno ya está casado", "son porquerías", le decía la madre, Sara entendía que, de manera natural debía considerarse esta práctica negada para una joven como ella, además estaba presente el temor a "quedar embarazada", un riesgo innecesario que no quería correr.

El alejamiento del novio por su compromiso con otra mujer a quien había embarazado, implicó en Sara el inicio de un *proceso de resignificación* ya que a partir de su experiencia comenzó a cuestionarse la idea de lo sexual; de haber accedido a las peticiones de Martín, no la habría engañado, esto implicaba en consecuencia un embarazo y la posibilidad de que se hubiera casado con ella y no con otra mujer por estar encinta. En este proceso *confronta la idea de la sexualidad con la expresión amorosa, sin desligar la maternidad y el*

matrimonio. Su noción de lo afectivo permaneció como esencial en toda relación afectiva y lo sexual podría entrar en juego como parte de lo amoroso, lo que abría la posibilidad de ser madre y en consecuencia el matrimonio, sin embargo utilizó estrategias para *negarse* a otras oportunidades, lo mejor sería mantenerse al margen como una forma de protegerse para no ser engañada nuevamente.

Sara vivió por dos años en aislamiento, sólo se dedicaba a los quehaceres del hogar, perdió el interés por salir con amigos porque esto implicaba enamorarse, lo que deseaba evitar.

Dos años más tarde *el significado que atribuyó a lo afectivo seguía vigente*, sin embargo ahora vislumbraba la posibilidad del *ejercicio sexual debido al proceso de resignificación* que había experimentado tiempo atrás con su noviazgo anterior. El consecuente riesgo de un embarazo era visualizado como algo que podría ocurrir con la alternativa de formalizar su noviazgo. Ante un embarazo inesperado y el engaño de Gerardo, Sara asumió su maternidad; *ya no podría ser madre casada, sin embargo sí podría ser madre si el novio asumía su paternidad cuando menos como proveedor y en el plano afectivo, expectativa que se frustró con la muerte de su hijo.*

Al conocer a Gerardo doce años mayor que ella, le agradó físicamente, le inspiró "respeto y admiración", tenía un trabajo y automóvil propio, lo que lo convertía en un buen partido, además quería sentirse amada y al parecer era correspondida. El ejercicio sexual lo vivió en un primer momento con sentimientos de culpa por los valores que la regían, se decía: "lo que pensarían (sus padres) si supieran lo que estaba haciendo", sentía "como que la cara se me veía rara", sus creencias dictaban como "sucio" esta práctica, imaginaba que los otros podrían darse cuenta, aún cuando ya estaba en *un proceso de resignificación, asumir su práctica era justificable como algo que debía pasar y que la llevaría en consecuencia a formalizar su unión.* En un segundo momento el amor que sentía por el novio contribuyó a que se convenciera de que lo

sexual formaba parte de la expresión afectiva, la confianza que tenía en Gerardo contribuyó a superar su temor a un embarazo, si así sucedía se casarían. El engaño del novio, su abandono y el embarazo implicaron que a se asumiera como futura madre sin otra opción. El que Gerardo fuera casado desechaba toda posibilidad de boda, pero existía la idea de que se responsabilizara como padre, cuando menos esperaba le "pusiera casa", por lo que su estrategia fue de reconocer su maternidad ante su familia y fincar sus expectativas en el regreso de Gerardo, sobre todo si su hijo nacía varón. Esta noción se vio truncada por la muerte del bebé en el trabajo de parto; sabía que no volvería pues no existía un motivo para retenerlo.

El sentido que Sara había concebido tiempo atrás de una relación seguía teniendo validez, aún cuando en su experiencia última se sintiera traicionada. Las estrategias que utilizó fueron enfocadas nuevamente a evitar todo contacto con otros jóvenes dejando de trabajar fuera.

Las circunstancias afectaron emocionalmente a Sara, se sentía engañada pues aquel hombre no había sido honesto, lo había amado y compartido su intimidad, en consecuencia había sido madre y sólo experimentó dolor y frustración porque no logró su objetivo último; formalizar su relación cuando menos en términos de ayuda económica, lo que no se cumplió por la pérdida de su hijo. Ahora su actitud ante la vida sería de *fracaso* como mujer y como madre. Sus hermanas y su amiga Alicia ya se habían casado y tenían hijos, en cambio ella sólo había conocido decepciones por lo que no quería relacionarse con otros hombres por el temor de sufrir.

En otra etapa el reencuentro con su antiguo novio Martín implicó que *reafirmara su idea de fracaso* porque sus ideales como mujer y madre se habían frustrado. El sentido de *afectividad seguía presente y la sexualidad como parte de*, sin embargo en esta relación la idea de formalizar ya no era vista como el fin a alcanzar por lo tanto podría *controlar la consecuente maternidad*. Las tácticas que puso en práctica estaban dirigidas a *compartir el amor y la*

satisfacción sexual, evitando un embarazo. La situación que se suscitó poco tiempo después al relacionarse con otro hombre casado reafirmó su noción de fracaso, y la decisión del uso de su cuerpo a partir de la sexualidad de ahí que tomara de nueva cuenta, la decisión de un método anticonceptivo.

A la edad de veintiocho años, su visión del mundo era la de seguir trabajando porque debía contribuir en la economía familiar como hija soltera. Su rutina se había limitado a lo laboral, no tenía un proyecto de vida, ni interés en convivir con otras mujeres, tampoco tenía amigos con quienes salir porque ya estaban casados. *El amor seguía teniendo el mismo significado*, sin embargo en este momento de su vida, físicamente se consideraba poco atractiva y con nulas oportunidades de relacionarse con un soltero y mucho menos pensar en el matrimonio por sentirse "grande de edad". En consecuencia la maternidad también estaba descartada. Su reencuentro con Gerardo, implicó reafirmar el significado del amor; sentirse querida y amar al otro, como mujer sentía que podría importarle a alguien. Aún cuando no existía compromiso por parte de él, pues seguía casado, afectivamente había un lazo de cariño compartido. Su relación la motivó a cambiar su actitud ante la vida, "tenía un motivo para seguir adelante", en el terreno sexual se sentía plena y su autoestima había aumentado porque se sabía amada.

Al paso del tiempo, en Sara surge la expectativa de formalizar su relación, es decir que Gerardo se comprometiera como pareja más allá de lo afectivo si ella fuera madre, "...un hijo nos uniría más", pensaba. La estrategia que pone en marcha comienza como una necesidad de sentirse "grande" y "no quiero estar sola", tener "alguien por quien vivir". En el deseo de tener un hijo "varón" *implícitamente exalta el significado atribuido tiempo atrás a una relación; amor recíproco expresado mediante el ejercicio sexual, la consecuente maternidad y el compromiso de su pareja de formalizar su relación.*

Su decisión de ser madre la llevó a cabo aún cuando él no dio señales de querer cambiar el rumbo de su relación y mucho menos ser padre, no podía

responsabilizarse de "los gastos pero si tu quieres está bien", le dijo. Sara estaba convencida de que más tarde podría cambiar de opinión sobre todo si el hijo fuera "igualito a él".

La falta de interés de Gerardo por la maternidad de Sara, implicaron que desarrollara nuevas acciones; salir a divertirse con amigos mientras pudiera hacerlo y evitarlo para que no la viera "gorda". El accidente automovilístico la obligó a modificar su actitud; guardar reposo y seguir las instrucciones médicas para evitar perder a su hijo.

Ser madre se convirtió en *responsabilidad absoluta* porque sus planes no se cumplieron; debía trabajar para mantener a su hijo, educarlo y cuidarlo. Como mujer los sentimientos de *frustración* se ven reflejados en sus actitudes; el desinterés por un proyecto de vida, su baja autoestima y su idea de fracaso que se ha reafirmado porque se sabe "grande", cansada y con el compromiso de ser madre en soltería permanentemente. En lo afectivo se siente defraudada ya que su relación ha cambiado desde su embarazo por lo que ha llegado a pensar en poner un límite porque "con él no hay futuro". Su estado de ánimo también ha impactado en sus relaciones sociales, ya que le resulta difícil salir con amigos y convivir fuera del ámbito laboral, su desmotivación se manifiesta en el terreno del trabajo con síntomas de tedio y agotamiento que provocan en Sara estrés e insatisfacción.

Las condiciones que regulan el marco cultural al cual pertenece Sara, responden a las creencias y costumbres propias de su contexto social. El deber ser asignado está implícito en la condición que se le da a la mujer; desde temprana edad debe aprender las labores del hogar, ayudar a la madre, atender al padre y obedecerlos, asistir a la escuela para aprender a leer y escribir y más tarde colaborar en la economía familiar. En lo afectivo asumir como "normal" que sus padres no le demuestren cariño porque así debe ser una relación padre-hijo. *En las relaciones amorosas aprende que debe existir el amor*

compartido, en donde lo sexual no tiene cabida por considerarlo "sucio", sólo debe tener como fin la maternidad dentro del matrimonio, condición que toda mujer debe asumir como natural. Ser madre debe entenderse también "normal"; criar, atender y educar a los hijos.

Dentro de este marco, Sara asume su condición de mujer de manera natural; obedecer a los padres, ir a la escuela, colaborar en los quehaceres propios de la casa, trabajar fuera, convivir con jóvenes de su edad, relacionarse afectivamente, casarse y ser madre.

En las diferentes etapas que experimenta, confiere significados a sus vivencias y hace uso de tácticas que le permiten modificar o mantener el sentido de acuerdo a como lee el mundo en situaciones específicas. En un primer momento la lectura que hace del marco cultural en donde se desenvuelve le permite dar significado a una relación afectiva; *el amor compartido y la atracción física. El ejercicio de la sexualidad estaría ligado a la maternidad sólo dentro del matrimonio.*

En otra etapa es evidente el proceso de *resignificación* a partir de la lectura que hace de los diferentes eventos; el sentido que confiere a *la práctica sexual dentro del noviazgo es viable como una forma de expresión, cuyo fin debe ser el matrimonio y la procreación*, en este proceso comienza a vislumbrar la relación de pareja desde otra perspectiva, lo natural implica el ejercicio de la sexualidad y en consecuencia a la consolidación del noviazgo. Aún cuando las formas reguladoras de sus creencias aún no se habían roto, seguía existiendo esa noción de matrimonio. Pareciera que en este momento Sara concibe *como un derecho natural que el novio debe cumplir porque así debe ser, atributo que el otro no asume como tal.*

Más tarde la idea de fracaso, consecuencia de su vivencia en donde se ven frutadas, mediante el proceso de *reflexividad se asume capaz de decidir y ejercer su sexualidad en términos afectivos y desligar la maternidad*, rompimiento que le permite comenzar a separar los derechos naturales dados

por el marco cultural que asocian práctica sexual con la reproducción, y *finca nociones de su derecho* como mujer. El cuestionar lo sexual como algo que no necesariamente debe llevarla a una causalidad, la lleva a descubrir su capacidad de elegir y de decidir sobre sí misma, lo que parecía antes natural ahora ya es puesto en cuestión.

Este *proceso de agencialidad* evidentemente tiene impacto en su decisión de *ser madre soltera*. La noción de lo natural, enamorarse, expresarse a través de lo sexual, ser madre y casarse, lo inamovible ya no es tan natural. Su capacidad de elección le permite desarrollar estrategias y decidir cuándo embarazarse, lo que se traduce en *una noción de derecho asumido y atribuido por la reciprocidad con la pareja*.

Ese reconocimiento de derecho es muy claro al ilustrar dos momentos claves su vida: en una primera etapa cuando *lo natural era enamorarse, ejercer la sexualidad, ser madre y casarse*.

En otro momento, lo natural es desplazado por esa capacidad de elección; lo amoroso me lleva al terreno sexual pero ahora *decido sobre mi cuerpo* y desarrollo estrategias para no embarazarme, más tarde tomo la decisión de ser madre.

En esta construcción lo amoroso continúa permeando la idea de una relación; su maternidad debía haber contribuido a formalizar su noviazgo, lo que no se cumplió porque decidió sin tomar en cuenta lo que el otro pensaba y deseaba, de ahí su frustración y su sentir de fracaso como madre y como mujer, lo que se manifiesta en la anulación de su individualidad. En esta forma de relación actual, podríamos suponer que para Sara existían fundamentos de una noción de derecho, ya que creó las condiciones esperando una correspondencia; tiene que "cuando menos me pusiera casa" lo que no ocurrió, de ahí su sufrimiento y frustración. Por lo tanto *su noción de derecho se pierde porque considera como injusto que la vida no cumpliera con ella a pesar de que propició situaciones para que sucediera*.

Dentro de esa noción de derecho pareciera que *le atribuye derechos a su pareja como padre*; puede ver a su hijo, puede quererlo y espera que asuma obligación como proveedor.

Su nueva condición de madre en soltería implica el desarrollo de tácticas enfocadas al deber ser madre; debe mantener, cuidar, educar y querer a su hijo, deberes que se han convertido en una obligación que enfrenta sola y que en última instancia son parte de su sentimiento de fracaso por la falta de apoyo de su pareja sobre todo en lo afectivo y emocional.

NARRATIVA HORTENCIA

Edad: 46 años

Tiene dos hijos:

Ana Cristina de 26 años, casada con dos niños varones de 6 y 4 años.

Fernando de 23 años, soltero. Actualmente vive en los Angeles California y labora como cocinero.

Hortencia es oriunda de Villa Nueva Zacatecas, es la cuarta hermana de ocho: José tiene 56 años, Benigna de 54 años, Angela de 53, Manuel y Ma. del Carmen (gemelos) 43 años, Ma. de Jesús de 40 años y José Guadalupe de 36 años.

Desde su infancia vivió en Villa Nueva, en una modesta casa. Su padre tenía algunas parcelas de tierra en las que cultivaba maíz y frijol. Su madre se dedicaba al hogar y a lavar ropa ajena para ayudarse "con los gastos de la casa". Hortencia recuerda que su infancia "fue triste" porque desde muy pequeña tuvo que trabajar en el campo, ella y todos sus hermanos se iban temprano "a la siembra y a acarrear agua del río". Como eran muchos hijos, el padre "rentaba" a algunos de ellos con otros campesinos y al término de la jornada el dinero que cobraba lo gastaba en alcohol.

Comenta que cuando no trabajaba, jugaba con sus hermanos "con lodo" hacían figuras, "a las escondidas", "trompo", "canicas" y ellos mismos fabricaban sus juguetes de madera como "resorteras y trompos" o se bañaban en el río. Todos cursaron hasta el cuarto año de primaria porque en el pueblo la educación básica llegaba hasta este grado.

Su padre era alcohólico y nunca les demostró cariño, por el contrario era violento, insultaba y golpeaba a su madre. Cuando llegaba en las noches fingían estar dormidos porque "le teníamos miedo" y no querían que los maltratara.

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

Su madre "era cariñosa con todos", les repartía quehaceres y no hacía distinciones entre los hijos, la recuerda como una mujer "muy callada", no se quejaba, procurando no contrariar al marido. Como su situación económica era precaria, sólo comían "una tortilla con chile" por niño y en tiempo de lluvias "cortábamos tunas y nopales" que comían hervidos porque no tenían para comprar manteca. Durante su infancia pocas veces comió carne roja y mucho menos pollo, sólo las comía en alguna fiesta del pueblo. Su madre muchas veces se quedó sin comer porque no alcanzaban los alimentos.

La abuela paterna "Nane", vivía muy cerca de ellos y era quien tomaba las decisiones si no estaba el padre. Cuando las hermanas mayores querían ir a un "baile" le pedían permiso a la madre y ella dejaba la responsabilidad a la Nane porque "era la abuela" paterna y sus decisiones eran respetadas por el hijo.

Las hijas tenían prohibido trabajar en otro lado que no fuera el campo, el padre argumentaba "no quería que anduviéramos de locas". Tampoco les dejaban tener amigos y novios por lo que de adolescentes salían con los muchachos "a escondidas", una y otra se cuidaban para no ser descubiertas. Los hijos de vez en cuando salían con los amigos pero no podían trabajar en otro sitio.

Cuando Hortencia tenía unos trece años salía con un muchacho llamado Joaquín, dos años mayor que ella, se conocían desde niños y un día le dijo "si podíamos ser novios porque le gustaba", ella le contestó que sí después de "pensarlo una semana". A Hortencia también le agradaba pero no sabía cómo llevar una relación de noviazgo. Cuando se veían sólo platicaban de lo que habían hecho durante el día o sobre los "chismes del pueblo", la abrazaba y "me besaba la mejilla", lo que hacía sentir bien a Hortencia. Su relación duró ocho meses porque el padre del muchacho lo envió a trabajar a otro rancho. Le prometió visitarla cada quince días pero pasados unos meses, los encuentros se fueron espaciando hasta que un día le dijo que "mejor quedáramos como

amigos" porque no podía estar "yendo a verme tan seguido", ella entendió el motivo e imaginaba que quizá más adelante cuando regresara al rancho podrían volver a frecuentarse. Al principio recuerda que tenía curiosidad por saber de él, pero pasados los meses perdió el interés y sólo lo recordaba con un buen amigo.

Respecto a la sexualidad, en su casa fue un tema prohibido; su madre nunca habló con ella o con sus hermanas al respecto. Cuando les llegó "la menstruación" la madre sólo argumentó que "era una enfermedad de la mujer" y no les dijo más. Para Hortencia fue algo muy "natural" y en "esos días" procuraba salir menos porque imaginaba que "la gente sabía que estaba menstruando". Con relación a la virginidad, había oído decir a las tías que ella y sus hermanas eran "señoritas", Hortencia no entendía con claridad a qué se referían pero imaginaba que "una mujer se entregaba a un hombre hasta que se casa". Alguna vez escuchó decir al padre: "las mujeres fáciles no se casan porque andan de locas con los hombres".

En cuanto al ejercicio de la sexualidad, tampoco estaba informada, como era muy joven recuerda que en ese entonces no se le ocurrió pensar en "tener relaciones" con su novio por lo que no se interesaba por saber sobre el tema.

De adolescentes sus hermanos José y Benigna se fueron de su casa, en contra de la voluntad del padre, a Guadalajara para trabajar de "cualquier cosa". Posteriormente se fueron a la Ciudad de México, José se contrató de repartidor de leche y Benigna como trabajadora doméstica. Se carteaban con los otros hermanos y con la madre. Benigna animaba a Hortencia para que se fuera a vivir con ellos, así le haría compañía y podría conseguir empleo. La posibilidad de dejar de trabajar en el campo y de disponer de su dinero, fueron motivos suficientes para que tomara la decisión de irse. Como le tenía miedo al padre y de antemano sabía que no la dejaría irse, solamente le avisó a la madre y a la Nane, ellas no estuvieron muy de acuerdo, sobre todo la abuela, pero las convenció con la promesa de enviarles dinero en cuanto comenzara a trabajar y

les dio su palabra de "obedecer a Benigno y portarme bien" para no causarle problemas.

Llegó a México cuando tenía catorce años. Comenzó a trabajar también como doméstica de tiempo completo, recuerda que en las casas en donde laboró la trataban bien pero le "pagaban poco". Salía los sábados por la tarde y los domingos, tiempo que aprovechaba para frecuentar amigos o ir a Zacatecas para visitar a sus familiares. Su hermano era "muy enérgico", no la dejaba tener novio en México, recuerda que un día "me encontré platicando con un muchacho y me pegó delante de él", le dijo "andaba de loca".

Trabajó "en casas" dos años y posteriormente su hermano la colocó en la fábrica de muñecas Lili en donde él ya estaba laborando como velador. Entró como obrera general armando juguetes y laboró durante dos años en esta empresa. Ahí conoció a otros muchachos, se relacionó con tres de ellos como novia; comenta que su relación "era muy inocente", salía con ellos y platicaban como amigos, por la brevedad de los noviazgos no llegó a encariñarse demasiado, en esta época no era muy importante tener novio prefería tener varios amigos y amigas y "salir a pasear" en grupo, así se evitaba problemas con el hermano.

En la vecindad donde rentaban, en Azcapotzalco, vivían amigos y primos de Zacatecas, así que casi todos se conocían, salía con algunos de ellos y las primas a los "bailes".

Hortencia tenía dieciocho años cuando conoció a un muchacho llamado Refugio cuatro años mayor, también oriundo del rancho, quien trabajaba en México de obrero y había llegado a vivir a la vecindad. Lo empezó a tratar le agradaba "su forma de ser y su físico". Él demostró interés en Hortencia y se pasaban platicando sobre sus vivencias en el rancho, al cabo de algunas semanas decía sentirse enamorada y cada que podía le hacía saber que no tenía novio y "lo invitaba a los bailes", salían con frecuencia "como amigos". Un día fue por ella al trabajo, la invitó a "pasear" y en un parque le pidió que fuera

les dio su palabra de "obedecer a Benigno y portarme bien" para no causarle problemas.

Llegó a México cuando tenía catorce años. Comenzó a trabajar también como doméstica de tiempo completo, recuerda que en las casas en donde laboró la trataban bien pero le "pagaban poco". Salía los sábados por la tarde y los domingos, tiempo que aprovechaba para frecuentar amigos o ir a Zacatecas para visitar a sus familiares. Su hermano era "muy enérgico", no la dejaba tener novio en México, recuerda que un día "me encontré platicando con un muchacho y me pegó delante de él", le dijo "andaba de loca".

Trabajó "en casas" dos años y posteriormente su hermano la colocó en la fábrica de muñecas Lili en donde él ya estaba laborando como velador. Entró como obrera general armando juguetes y laboró durante dos años en esta empresa. Ahí conoció a otros muchachos, se relacionó con tres de ellos como novia; comenta que su relación "era muy inocente", salía con ellos y platicaban como amigos, por la brevedad de los noviazgos no llegó a encariñarse demasiado, en esta época no era muy importante tener novio prefería tener varios amigos y amigas y "salir a pasear" en grupo, así se evitaba problemas con el hermano.

En la vecindad donde rentaban, en Azcapotzalco, vivían amigos y primos de Zacatecas, así que casi todos se conocían, salía con algunos de ellos y las primas a los "bailes".

Hortencia tenía dieciocho años cuando conoció a un muchacho llamado Refugio cuatro años mayor, también oriundo del rancho, quien trabajaba en México de obrero y había llegado a vivir a la vecindad. Lo empezó a tratar le agradaba "su forma de ser y su físico". Él demostró interés en Hortencia y se pasaban platicando sobre sus vivencias en el rancho, al cabo de algunas semanas decía sentirse enamorada y cada que podía le hacía saber que no tenía novio y "lo invitaba a los bailes", salían con frecuencia "como amigos". Un día fue por ella al trabajo, la invitó a "pasear" y en un parque le pidió que fuera

su novia. Ella aceptó de inmediato, estaba muy emocionada y "no podía creer que ya era su novia". Como él era zacatecano, el hermano José no se opuso y autorizó su relación. Con los meses se enamoraron, a ella le agradaba que fuera "atento y respetuoso", le gustaba platicar con él, tenían gustos en común como "bailar" y "ver el futbol".

Al medio año de novios, Refugio le pidió varias veces "que me fuera con él" pero se negaba rotundamente y argumentaba "como nos vamos a ir si no estamos casados, José se va a enojar y para qué quieres". Para Hortencia no era necesario compartir intimidad con él, pues sentía que su relación era bastante buena "así como estábamos", no había pensado en esa posibilidad porque era soltera y "para estar con él teníamos que casarnos". Siguió insistiendo y un día la convenció porque le prometió que después se casarían. Su primera experiencia sexual recuerda fue "normal", no entendía bien de qué se trataba pero comenta que no fue traumática como le "decían otras muchachas" y no tuvo sentimientos de culpa porque sabía que se casaría. Esa noche "no llegamos ninguno de los dos" y José se enojó "por mis actos". Ella estaba muy tranquila porque confiaba en Refugio. Una semana después fueron a Zacatecas "para hablar" con los padres y formalizar la relación, quienes estuvieron de acuerdo y propusieron fijar la fecha de la boda. Pensaron casarse en Zacatecas pero como tenían que regresar a trabajar a México decidieron posponer los preparativos "para cuando tengamos tiempo". Cuando iban al rancho y la madre o Nane le preguntaban sobre la boda, ella les decía que sería pronto, el padre se mostraba molesto y le exigía a Refugio que cumpliera su palabra. Hortencia sabía que un buen día se irían a casar a Zacatecas con un gran festejo.

Rentaron un cuarto en la misma vecindad y se fueron a vivir juntos, convivían y se querían mucho, "él era muy cariñoso". No permitió que volviera a trabajar porque la celaba y decía "una mujer no debe trabajar cuando es señora". lo que no representó problema alguno, por el contrario se sentía "feliz"

de estar en su casa y dedicarse a los quehaceres pero le preocupaba que "el dinero no alcanzaba", por lo que decidieron posponer la boda. Hortencia quería que cuando menos se casaran "por el civil" en México y por la Iglesia después en el rancho, pero él prefería que fuera "por las dos leyes" en Zacatecas cuando tuviera suficiente dinero.

Después de varios meses de "vivir juntos" le reprochaba que no "me embarazaba", quería un hijo porque en su pueblo decían "los hombres que no tienen hijos no son machos". Ella se sentía intranquila e imaginaba que quizá "no podía ser madre" y no sabía qué hacer; "no sabía mucho de estas cosas", no se le ocurrió acudir a ver un médico, sólo deseaba quedar embarazada para complacer a Refugio y porque le gustaban los niños. A los pocos meses se dio cuenta de su estado y se alegró de que por fin estuviera encinta. Él cambió de inmediato, era muy amoroso con ella, la cuidaba y deseaba un hijo varón pero cuando nació la niña, su alegría fue mayor. Le demostraba amor, "la cargaba y la besaba". Hortencia se sentía plena como mujer, amaba a Refugio y su niña era su adoración.

Refugio deseaba tener otro hijo compartió su inquietud con ella, quien estuvo de acuerdo y a los dos meses se embarazó nuevamente, nació Fernando. Refugio no demostró la misma emoción con el niño, lo quería pero prefería a Cristina. Ser madre representó su felicidad porque los deseaba por sobre todas las cosas; disfrutaba jugar con ellos, bañarlos, cuidarlos y no hacía diferencia, a los dos los amaba.

Los gastos aumentaron y cuando Hortencia sugería el tema de la boda, Refugio le pedía que "lo esperara un poco", "al fin y al cabo los niños están registrados como hijos de los dos". Estaba convencida de que habían formado una familia y esperaba con ansia el día que se casaran.

Durante los dos años siguientes decidió controlarse para no embarazarse "mientras la situación mejoraba" porque no quería que sus hijos tuvieran las

carencias que ella vivió en su infancia, "no quería que mis hijos pasaran lo que yo viví".

Compraron un terreno en Atizapan y construyeron un "cuarto redondo", y poco a poco hicieron "dos piezas más". Refugio pasó de una fábrica a otra y el dinero escaseaba, así que un día le comentó a Hortencia su inquietud de irse "al otro lado para ganar mejor". A ella no le agradó la idea porque "no quería quedarme sola" ya que sus niños estaban muy pequeños, trató de persuadirlo para que no se fuera, estaba dispuesta a trabajar "para ayudarlo" pero se negó. Su tranquilidad se desvaneció, el sólo pensar que se iría tan lejos la llenaba de angustia, temía por él y por sus hijos.

Los primos y amigos de Zacatecas lo animaron y se fue como "mojado". Hortencia pasó los primeros días "muy triste", no podía dejar de pensar en lo que estaría haciendo Refugio y si estaría bien, "si ya comió... si está enfermo". A los pocos días se enteró que ya estaba viviendo con familiares y trabajando en el campo, consiguió la dirección de donde vivía y le escribió varias cartas que no contestó, no entendía por qué de su actitud pero José y Benigna la animaban diciéndole que "a lo mejor no puede mandar cartas" para evitar que lo deportaran. Sabía de Refugio por terceras personas porque no se comunicaba con ella; tres meses después "me mandó un poco de dinero", posteriormente le llegaron dos giros más. Al cabo de un año ya no volvió a recibir ayuda, así que no le quedó otra opción que trabajar de doméstica "para irla pasando". No entendía su actitud, estaba convencida de que la quería, "si se fue, era para estar mejor", también quería a sus hijos; se negaba a pensar que los había abandonado y vivía día a día con la esperanza de que regresaría. Por las noches "me desahogaba llorando sin que nadie me oyera", no le gustaba que sus hijos se dieran cuenta que sufría, siempre les habló de su padre, de lo mucho que los quería y que pronto estarían juntos.

A los dos años por medio de una comadre se colocó en un laboratorio farmacéutico como obrero general. El dinero que ganaba no le alcanzaba para

cubrir todos los gastos, fueron años difíciles porque dejaba a sus hijos con su cuñada, esposa de José. Hortencia los había enseñado desde chicos a hacer la limpieza de la casa porque quería que tuvieran "la casa limpia" así que la ayudaban y ella trabajaba de sol a sol. No perdía la esperanza de que Refugio regresara pero le "daba miedo preguntar" a familiares si lo habían visto con otra mujer u otra familia en Los Angeles. Él se enteró de que estaba trabajando en el laboratorio, lo que según le dijeron, "le molestó pero ni por eso me mandó dinero", esto fue para Hortencia un "golpe duro", sabía que estaba enterado de su situación económica, de su soledad y de que sus hijos "crecían todos los días" y "ni así me escribía". Esta situación la deprimía y le hacía pensar que no le importaba ni ella ni sus hijos. "Con sacrificios" mantuvo a sus hijos y les dio estudios, poco a poco ascendió hasta operario especialista, y la idea del regreso de Refugio se fue diluyendo con los años. Su vida se limitó al trabajo y a sus responsabilidades como madre. Cuando regresaba a su casa le gustaba atender a sus hijos y trataba de convivir con ellos lo más que podía. Ellos eran "obedientes" y continuamente le preguntaban por su padre; les decía "se fue lejos a trabajar, pronto volverá".

En el laboratorio convivía con compañeros varones, era muy sociable pero no le interesaba relacionarse con "otro hombre" porque decía "respetar a Refugio". Cuando algún hombre, fuera casado o soltero mostraba interés por ella, les hacía saber que tenía dos hijos y "mi marido anda trabajando en el otro lado".

En el área en donde laboraba estaba en contacto frecuente con su compañero Andrés; se llevaban bien y platicaban todo el tiempo. Él era casado y tenía hijos. Un día fueron a una fiesta "con las muchachas" y fue cuando le demostró interés, le agradaba así que no opuso resistencia. Comenzaron a salir, "me sentía bien con él" pero no lo quería como había querido a Refugio. Compartieron intimidad y optó por un control anticonceptivo, cuando "estaba con él" imaginaba que estaba con el padre de sus hijos, lo que la incomodaba y

la hacía sentir culpable "por faltarle". "Si regresa y se entera", además de que no quería causar problemas a la familia de Andrés, "no quería hacer lo mismo que me habían hecho a mí". Al cabo de tres meses tomó la decisión de terminar su relación, no se sentía "a gusto", así que habló con él y no volvieron a salir a pesar de que insistió. Como mujer se sentía sola, necesitaba a Refugio, pero la idea de su regreso cada día estaba más lejana.

Continuó con su rutina diaria; sus hijos, su casa y su trabajo, tenía veinticuatro años. Se dedicó a "trabajar" para darles estudios, deseaba que fueran buenos estudiantes, darles una carrera y "salieran adelante". No quería que padecieran como ella, añoraba con que tuvieran "un buen trabajo". Su relación con ellos considera siempre ha sido buena, trataba de estar cerca de ellos y de platicar, les demostraba cariño y le correspondían.

Su hijo Fernando al terminar la secundaria entró a estudiar una carrera técnica como mecánico automotriz, pero por falta de dinero tuvo que dejarla. A los dieciséis años tomó la decisión de irse a Los Angeles también de "indocumentado, a probar suerte". Para Hortencia fue difícil aceptar que su hijo se fuera pero no quiso detenerlo porque sabía que en México había pocas posibilidades de que encontrara "un buen trabajo". Comenzó a trabajar como lava trastes y luego como cocinero en un restaurante. Desde que se fue y hasta la fecha le manda dinero y se escriben.

Fernando contactó a su padre en Los Angeles, no le reprochó su olvido y Refugio sugirió ir a México de visita. A Fernando le entusiasmó la idea así que "cayeron de sorpresa". Hortencia recuerda que sintió muchas emociones juntas; "me dio gusto pero a la vez sentía como resentimiento, estaba nerviosa y no sabía qué pensar". Su hija también lo recibió con asombro, era un "desconocido" pero fue cordial. Refugio nunca dio explicaciones por su ausencia de quince años y Hortencia no se atrevió a cuestionarle. Convivió con ella quince días, compartía intimidad porque reconoce haber tenido necesidad, así que "no me pude negar" porque en el fondo también lo deseaba, pero ya no con

ese amor de antaño. A Fernando "le dio mucho gusto vernos juntos" y le pidió a su padre se quedara porque Hortencia estaba sola, su hija estaba enferma y ya no vivía con ella, pero se negó argumentando que aquí no iba a encontrar trabajo y "en el otro lado" ya era supervisor de una fábrica y le iba muy bien. El reencuentro y después la separación sirvieron para que se convenciera de que "ya no me quería y no volvería nunca", esto le afectó por muchos días, le dolía que "fuera tan cínico", sobre todo con su hija a quien decía querer tanto. Pensaba que esos años de espera no habían servido de nada, "él tiene otra familia y yo ya no cuento".

Refugio regresó a México dos veces más y la última fue hace dos años. Hortencia lo recibió en su casa pero cada vez fue más "fría" con él, dice sentir rechazo y resentimiento porque la dejó en los momentos más difíciles de su vida y "ahora ya no espero nada de él". Su hija Cristina también se mostró indiferente por su abandono. Considera que no puede negarse a recibirlo en su casa porque "conviví con él varios años y es el padre de mis hijos".

Cristina cursó hasta el primer semestre de Contaduría en la UNAM, Hortencia con sacrificios le sostuvo sus estudios. A los veintiún años dejó la escuela y se casó con un muchacho del rumbo, dos años mayor que ella. Se embarazó y tuvo un niño varón. Su parto fue complicado porque le detectaron un tumor en un ovario, el cual le extirparon posteriormente. Al año siguiente se embarazó y tuvo otro varón. Inmediatamente después le diagnosticaron cáncer en páncreas y colon, por lo que se sometió a tratamiento el cual sigue a la fecha. Hortencia decidió informar de la situación a Refugio pero él no quiso contestar la llamada lo que representó una desilusión más para ella. Hortencia se hizo cargo de los cuidados y gastos de su hija porque el yerno no tenía trabajo fijo y se dedicaba a "la vagancia".

Actualmente se siente muy sola, siente la necesidad de tener una persona cerca de ella, un hombre con quien platicar, alguien que la abrace y que le haga sentirse bien. Ahora se siente "grande", dice que si encontrara un

hombre aunque fuera casado, pero que la comprendiera, saldría con él.

Va con frecuencia a Zacatecas, convive con sus hermanos, cuñados y sobrinos y con sus padres que aún viven. Cuando su hijo viene a verla, se demuestran cariño, le gusta que lo mime y ella le da consejos. Le preocupa que viva en Los Angeles porque sabe que las drogas están a la orden del día y teme por él, por lo que cada que tiene oportunidad le recomienda que se cuide.

A su hija también le demuestra cariño, y siente la responsabilidad de ella por su enfermedad y porque no quiere desamparar a los nietos.

Hortencia se cuida físicamente, vigila su alimentación porque le gusta conservar su peso. Come verduras y fruta en abundancia y le gusta usar vestidos ceñidos y tacones altos, comenta que le agrada arreglarse para sentirse bien con ella misma.

Ahora labora como especialista, categoría que se ha ganado a lo largo de los años por su responsabilidad en el trabajo y porque ha aprendido a manejar las máquinas. Su relación con sus compañeros es buena, se lleva bien con la mayoría, siempre se ve optimista y muy cooperativa. No le gusta externar sus sentimientos y sólo con una compañera platica sus problemas. Tampoco le gusta hacer comentarios de los compañeros porque no le agrada tener conflictos. Le gusta convivir, cuando se organiza una reunión con "las muchachas" del laboratorio, ella asiste y se divierte, le gusta bailar y trata de pasarla lo mejor posible. También le gusta salir a excursiones, así olvida sus problemas. La relación con sus jefes es buena porque no opone resistencia en las tareas y siempre colabora cuando se trata de trabajar tiempo extra. Ultimamente se queda a laborar largas jornadas porque como vive sola prefiere estar trabajando. Su única amiga es su compañera Rosa y una comadre con la que se ve muy de vez en cuando.

Las veces que se platicó con Hortencia, a pesar de conocer a la entrevistadora, cuando hace referencia a su historia no confronta la mirada, mueve con nerviosismo sus manos y casi todo el tiempo mantiene la mirada fija

en la mesa.

ANÁLISIS HORTENCIA

La visión que Hortencia tenía del mundo siendo adolescente era la de trabajar en el campo, relacionarse con jóvenes de su edad, tener novio, casarse y ser madre. *El significado que le atribuía a una relación amorosa tenía como principio el cariño recíproco. El ejercicio de la sexualidad era visto como algo ajeno al noviazgo, sólo podía ser permitido a aquellas mujeres casadas, idea concebida así por los valores inculcados; debía mantenerse "señorita" hasta el matrimonio, "las mujeres fáciles no se casan..." había oído decir a su padre. La maternidad estaría ligada a esta práctica, condición "natural" para toda mujer casada.*

En Zacatecas, con su primer novio Joaquín, su relación estaba regida por estos valores; se sentía atraída por él, se demostraban cariño y le agradaba que la abrazara, "me besaba la mejilla".

Con el paso del tiempo *el significado de una relación amorosa continuó*, el amor compartido seguía siendo la base de sus relaciones. A los dieciocho años esta idea permaneció, con su primer novio formal Refugio existía el amor correspondido además de que compartían aficiones e intereses, era "atento y respetuoso". *El significado atribuido a la sexualidad continuó vigente*, pero la insistencia del novio por experimentar en este terreno implicó en Hortencia reafirmar este sentido; tendrían intimidad y en consecuencia se casarían.

Al irse a radicar a la ciudad de México se relacionó con otros jóvenes de su edad guiada por la atracción física y el cariño. Con su primer novio formal Refugio vivenció bajo esta noción, se sentía correspondida. *Al acceder a compartir intimidad con él abrió la expectativa de matrimonio, lo normal sería que se casaran y tuvieran hijos.* De ahí que su primera experiencia la viviera sin sentimientos de culpa pues tenía la seguridad de que se casarían.

Su nueva condición la asumió como natural; dejar de trabajar fuera para

dedicarse a las labores del hogar y atender a su pareja. Ser madre era concebido como algo inherente a toda mujer casada, ella pronto lo haría, y era lo más lógico que tuviera hijos, sin embargo, el que pasaran varios meses de vivir con Refugio y no se embarazara, implicó que sintiera incertidumbre sobre todo por la presión de que era objeto, posiblemente porque también para él la práctica sexual estaba ligada a la maternidad. Al quedar encinta, sus expectativas giraron en torno al nacimiento de su hijo "varón" para complacer al marido y formalizar su relación.

Con el nacimiento de su primer hija Cristina, su relación con Refugio se consolidó; demostraban amor a la hija, convivían y se complementaban. Sin embargo la "boda" día a día se alejaba más de sus planes porque "el dinero no alcanzaba", sin embargo Hortencia tenía la seguridad de que se cumpliría tal y como lo habían pensado. Al nacer su segundo hijo varón Fernando, contribuyó a su realización como madre, lo único que le faltaba para sentirse plena como mujer era legalizar su unión con Refugio.

La decisión de Refugio de irse a trabajar "al otro lado" para mejorar sus condiciones de vida y por fin poder casarse, representó para Hortencia incertidumbre porque se quedaría sola con sus hijos, además del temor de que no regresara. El distanciamiento y el olvido al paso del tiempo por parte de Refugio, implicaron que se desvanecieran las esperanzas de que cumpliera con su compromiso de pareja y de padre.

Dos años después de vivir juntos su condición económica era difícil por lo que Refugio tomó la iniciativa de irse a trabajar como indocumentado, prometiendo que pronto regresaría con dinero y se casarían. Al paso de los meses se dio cuenta de que no tenía intenciones de regresar y su ayuda económica fue escaseando. Asumió la responsabilidad absoluta del cuidado y educación de sus hijos y a falta de recursos buscó trabajo fuera.

Todos los proyectos fncados en su relación poco a poco se fueron diluyendo, su nueva condición de madre sola la asumió como un compromiso

ineludible, buscó un empleo formal para poder mejorar su situación económica. Afectivamente se sentía decepcionada por el abandono, pero la esperanza de que algún día o volviera continuó presente, de ahí su estrategia de no querer relacionarse con otros hombres y dedicarse por completo a educar y cuidar a sus hijos y a trabajar.

A los veinticuatro años su visión del mundo era la de trabajar para mantener a sus hijos y darles los medios para que estudiaran, cuidarlos y educarlos. Afectivamente se sentía traicionada por el abandono de Refugio. Al conocer a Andrés representó el inicio de *un proceso de resignificación en cuanto a la sexualidad; sería una forma de expresión afectiva, y no como parte de la maternidad*. Sin embargo la idea de un posible reencuentro con Refugio, implicó que decidiera terminar con su relación porque se sabía con el deber de "respetar" a su pareja aún cuando estuviera lejos. Nuevamente opta por el aislamiento y la *negación*.

Después de vivir varios años sola se relaciona con un hombre casado con quien convive en lo laboral. En esta época aún cuando no había perdido la esperanza de que Refugio regresara, su decisión de salir con Andrés respondió a una necesidad afectiva. *La sexualidad fue asumida como una forma de expresión amorosa y satisfacción compartida*, sin embargo al cabo de tres meses decide concluir su romance porque se cuestionaba "si regresa y se entera", y evitó relacionarse con otras personas.

Años más tarde el reencuentro con Refugio implicó que *reafirmara la noción de lo sexual*; sería una forma de expresión, pero con la negativa por parte de él de quedarse a vivir en México, Hortencia revaloró su condición y reconoció "ya no me quiere y no volverá nunca", "tiene otra familia y yo ya no cuento".

A los cuarenta y seis años la visión que Hortencia tiene del mundo es la de seguir trabajando para mantenerse y ayudar a su hija quien se casó con un hombre irresponsable, por lo que ella asume la obligación con la hija que padece

cáncer y también se hace cargo de los nietos. Los últimos reencuentros con Refugio, cuando viene de "visita", implicaron que en Hortencia se generara un cambio en su estrategia; se muestra "fría" e indiferente porque reconoce que no le interesa quedarse a vivir con ella. Considera que no existen posibilidades de recuperar al padre de sus hijos porque tiene otra familia. Como mujer se siente "grande" y sola, aspira a encontrar una persona con quien poder compartir afecto aún cuando sea "casado", lo que se podría entender por su necesidad de sentirse querida.

En el marco cultural en donde está inmersa Hortencia las condiciones que la rigen están dadas por las mentalidades que operan implícitamente; trabajar en los quehaceres de la casa y en "el campo", condición que asume naturalmente porque así debía ser, la educación formal era poco importante, era suficiente aprender a leer y escribir. En lo afectivo aprendió a recibir "cariño" por parte de la madre, y poco afecto del padre, quizá porque para ellos así debía ser la interacción familiar. *En las relaciones amorosas la afectividad sería la base. La sexualidad tendría como fin la maternidad siempre dentro del matrimonio.* Por ser mujer es quien debe educar y querer a los hijos, el esposo sería el proveedor.

A partir de este marco, la concepción de Hortencia sería la de *trabajar, relacionarse afectivamente con jóvenes de su edad, casarse y ser madre.* En las diferentes etapas y experiencias, desarrolla estrategias específicas; en un primer momento, la lectura que hace de ese marco, implica que atribuya el sentido a una relación amorosa; *el amor recíproco, y la práctica sexual como la forma última de la expresión afectiva que lleva a la maternidad.* La decisión de ejercer su sexualidad es asumida como natural porque esto representaría el matrimonio.

En otro momento la lectura que hace de las situaciones se ve modificada; a través de la *flexibilidad se reconoce la capacidad de expresarse*

afectivamente a través de su cuerpo y desliga la maternidad como único fin, en este proceso de *agencialidad* es evidente su capacidad de decisión, de ahí su estrategia de utilizar contraceptivos. Pese a ello, no alcanza a romper con su idea de lo natural; *reafirma su deber ser* aún cuando Refugio dio señales claras de abandono y desamor, por lo tanto *la noción de derecho que comenzaba a germinar pierde validez*.

Más tarde atribuye a Refugio privilegios que podríamos considerar *nociones de derecho como padre* a pesar de que se deshizo de todo compromiso, esta actitud podría explicarse por la idea que de sí misma tiene; "conviví con él varios años y es el padre de mis hijos". Lo que traslada a su relación de pareja en sus primeros reencuentros, sin embargo al paso del tiempo revalora su condición de abandono y pone en uso tácticas como la indiferencia que suponen *nociones de derecho* que no se concretan como tales porque para Hortencia sigue siendo el padre de sus hijos, condición que no ha podido trascender a pesar de su cuestionamiento, quizá por su idea del *deber ser mujer*.

En lo afectivo la necesidad de sentirse querida responde a su idea de pareja concebida años atrás, la cual permaneció y que se reafirma como una necesidad pero ahora visualizada en términos de merecer sin otra expectativa.

Como madre, desarrolla estrategias para educar a sus hijos; es observable el traslado de su propia experiencia, por lo que intenta crear mejores condiciones materiales de existencia para que puedan prepararse profesionalmente y proveerlos de herramientas para enfrentar la vida. Con la decisión de Fernando de irse a trabajar "de indocumentado" y el matrimonio de Cristina con un muchacho que no ha asumido su responsabilidad de pareja y padre, implican para Hortencia reafirmar la idea de lo natural pues de alguna forma reproducen su experiencia, bajo otras circunstancias; Fernando decide correr la misma suerte que el padre yéndose a trabajar de "indocumentado" y Cristina elige el camino "natural" de toda mujer; casarse y ser madre, de ahí que

Hortencia asuma sentimientos de frustración y fracaso como madre ya que intentó proveer a sus hijos de mejores formas de vida para que pudieran tener un mejor futuro, sin embargo el curso natural de la vida le muestra que a pesar de ello, tienen que cumplir con el *deber ser asignado*. Asimismo su *noción de derecho* la traslada a obligaciones como algo inherente a ella porque así tiene que ser.

NARRATIVA LOURDES

Edad: 41 años

Tiene 3 hijos: Socorro de 23 años, vive en el rumbo de Tlalpan desde hace cuatro años en unión libre con Raúl, tienen una niña de tres años.

Claudia de 21 años, cursa el primer año en una academia particular, como técnica educadora, los gastos los solventa su madre.

Ramón tiene 18 años, es aspirante a la preparatoria pero fue rechazado, por lo que esperará el siguiente ciclo. Actualmente casi no sale porque tiene un problema de acné fuerte y le da pena salir a buscar trabajo.

Lourdes vivió su infancia en una modesta vivienda del rumbo de Iztapalapa, con sus padres y hermanos.

Tiene tres hermanas: Carmen de 46 años, Jovita de 43, Martha de 36. Y tres hermanos: Eduardo de 39, José de 31 y Felipe de 29 años.

Comenta "no tuve infancia", pues desde muy pequeña trabajó, su abuela "me ponía un banco en el lavadero para que alcanzara", "lavaba y planchaba ajeno" y así colaboraba en la economía familiar. No supo de juguetes, de diversiones ni de convivencia afectiva con sus padres.

Su madre fue alcohólica, desde que amanecía se "iba a la pulquería" del barrio y regresaba a su casa por la noche, agredía a los hijos, principalmente a "nosotras nos pegaba" y las insultaba. Cuando estaba sobria no convivía con ellos, no les demostró cariño ni atención, no recuerda detalles amorosos entre ella y su madre, sólo malos tratos. Desconoce la razón por la que era alcohólica, sólo recuerda que desde pequeña "siempre fue igual"; conoce pocos antecedentes de su historia, lo único que sabe es que viene de una familia de origen muy humilde, no fue a la escuela y trabajó desde muy joven.

Su padre trabajaba en una fábrica textil como obrero general y por las noches se encontraba en la pulquería con la esposa, ambos llegaban alcoholizados y él peleaba con la mujer porque "no había comida". No los maltrataba pero tampoco les daba cariño de padre, era muy indiferente y casi siempre estuvo ausente.

Lourdes al igual que sus hermanos vivieron abandonados y sin afecto, no tuvieron oportunidad de ir a la escuela y desde niños trabajaron para sobrevivir, porque sus padres no se preocupaban por mantenerlos. Entre hermanos había diferencias en cuanto a caracteres; Carmen la mayor, tomó el papel de madre, era quien dirigía a los hermanos y los demás obedecían. Jovita y Lourdes cooperaban con ella pero no la entendían porque era muy autoritaria; "nos mandaba a hacer las cosas a gritos" y "nos pegaba", lo que les producía "miedo" y preferían obedecer. Los hermanos chicos eran protegidos por las mayores, Lourdes siempre le mostró un cariño especial a Martha, con quien siempre se llevó bien.

A los doce años, se enteró por medio de una vecina que Carmen era media hermana por parte de la madre, no le dio importancia porque siempre vivieron juntas y en su casa nunca se mencionó el asunto. No recuerda cómo ni a qué edad Carmen se enteró porque siempre evitó hablar de ello pero Lourdes sabía que "se sentía menos", decía que sus padres no la tomaban en cuenta y los hermanos no la obedecían, según ella "todos estábamos en su contra".

Con relación a la sexualidad, nunca se habló del tema en su casa. Cuando "llegó mi primera regla" recuerda "me asusté y corrí a decirle a Jovita" quien le explicó que era "normal" y sería cada mes. Lourdes tenía muchas dudas pero no se atrevía a preguntar a sus hermanas porque imaginaba que ellas no sabían qué responder y le daba "miedo" hablar con la madre porque era muy agresiva. No sabía cómo ni por qué "nacían los niños". Sólo intuía que "todos se casan cuando son grandes y tienen familia".

Carmen, se embarazó a los dieciocho años, según Lourdes "fracasó" porque el muchacho la abandonó y "se quedó con el niño". Para Lourdes el que fracasara significó que su hermana se embarazara y no se hubiera casado. Tres años más tarde se casó con otro muchacho y "rehizo su vida".

Jovita y Martha se casaron también muy jóvenes, según Lourdes lo hicieron "por salirse" porque "ya no aguantaban la vida que llevábamos en la casa".

Sus hermanos Eduardo, José y Felipe también se casaron uno tras otro y se fueron a vivir aparte.

En temporadas cortas las hermanas regresaban a casa de los padres por problemas con los esposos o por falta de dinero y al poco tiempo se volvían a ir.

Lourdes nunca tuvo oportunidad de conocer muchachos de su edad, con los vecinos del rumbo convivía poco, sólo cuando había alguna fiesta del barrio. Sus hermanas "salían con los novios" y ella a veces las acompañaba. Cuando tenía catorce años, el novio de Jovita le presentó a Ramón seis años mayor que ella, quien era policía. A Lourdes le pareció "el hombre más guapo que había visto" en su vida, le gustó y le agradó que él mostrara interés. Salieron en dos ocasiones, comenzó "a quererlo desde el primer día que lo vi" y ansiaba ser su novia. Al poco tiempo le pidió que fueran novios y aceptó, le demostraba cariño y él correspondía. Cuando iba a entregar la ropa que lavaba, aprovechaba para ir a casa de Ramón; era bien recibida por la suegra y él "era cariñoso". Después de varios meses de relación, una tarde que estaba con ellos, recuerda que "llovió horas", le sugirió que se quedara a dormir, "ya era tarde". La idea le pareció disparatada, "me puse a llorar" y "le pedía que me llevara a mi casa" porque sus padres "no me iban a creer", pero la suegra insistió, le dijo que al día siguiente irían a verlos para que no tuviera problemas, a fin de cuentas se quedó. Esa noche durmió con la suegra, Ramón "no me tocó" pero al siguiente día "no me dejó irme", "todos los vecinos saben que te

quedastes y te van a ver mal" le argumentó. Lourdes no quería seguir con esa situación y él propuso hablar con sus padres y pedirla en matrimonio, ella aceptó. Ambos fueron a verlos, quienes se mostraron hostiles y reprobaron su proceder, "me corrieron" no querían volver a verla. Ramón les dijo "me la llevo a vivir conmigo", Lourdes no sabía qué hacer, no dijo una sola palabra, sólo recogió las pocas pertenencias que tenía, se despidió de sus hermanas y se fue con él.

Se sentía "a gusto" con su nueva vida, en otra casa y con Ramón, pensaba que se casarían pronto por lo que se propuso "ganarme a mi suegra, la ayudaba con la casa"; si compartía ese espacio quería colaborar, no quería que pensara que era "una floja", además le agradaba atender a Ramón. Sentía quererlo y pensaba que formarían "una familia", "no me importaba" que sus padres reprobaran "lo que hice", imaginaba que al cabo del tiempo "me perdonaran" e incluso podría visitarlos más adelante. No sentía arrepentimiento y sólo quería "ser feliz con Ramón". Los primeros días la trataba bien; se mostraba cariñoso, platicaba con ella y cuando Lourdes hablaba "de la boda" contestaba: "para eso estoy trabajando duro" y en cuanto tuviera el dinero suficiente, harían los preparativos. Creía en él y a media que pasaba el tiempo se sentía más segura de que pronto se casarían. En el terreno sexual, fue "algo nuevo", su primera experiencia fue un tanto "difícil" porque ignoraba de qué se trataba, sólo sabía que tenía que "dormir con él". Recuerda que fue amoroso, la abrazó fuerte y le dijo "eres virgen". Ella le contestó "te quiero y por eso estoy aquí". No experimentó sentimientos de culpa, dice que lo ideal hubiera sido "hacer las cosas bien", pero confiaba en su promesa.

A los dos meses de convivencia, Ramón cambió su actitud; cada día era más distante, no conversaba con ella, llegaba tarde y "me ordenaba que le sirviera la comida caliente". Las demostraciones de cariño se terminaron y económicamente no la ayudaba. Trataba de complacerlo y "para no buscar problemas" no se atrevía a preguntarle el por qué de su mal humor. Cuando

intentaba acercarse, siempre explotaba, "me decía de groserías y me pegaba", el tema del matrimonio no lo volvió a tocar por "miedo" a contrariarlo. Su ilusión de la "boda" poco a poco la veía más lejana. La suegra apoyaba a "su hijo" e instaba a Lourdes para no molestarlo, cuando podía le hacía saber que "quería otra cosa para su hijo", es decir otra muchacha que fuera "blanca", ya que Lourdes es "morena".

Su intimidad con Ramón día a día fue cambiando, era muy violento y para Lourdes resultaba "muy feo" porque "casi me obligaba a tener relaciones"; no había demostraciones de cariño "no sentía nada" pero no quiso externar sus inquietudes porque sabía cómo reaccionaba. Reconoce que no tenía experiencia alguna pero trataba de ser accesible y cariñosa aunque la tratara mal.

Esta situación "me ponía triste" y por más que "ponía de mi parte" no sabía qué hacer para que su relación mejorara, por el contrario, cada vez se sentía más responsable del cambio de actitud de Ramón porque la suegra la hacía sentir "poca cosa" por ser "morena" y porque "no era bonita".

Al poco tiempo quedó embarazada, no sabía bien en qué consistía un embarazo, ni lo que sucedía en su cuerpo, tenía muchas dudas que no compartía con Ramón, sólo sabía que sería madre. Imaginaba que al nacer el niño las cosas cambiarían; quizá durante su embarazo ya no la maltrataría "por el niño" y le demostraría amor "como antes". Cuando le comentó su estado, se mostró indiferente, incluso le reprochó "no te cuidastes", no estaban en condiciones económicas para "traer un hijo al mundo". Esta reacción le provocó "amargura, estaba decepcionada" porque su respuesta en nada se parecía a lo que esperaba. A los tres meses de embarazo se sentía mal físicamente y muy sola porque las hermanas la frecuentaban poco y sobre todo porque Ramón era más distante. Una tarde se sentía más cansada que nunca, "rara". Por la noche suplicó a Ramón que la llevara al doctor porque "estaba sangrado y me llevó al Seguro de mala gana". En la clínica la atendieron de urgencia, sin

embargo no pudieron salvar a su hijo, le dijeron que posiblemente había sido por "algún golpe o porque estaba débil". Recuerda que la pérdida de su bebé le llenó de tristeza sobre todo porque a Ramón no le importó.

Varios meses después quedó nuevamente embarazada, lo que le provocó angustia porque pensaba que volvería "a perderlo". Comentó a Ramón sobre su estado y los reproches no se hicieron esperar, lo que la deprimió aún más. Había pensado en la posibilidad de regresar a su casa pero no sabía cómo reaccionarían los padres y si la aceptarían. Lourdes buscaba a sus hermanas, pero no les platicaba de sus problemas, su embarazo lo vivió prácticamente sola. A los nueve meses nació Socorro, recuerda que experimentó "alegría" porque "nació sana" y se parecía al padre, "era blanquita"; la cuidaba y la quería. Ramón adoraba a la niña pero a Lourdes la seguía tratando igual.

Nunca se le ocurrió acudir a orientación médica "para cuidarme" porque "me daba pena" ir al médico, a pesar de que Ramón le había ordenado que se controlara y "no podía negarme cuando quería tener relaciones", si lo hacía la maltrataba, así que poco después nació Claudia su segunda hija y al siguiente año nació Ramón. Lourdes recuerda que estos embarazos los vivió más como una obligación que como una ilusión, para ella significaba una vez que nacieran, cuidarlos, criarlos y mantenerlos, lo que le hacía sentirse "infeliz" porque veía que su pareja era un hombre "despegado", no la ayudaba, era poco afectivo con los hijos y quizá había dejado de quererla. Cuando nacieron Claudia y Ramón, Lourdes trató de darles "todo lo que podía" pero se sentía insatisfecha con la vida que llevaba, sólo veía obligaciones.

Los problemas con la suegra aumentaron pues el niño era de piel morena y la mujer argumentaba "a lo mejor ese niño no es de mi hijo". Nunca aceptó a Lourdes por "morenita", la familia de Ramón era de piel blanca, por lo que siempre existió ese prejuicio.

Lourdes intentó un acercamiento con sus padres; aún cuando "me recibían" la madre se mostraba hostil porque no se había casado y el padre indiferente, no así las hermanas que la trataban con afecto, en especial Martha quien le pedía "regresa a la casa".

Un buen día habló con Ramón sobre su inquietud de "irme de la casa" argumentando que ella y los niños estaría mejor "con mis papás" porque las hermanas la ayudaría a cuidarlos mientras trabajaba. Para Lourdes la verdadera razón era salir de casa de la suegra porque "me hacía la vida pesada" y para ver si él se hacía responsable. A Ramón le pareció una buena idea, siempre y cuando se fuera también a vivir con ella porque "soy el padre de tus hijos y tengo que estar con ellos". Se sintió halagada por su respuesta, pensaba que todavía la quería y por ese motivo "me seguía"; prometió convencer a sus padres para que dieran su aprobación y pactó que primero se iría ella y después él. Regresó a casa de los padres; "nos recibieron" pero le pidieron que aportara "gasto", estuvo de acuerdo, además los convenció para que aceptaran a Ramón argumentando que también les ayudaría económicamente. A los pocos días se mudó, y por unas semanas estuvieron juntos, imaginaba un posible cambio porque ya no estaba la suegra cerca pero continuó con los malos tratos y "no daba dinero". La relación se deterioró aún más porque no tenía un trabajo fijo y ella seguía trabajando ahora como doméstica y vendiendo ropa. Después de varios "pleitos" y discusiones, Lourdes lo corrió, se fue y no volvió. Nunca la buscó y mucho menos se responsabilizó de sus hijos.

Para ella la separación implicó "quedarme sola con mis hijos", tener que "trabajar más para mantenerlos" y "dejé de sufrir con Ramón"; recuerda que por primera vez "me di cuenta que no me quería", así que cuando se marchó se sintió aliviada. No hacía planes a futuro, solo pensaba en el presente inmediato, por lo que su preocupación mayor era "trabajar". Su hermana Carmen en ocasiones llegó a reprocharle que viviera "en la casa" por lo que trataba de

aportar lo que más podía para no tener fricciones. Esta situación la hacía sentirse "triste" porque había regresado a su casa con tres hijos.

Prácticamente la economía pasó a manos de Lourdes cuando los hermanos se fueron casando, ella se hizo cargo de los padres y de sus hijos.

Por esos años, se sentía "desesperada", no le alcanzaba el dinero que ganaba como doméstica y la ropa que vendía "no era negocio", así que comenzó a buscar trabajo formal, para ella era vital tener servicio médico para sus hijos y un sueldo fijo. Por medio de una vecina, se enteró que había vacantes en una industria farmacéutica, así que de inmediato acudió a hacer solicitud; la contrataron como ayudante general, puso interés y "con muchos trabajos" aprendió a trabajar y poco a poco ascendió a categoría de primera. Ahí laboró cinco años.

Por medio de un ex-jefe se colocó en otro laboratorio en donde labora actualmente como especialista, al mismo tiempo cursó la primaria a través de un programa para adultos por parte de la empresa. Para que pudiera laborar como especialista debía saber leer y escribir porque tendría mayor contacto con la maquinaria.

A los niños los dejaba en su casa, como la madre continuaba con su alcoholismo, prácticamente nadie cuidaba de ellos, a menos que estuviera una hermana o hermano. Lourdes les dejaba comida y los niños se atendían solos, ella llegaba tarde y el tiempo que pasaba en su casa lo dedicaba a los quehaceres. Muchas veces los regañaba porque no cumplían con las tareas que ella les asignaba. Pocos fueron los momentos que convivieron, era poco amorosa "por falta de tiempo", dice quererlos porque son sus hijos pero "no les daba cariño porque tenía que trabajar"; nunca asistió a un festival de la escuela y rara vez salieron a pasear. Su hermana Carmen en cambio, se daba sus tiempos para convivir con los niños, principalmente con Socorro, tenía un niño y siempre había deseado una niña. Un día le dijo a Lourdes que le regalara a las niñas pero se negó, no le gustó la idea porque sus hijos eran de ella y "no podía

andarlos regalando".

Lourdes tenía veintiséis años cuando conoció a Simón, era chofer de una "Combi" de por el rumbo. Se interesó pues le gustaba físicamente y "me caía bien", comenzaron a salir aún cuando sabía que era casado y tenía hijos. El relacionarse con este hombre respondió a una necesidad de "salir con alguien, me sentía muy sola", no había salido con nadie desde Ramón, durante estos años su vida había sido trabajo y sabía que con tres hijos, era difícil "encontrar un soltero". Con el trato Lourdes se enamoró, se veían casi a diario cuando regresaba del trabajo. En el terreno sexual se sentía correspondida, actividad que formaba parte de lo amoroso, decidió por un método anticonceptivo "el dispositivo" para evitar un embarazo. Después de varios años de relación, lo invitaba a su casa a cenar y a platicar. Sus hijas, en especial Socorro no lo aceptaron porque sabían que era casado. Con Ramón hubo acercamiento en un principio, a veces "se iban a la ruta" y lo enseñaba a manejar la "Combi" y luego "el microbus", sin embargo, desde hace unos tres años el joven se muestra hostil con él. Ella piensa que es debido a la influencia de su hermana Carmen que le "mete ideas a mi hijo porque yo atiendo a Simón cuando va a la casa y a él no". Comenta que sus hijos siempre se servían solos y era natural que ella atendiera a Simón cuando iba de visita.

Cuando comenzó a tener un poco de estabilidad económica y sus hijos ya púberes, rentó una vivienda cerca de la casa de su madre. Vivió muy limitada, "lo poco que ganaba se iba en los gastos" de su casa y en ayudar a la madre, responsabilidad que a la fecha tiene porque considera una "obligación" por ser la hija que vivió "muchos años con ella".

En la actualidad Lourdes piensa que su hermana Carmen ha influido negativamente en las relaciones familiares, no sólo entre hermanos sino también con sus hijos, en especial con Socorro porque han estado "muy unidas", situación que Carmen ha aprovechado según ella, para manipular a su

hija y sembrar sentimientos negativos "en mi contra".

Su padre murió hace cuatro años de un problema del corazón y su madre se fue a vivir con su hijo Felipe a Chalco.

Su hija mayor Socorro "se juntó con un muchacho" a los diecinueve años. "Cuando se fue me reprochó que nunca estuve con ella", "siempre nos dejastes, para ti primero estaba tu trabajo" le dijo. Su relación siempre ha sido muy distante, siente que su hija no la quiere y "prefiere a su suegra". Considera importante que legalice su unión porque "si se casa estaría más estable, tendría una base más por si llega a tener problemas... un respaldo", sin embargo a Socorro no le interesa por el momento casarse porque su unión funciona bien así.

Claudia y Ramón actualmente viven con ella, su relación con ambos es muy fría, incluso Ramón ha llegado a decirle "yo no te quiero, tu nunca fuistes una madre.... siempre nos dejabas solos, por eso no te quiero". Lourdes admite que "tiene razón", siempre estuvo ausente pero argumenta "si no trabajaba de qué íbamos a vivir, quién nos iba a mantener". Ramón es poco cooperativo en los quehaceres de la casa, "no le gusta ayudar, todo el día se la pasa viendo la televisión" y no sale a la calle por su problema de acné.

Claudia estudia una carrera técnica que costea la madre, su relación es también distante porque es "arisca", no le gusta platicar y discuten con frecuencia por los quehaceres que la hija se niega a hacer. Lourdes dice: "es de carácter fuerte" y cada que puede le reprocha que "de chicos nunca estuve con ellos". Tiene novio desde hace un año y cuando Lourdes sale a trabajar, no se entera qué hace en el día, no sabe si va a la escuela o se queda dormida, o "si mete al novio a la casa".

Cuando Lourdes regresa por las tardes o noches, intenta convivir con sus hijos, pero la evitan. No quieren platicar y sólo la buscan cuando necesitan dinero para comprar algo.

Su relación con Simón actualmente ha cambiado, se ven con menos frecuencia porque él argumenta no tener tiempo. En cuanto a su intimidad, durante años fue muy buena, pero últimamente se ha dado cuenta que "él me cumple" pero ya no demuestra esa misma atracción de antes. Expresa su inquietud al respecto pero Simón niega su insatisfacción, incluso le llega a comentar "me haces sentir impotente". Para Lourdes es muy importante tenerlo cerca porque lo quiere, aún cuando ha tenido otras oportunidades; salió un par de veces con un muchacho soltero, como amigos, la pretendía pero el cariño que le tiene a Simón le impide vincularse con otra persona, además piensa que con un soltero tendría pocas posibilidades de tener una relación estable porque más tarde buscaría casarse con una mujer sin hijos y "más joven". "Nunca tuve suerte con los hombres" porque "no fui bonita y a mi edad quién se va a fijar en mí" dice.

Recientemente terminó de pagar "un terrenito" por el rumbo de Xochimilco y ha comenzado a fincar "una modesta casa", quiere dejar de pagar renta y tener una propiedad, "quiero mi casa... nunca he tenido nada".

En su relación de trabajo, es considerada como el mejor elemento porque es muy rápida y cooperativa. Nunca dice no a una tarea y cuando se trata de laborar tiempo extra es la primera en aceptar. Es muy sociable y trata de llevarse bien con todos, nunca platica de sus problemas y constantemente está bromeando. Sus compañeros la consideran una persona "matada" porque aún cuando esté cansada o se sienta mal de salud; trabaja rápido, por lo que los jefes siempre la ponen de ejemplo y esto ejerce presión en los demás. Algunos dicen que Lourdes es así porque está "sola", ellos desconocen su relación con Simón. Les platica que "su esposo" la dejó hace muchos años y nunca volvió a relacionarse con otra persona. Al preguntarle el por qué de su actitud con sus compañeros, argumenta que es mejor "no sepan que salgo con un casado porque empiezan a hablar de uno", le interesa mucho el "qué dirán" en el trabajo, le gusta tener "una buena imagen" sobre todo ante los jefes porque así

"te toman en cuenta para el trabajo".

ANÁLISIS LOURDES

En la adolescencia, la visión que del mundo tenía Lourdes era la de trabajar, cuidar y mantener a sus hermanos menores, tener novio, casarse y ser madre. *Lo afectivo era visto como una expresión de cariño recíproco necesario en una relación amorosa. La sexualidad era viable como una práctica exclusiva para aquellas mujeres casadas, cuyo fin debía ser la maternidad,* condición natural dentro del matrimonio, concebida así por las creencias e ideas que la regulaban, en donde lo sexual estaba confinado a la reproducción.

Al relacionarse con su primer novio Ramón, tomó como base la afectividad, le agradaba físicamente y "era cariñoso". Esta necesidad de sentirse querida, se podría entender por la carencia en su vida familiar; la madre alcohólica y golpearora, su padre distante y su hermana mayor autoritaria, de quienes sólo recibía malos tratos. En su noviazgo *el ejercicio de la sexualidad no era considerado como necesario; de acuerdo a sus valores, esta práctica estaba negada para una joven soltera, sólo podía tener lugar dentro del matrimonio.* Esta idea es evidente en la experiencia de su hermana Carmen, "fracasó" por ser madre soltera y "rehizo su vida" al casarse más tarde.

Con el paso del tiempo, *el significado de lo amoroso permaneció,* aún cuando se presentó la situación de "pasar una noche" en casa del novio y su nueva condición de pareja. *La sexualidad seguía siendo algo prohibido para una mujer soltera,* sin embargo la expectativa de matrimonio implicó cierta flexibilidad, su ejercicio estaría ligado a lo afectivo y en consecuencia a formalizar su relación tener "una familia". Con el cambio de actitud del novio, *su idea del amor se mantuvo,* aún cuando los planes de "boda" se alejaban, debía ser ama de casa y compartir intimidad. Ser madre podría encausar la legalización de su unión y Ramón podría reconsiderar y modificar su comportamiento, sin embargo los embarazos acentuaron aún más su

indiferencia. Debía cumplir su función de madre porque así tenía que ser.

Después de varios meses de convivencia, Ramón retuvo a Lourdes aprovechando las circunstancias con la promesa de que se casarían, lo que en un principio no fue concebido como algo viable porque imaginaba debían "hacer las cosas bien". Sin embargo, asumió su compromiso sin otra alternativa, "todos los vecinos saben que te quedastes y te van a ver mal", le había dicho el novio, aunado al rechazo de sus padres, así que no tuvo otra opción que irse a vivir con él, pues los valores aprendidos le dictaban como algo "malo" la manera en que se habían dado las circunstancias, lo natural hubiera scasarse, pero ahora debía afrontar su condición y fincar sus esperanzas en las promesas de Ramón. En lo sexual experimentó sin sentimientos de culpa, como parte del amor y con la idea de formar una familia, "todos se casan cuando son grandes y tienen familia", había escuchado. Al poco tiempo el cambio de actitud tan radical por parte de Ramón manifiesto en agresiones fue entendido por Lourdes como falta de amor de su pareja. Para propiciar un cambio favorable y que el novio reconsiderara, puso en práctica estrategias para alcanzar su ideal de matrimonio; evitar contrariarlo, atenderlo y trabajar, se sabía con la responsabilidad de agradarle porque imaginaba que así debía asumirse como pareja, de ella dependería que su relación mejorara. Ser madre abría la posibilidad de que por fin se casaran.; *los embarazos y la maternidad de sus tres hijos, los asumió como una condición natural*, lo que implicaba criar, cuidar y mantener a sus hijos.

Con el paso del tiempo, *el sentido que le había dado a una relación amorosa seguía vigente*, a pesar de que Ramón no modificó su actitud. Ser madre se había convertido en una *obligación absoluta*. Su idea de que se responsabilizara económicamente de ella y sus hijos la lleva a plantear la necesidad de regresar a casa de sus padres para que las hermanas pudieran atender a los hijos mientras ella trabaja, lo que no resultó porque decidió marcharse, lo que significó el inicio de una nueva etapa de su vida, como mujer

sola "una carga menos". Su nueva condición de madre sola implicó que se sintiera fracasada como mujer, no se había casado y ahora no podría rehacer su vida. Tendría la obligación permanente de mantener a sus hijos, como mujer se sentía fracasada. Ante esta visión de fracaso, pone en marcha su estrategia de negación a relacionarse con otros hombres.

Lourdes seguía queriendo a Ramón a pesar de que la maltrataba y no la ayudaba económicamente. Un día decide regresar a casa de sus padres con la idea de que se asumiera como proveedor, sin embargo no dio luces de querer comprometerse. Después de disgustos y discusiones decidió marcharse y no volver más, lo que representó para Lourdes "una carga menos", ahora tendría sólo la obligación de ser madre. Durante los siguientes seis años sólo se dedicaría a trabajar, evitando toda posibilidad amorosa, no quería salir con otra persona porque imaginaba que un hombre soltero no haría planes de matrimonio con ella por su condición de madre sola, además de que se sentía poco atractiva para agradar como mujer.

Ante su nueva condición de *madre soltera*, el significado que le había conferido a una relación amorosa no cambió, *seguía siendo importante el amor compartido*. A los veintiséis años la visión que tenía del mundo era la de mantener a sus hijos, cuidar su fuente de ingresos porque de ella dependían también sus padres, obligación que asumió por vivir con ellos. Como mujer se sentía "sola", se concebía con nulas posibilidades de relacionarse con alguien por su noción de *fracaso* y su baja autoestima. Al conocer a Simón su idea se modificó; se sentía atraída por él y la necesidad de compartir afecto "salir con alguien". Es claro el inicio de un *proceso de resignificación*, *lo sexual ahora sería una forma de expresar amor y no la consecuente maternidad y mucho menos al matrimonio*. Relación que continúa y que es censurada por sus hijos porque consideran que debe asumirse sólo *como madre dejando a un lado su individualidad porque así debe ser*, sobre todo porque su pareja es casado. Con la idea de crear mejores condiciones de vida y de tener cierta independencia,

decide salir de casa de los padres.

La vida de Lourdes giraba en torno al trabajo, vital para mantener a sus hijos. La relación con ellos era escasa, los veía poco y las demostraciones afectivas no eran consideradas como importantes, lo esencial era llevar "el gasto", mandarlos a la escuela y ayudar a sus padres. Físicamente se sentía "fea por morenita" y poco digna para que "alguien se fije en mí", no le gustaba salir a divertirse con amigos a pesar de que "me sentía sola". Al conocer a Simón le agradó y al parecer era correspondida. Al poco tiempo se enamoró y decidió continuar su relación aún cuando sabía que era casado. La sexualidad fue entendida por Lourdes como una forma de expresión amorosa y de satisfacción compartida, así que optó por un control anticonceptivo para evitar un embarazo. En un principio sus hijos no se dieron cuenta de que salía con él, pero al paso de los años lo presentó como pareja, lo que no es aprobado por ellos porque es casado y ella madre sola.

A los cuarenta y seis años su visión del mundo es seguir trabajando para sostener a su hijo Ramón y a Claudia mientras vivan con ella, continuar ayudando económicamente a su madre y construir su casa para tener algo propio, lo que podríamos entender como una necesidad de pertenencia que nunca logró con su pareja. Como madre siente que ha fracasado porque sus hijos le manifiestan su falta de cariño desde pequeños, lo que justifica "por falta de tiempo" porque tenía que trabajar. La unión libre de su hija Socorro es vista por Lourdes como una relación que debe legalizarse para tener "... un respaldo".

Afectivamente se siente amada pero considera que en el terreno sexual su pareja ha perdido el interés, lo que para ella es fundamental porque es una forma de compartir.

Con los compañeros de trabajo, la imagen de *negación* y recato que ha construido en torno a ella, es parte de su táctica para evadir otras oportunidades porque no se siente capaz de relacionarse con otro hombre por su baja autoestima.

En el marco cultural en donde está inmersa Lourdes, están regidas por las prácticas culturales propias de su contexto social; la mujer debe cumplir con las actividades propias del hogar y trabajar para apoyar a la economía familiar, condición que asume como natural. Las oportunidades fuera del ámbito de "la casa" están negadas por su condición de mujer, esposa y madre. En las relaciones familiares aprendió a recibir malos tratos, así debía ser. *En lo amoroso lo sexual estaría confinado a la maternidad dentro del matrimonio* por las creencias que permean esta práctica, por considerarla prohibida.

De acuerdo a este marco, Lourdes se concibe como una mujer que debe atender a los hermanos menores, trabajar, relacionarse afectivamente con un hombre y casarse. A partir de las diferentes circunstancias vividas, desarrolla estrategias de acuerdo a cómo lee el mundo en situaciones particulares. En una primera etapa *lo afectivo estaría estrechamente ligado a la procreación y al matrimonio*, la lectura que hace de su situación le dicta como natural que podrá compartir intimidad con su pareja, se casarán y será madre. Esta lógica abre la expectativa de formar una familia como debía hacerlo toda mujer.

La realidad a la que se enfrenta con la actitud evasiva de Ramón a cumplir su compromiso de "boda" la llevan a poner en práctica tácticas para alcanzar su objetivo; primero la condescendencia y la sumisión, después fincar sus expectativas en la maternidad, vivir con alguien, casarse en un futuro, tener hijos, criarlos y educarlos, *maternidad que se convierte al paso del tiempo en una obligación ineludible*.

La idea de marcharse lejos de la suegra implicó la necesidad de querer cambiar sus condiciones de vida, lo que podría interpretarse como una *noción de derecho*; propiciar situaciones de cambio para que Ramón asumiera su compromiso de esposo y padre y su relación tuviera una causalidad natural.

El abandono trajo consigo la consecuente *desilusión* y la idea de fracaso, no se había casado y era madre sola, de acuerdo a sus creencias una mujer en estas condiciones tenía pocas posibilidades de reencontrar su camino natural de *madresposa*. *Su idea de negación y anular su individuación forman parte de ese sentimiento de fracaso.*

Como madre soltera la lectura que hace de su condición estaba dirigida a ser buena proveedora como jefe de familia, dejando a un lado la parte afectiva en su relación con los hijos, lo que podría tener su origen en las relaciones familiares, para ella era natural el desapego y la ausencia de expresiones amorosas como madre, sólo bastaba con mantenerlos.

En otro momento, el proceso de *resignificación* le permite romper con esa idea de lo incuestionable, *reconocer su individualidad* y tomar decisiones en el *terreno afectivo y sexual*, *sentido que ya no estaría ligado a la maternidad sino como una forma de culminación amorosa compartida*. La *agencialidad* es evidente en este proceso, lo que le permite *finicar nociones de derecho*; me reconozco la capacidad de decidir sobre mi propio cuerpo, lo que no sólo impacta en el terreno sexual y afectivo sino en la forma de relacionarse con el mundo, mediante la *reflexividad* se sabe capaz de tomar decisiones que antes concebía inamovibles, como independizarse y vivir sola con los hijos y reconocer ante ellos su relación de pareja con un hombre casado, condición que antes no hubiera concebido como viable por la lectura que hacía de las situaciones.

Su idea de fracaso está sustentada en el abandono de Ramón y en su condición de madre sola, por lo que se sabe incapaz de imponer reglas y límites como madre por los reproches de los hijos por sus carencias afectivas. Ella había sido educada con estas carencias, de ahí que no fuera primordial en su función de madre, no obstante este cuestionamiento y reclamo de los hijos, se traduce en obligaciones sin esperar correspondencia. Las demostraciones de rechazo implican necesariamente reafirmar su noción de fracaso, de ahí que no

pueda fincar *nociones de derecho* ante ellos.

RESULTADOS GENERALES

Tomando como referencia el análisis individual, es evidente que la noción de hombre y mujer está implícita en la red de relaciones que encuadra el marco cultural de estas mujeres. El *deber ser mujer* apunta hacia funciones elementales como aprender las labores propias del hogar, colaborar con la economía, enamorarse, casarse y ser madre, en cambio el *deber ser hombre* está dirigido a cumplir con actividades fuera de casa, lograr su independencia y más tarde formar una familia. Esta noción de ser mujer está presente en sus prácticas culturales; pertenecen a un mundo en donde a la mujer se le enseña a trabajar desde la infancia, condición asumida como natural, la cual se perpetra en el transcurso de sus vidas. Dado el contexto social y económico, no es necesaria la educación formal, es suficiente aprender a leer y escribir, de ahí que no concluyan la educación básica en la niñez y no conciban indispensable su desarrollo intelectual. De adolescentes seguirán contribuyendo en la economía familiar porque así debe ser, podrán relacionarse con jóvenes de su edad, casarse y ser madres.

Esta concreción de ser mujer se puede distinguir a partir de tres aspectos fundamentales, ejes de nuestro estudio; *la noción de la afectividad, la maternidad y la relación con el otro*, en donde subyace el ejercicio y atribución de derechos naturales, parte de su deber ser que operan en lo cotidiano, así como el *ejercicio de pre-derechos* que comienzan a germinar a partir de la *reflexividad y agencialidad*, que les permite reinterpretar sus ideas y su visión del mundo, ante vivencias cotidianas muy particulares.

En cuanto a la afectividad encontramos puntos de coincidencia en las cuatro mujeres; en la adolescencia, en donde es claro el inicio de esta noción, ya que es cuando comienzan sus primeras experiencias de noviazgo, relacionarse con el otro debía estar fincado en lo amoroso, idea que asumen

como natural, y como una necesidad de cariño correspondido por la falta de afecto en las relaciones familiares desde su infancia. *El significado que le confieren al ejercicio sexual está ligado a la maternidad, condición que conciben inherente a ellas, consecuencia de la práctica sexual y el camino para institucionalizar su relación.* "Con las relaciones se embarazan", le habían dicho a Sara. En el caso de Carmen, *su idea de maternidad adquiere otro sentido a partir de la experiencia con su padre, la concibe como un derecho natural pero con la posibilidad de ejercer en soltería.*

En la relación con el otro, debía cubrir su necesidad afectiva; para Sara, Hortencia y Lourdes lo normal sería formar una familia ya que sus expectativas estaban fincadas en el matrimonio. En Carmen, aún cuando su idea del amor permanecía, *la resignificación del ejercicio de la maternidad la concibe factible en soltería.*

Sin embargo, en los diferentes momentos de estas mujeres a través de la lectura que hacen de situaciones particulares, es claro *el proceso de resignificación* en estos tres aspectos que coadyuvaron a que su idea de lo natural se modificara y pusieran en práctica estrategias: aún cuando la noción de lo amoroso continuó permeando sus relaciones afectivas, a través de *la procesos de reflexividad y agencialidad, logran desligar el ejercicio sexual de lo afectivo y de la consecuente maternidad, confrontando el deber ser con el ser,* reinterpretan su noción y comienzan a cuestionar lo que debe ser ante lo que en realidad es. Aquello que antes parecía inamovible y natural, es susceptible de controlar y modificar, y ponen en práctica nuevas formas de relación, de ahí que sus perspectivas con relación al otro, de lo sexual y la maternidad sean *desmitificadas* pues saben que sus vidas pueden tomar otros rumbos.

Este sentido compartido, de *reflexividad y agencialidad*, en donde materializan la *noción de derecho*, se advierte en los cuatro casos, bajo diferentes condiciones y momentos, todas muestran su capacidad de elección, ponen en juego tácticas como el uso de contraceptivos y de su cuerpo como

parte de su expresión y reconocimiento, rompiendo con la *noción de ser madres* y la *afectividad* como únicos fines de esta práctica, lo cual resulta relevante en ellas, dadas sus prácticas culturales.

En Carmen este proceso se observa a los treinta y ocho años, en su relación con Alfredo, con quien resignifica su idea de lo sexual y opta por evitar ser madre, agencialidad que supone el ejercicio de un *pre-derecho*.

Con Sara, la resignificación se advierte a la edad de veintinueve años, con su reencuentro con Gerardo que interpretamos como una *noción derecho* al decidir sobre su propio cuerpo.

En el caso de Lourdes, madre sola de tres hijos, a los veintiséis años al relacionarse con Simón, reinterpreta su *noción de la sexualidad*, que la conduce a ejercer un *pre-derecho* al evitar la maternidad.

Hortencia también madre de dos hijos, resignifica su idea a los treinta años, y ejerce la *noción de derecho* en su relación con Andrés evitando la *consecuente* maternidad.

Este proceso de *resignificación* que inicia a partir del uso de su cuerpo como *expresión sexual*, impacta no sólo en el terreno afectivo, en su *noción de maternidad* y en sus relaciones de pareja, sino que también tiene efectos en otros ámbitos, como en el caso de Carmen al cuestionar la propiedad heredada al hermano varón. Lourdes logra desligarse de su familia nuclear e independizarse con sus hijos. Hortencia se independiza económicamente e intenta darles mejores condiciones de vida a sus hijos. Condición que las sitúa ante la posibilidad de *cuestionar el mundo dado y en un sentido práctico las lleva a actuar bajo otra visión en su cotidianeidad*.

Como *madres solteras*, encontramos un sentido compartido, a la luz un *pre-derecho*, en los casos de Carmen y de Sara, deciden cuándo ser madres y bajo qué condiciones. Asumir la maternidad es para Carmen una condición que tiene que cubrir porque así debe ser, reafirmando su idea de ejercer en soltería.

En Sara, Lourdes y Hortencia, también significó parte de esa noción de tener que ser madre como un derecho natural de toda mujer, esperando cubrir sus expectativas a partir del otro. No obstante es claro que en las cuatro mujeres su seguridad ontológica se vulnera al confrontar lo esperado con lo que en realidad es, lo que las lleva a la incertidumbre y a ejercer la maternidad como parte del *deber ser mujer*.

En el marco cultural que encuadra las relaciones sociales de estas mujeres, están presentes mentalidades que regulan la promoción de mujeres y hombres, en donde subyacen la *atribución y asunción de derechos naturales inscritos en el deber ser que individualizan en lo cotidiano desde la infancia*. La naturaleza pues de su condición de mujeres girarán en torno a la afectividad que las conducirá al matrimonio y a ser madres.

Sin embargo esa idea natural de percibir y asumir la vida, se ve trastocada por vivencias particulares que actúan como parte-aguas de lo que creían debía ser su función de mujeres. Mediante procesos de *reflexividad y agencialidad*, comienzan a romper con su concepción del mundo y arriesgan nuevas formas de relación, desarrollando estrategias que concretizan en *la separación del ejercicio sexual de la maternidad*. Cuestionan y confrontan las creencias consideradas inamovibles, lo que les posibilita cambiar el curso natural de sus vidas. Esta forma de ejercer *diferente* se interpreta como un *pre-derecho*, ya que dejan a un lado la idea de la maternidad inherente a lo sexual, pero bajo condiciones de clandestinidad porque para el colectivo es un ejercicio que sale de la norma ya que no cumple su función primera de institucionalizar una relación. Esa noción de derecho que comienza a germinar, adquiere un sentido práctico en sus vínculos y en el uso de tácticas, recordemos en los cuatro casos la confrontación de los patrones preestablecidos que marcan un límite que no debían transgredir, desafío que implicó actuar bajo la sombra de lo prohibido pero con la idea clara de poder decidir sobre sí mismas y

reconocerse la capacidad de ejercer la sexualidad.

Esta confrontación les permite experimentar como es en los casos de Carmen y de Sara, a correr el riesgo no sólo en el terreno sexual sino también en el ejercicio de la maternidad, alcance que tiene que ver con un *pre-derecho* incipiente pero también como parte del deber ser mujer que continúa presente como regulador de su papel social y que es utilizado como estrategia por Sara en su intento de formalizar su noviazgo que en definitiva responde a su idea del curso natural de su vida que continúa permaneciendo su relación. Carmen ejerce la maternidad como parte del deber ser mujer, pero a diferencia de Sara, prescindiendo de la imagen paterna, lo que supondría desafiar lo natural pero al mismo tiempo cumplir con el deber ser madre.

Al cuestionar la realidad, lo que esperaban ante lo que en realidad es, observamos que su seguridad ontológica se ve afectada, vulnerando su condición de mujeres y de madres solteras, que se traduce en sentimientos y actitudes particulares que van construyendo el desenlace de sus historias, en donde *la noción de derecho que comenzaban a ejercer como mujeres se anula y no llega a trascender a su condición de madres.*

Así mismo, como madres solteras, cada una de ellas se apropia de formas individuales de *ser madre*, por lo tanto, en la actualidad sus vidas tienen rasgos muy personales.

En su relación con Pedro, Carmen logra resolver su necesidad afectiva en términos espirituales, anulando el ejercicio sexual ya que su vida actual está regulada por la Iglesia, por lo que la noción de derecho construida en torno a esta práctica pierde relevancia. El *pre-derecho* que comenzó a ejercer al decidir ser madre, también deja de tener sentido ya que lo asume como una obligación natural porque así debe ser. Sin embargo, la idea de ser madre soltera que concibe desde adolescente y que reafirma al paso del tiempo, crea en ella una fortaleza de carácter que le permite ser independiente, proceso que implicó en los primeros años incertidumbre y vulnerabilidad por su necesidad

afectiva, no obstante, al paso del tiempo logra trascender con la coadyuvancia de la religión, por lo tanto no llega a concretizar el ejercicio de derecho porque su idea de maternidad continúa regida por el deber ser.

Para Sara su actual condición de madre sola, la hacen una mujer vulnerable, la cual vive con incertidumbre con respecto al otro, lo que se manifiesta en sentimientos de frustración y fracaso. Al enfrentar la realidad que no es como la pensaba, su seguridad ontológica se quebranta, de ahí que el pre-derecho ejercido antes con respecto al ejercicio sexual y a la maternidad, dejan de tener importancia, y sólo conciba obligaciones que cumplir como parte natural del deber ser, sin un proyecto de vida.

En el caso de Lourdes, esta seguridad se trastoca desde que comenzó a ejercer la maternidad, asumida como una obligación sola ya que no alcanzó su meta de matrimonio. A pesar de ello, se observa un proceso de *reflexividad* que implicó se reconociera nociones de derecho en el ejercicio sexual, el cual no logra trasladar a su condición de madre, quizá porque el deber ser madre adquiere mayor peso en su condición de soltería, lo que significa para ella el fracaso y la frustración, idea que es reafirmada por los hijos quienes la conciben como una madre que no cubrió sus necesidades afectivas, las cuales a eran secundarias, posiblemente porque así fue educada, de ahí que no exista un proyecto de vida y sólo reconozca obligaciones de madre. vulnerar

Con Hortencia, el ejercicio de la maternidad vulneró su seguridad a partir de que Refugio la abandonó y asumió su condición en soltería, incertidumbre que significó asumir la obligación absoluta sobre todo en lo afectivo, por lo que la noción de derecho pierde validez porque el deber ser madre es una obligación. El ejercicio de un pre-derecho en el terreno sexual se pierde por su dependencia afectiva hacia Refugio y por sus encuentros en los últimos años que vulneran su condición y crean en ella incertidumbre ante un futuro que carece de expectativas y sólo pueda reconocerse obligaciones como mujer y

como madre.

A pesar de que comienzan a construir *nociones de derecho* que les posibilita tomar decisiones en sus relaciones afectivas, esa noción pierde importancia y es superada por el deber ser que se impone tácitamente y que anula toda oportunidad de consolidar el derecho, lo que impide trasladarlo a su condición de madre, como en el caso de Lourdes que asume ciertos derechos en su relación amorosa, sin embargo como madre no se sabe capaz de ejercerlos.

Encontramos que en los cuatro casos **la noción de derecho como madres no llega a cristalizarse** por la idea del deber ser madre, que en su condición en soltería, es categorizada culturalmente fuera de la norma, lo que implica que *no vislumbren derechos pero sí obligaciones para con los hijos, por concebirlo un ejercicio también clandestino que rompe con la naturaleza misma del curso de la vida de las mujeres*, que alguna vez fueron capaces de desafiar, pero que al materializarlo rebasa las expectativas fincadas en su concepto de maternidad que no se cumplen.

En estos procesos de *reinterpretación* se detectan cambios significativos en la concepción de sí mismas, que ciertamente las conduce a asumir su condición de mujeres y de madres solteras; las expectativas creadas en torno a la maternidad y a la relación de pareja se ven modificadas en el transcurso de sus historias, por lo que cabría preguntarnos qué sucede en esos procesos, por qué para ellas el deber ser cobra mayor importancia en su condición de madres solteras, a pesar de que reconocen necesidades de "merecer" ciertos privilegios ante los hijos, como que las comprendan, que las respeten, que las amen, no son capaces de trascender y **materializar sus derechos como madres**, condición que ejercen mas bien como una obligación natural porque así tiene que ser, de ahí que no puedan ejercer *nociones de derecho* y solo se queden en necesidades que desean cubrir y que trasladan a obligaciones.

Esta reinterpretación se ve reflejada en sus relaciones afectivas, pareciera ser que buscan cubrir sus necesidades también en términos de "merecer" y que logran sólo en lo afectivo, ya que el sentido que le confieren a la institucionalización de la relación no se cumple, lo que se traduce en insatisfacción y sentimientos de fracaso como mujeres e impacta necesariamente en su condición de madres solteras. En este ámbito, aún cuando en algunos momentos se vislumbraban nociones de derecho, no se cristalizan como tales, quizá por el predominio de las mentalidades que sustentan su marco cultural que regulan lo que una mujer debe ser, condición que estas mujeres no han podido trascender.

En la actualidad, como mujeres y como madres el cumplimiento de sus expectativas, nos remite a revisar la trayectoria de sus vidas y de su visión del mundo; en cuanto a la afectividad, encontramos un sentido compartido ya que la idea del amor permaneció, sin embargo en el ejercicio de la maternidad y en su relación con el otro individualizan prácticas diferentes; para Carmen pareciera ser que la relación con el otro está resuelta por el vínculo afectivo con su amigo Pedro que regula su Iglesia y que de alguna manera cubre su necesidad de afecto.

En cuanto a Sara la noción de derecho antes alcanzada, pierde relevancia ante el incumplimiento de sus expectativas con relación al otro, lo que la lleva a concebirse como una mujer frustrada y fracasada, sin un proyecto de vida sola y a asumir su maternidad como una obligación porque así tiene que ser.

En Lourdes las expectativas no cubiertas como mujer, implican que la noción de derecho no se reconozca, lo que se refleja en su sentimiento de fracaso que está presente en las relaciones con sus hijos.

En el caso de Hortencia sus expectativas no cumplidas significaron que la noción de derecho dejara de tener sentido en su relación con el otro se traduzca en sentimientos de fracaso.

Será que el deber ser adquiere mayor peso ante su condición última de *madres solteras e impide el reconocimiento y el ejercicio de derechos*. Resulta pues para ellas en última instancia una carga en términos afectivos y emocionales más que en el plano económico, que deben afrontar porque así tiene que ser, aún cuando el sentido natural de la vida fue objeto de resignificación y sus vidas tomaron otras directrices.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Culturalmente encontramos mentalidades que regulan lo que debe ser una mujer y lo que debe ser un varón, para estas mujeres es claro que su papel social es asumido y ejercido como natural en una primera etapa; trabajar desde niñas para contribuir en la economía familiar, aprender a leer y escribir, vivir con carencias afectivas por parte de los padres, relacionarse con jóvenes de su edad, casarse y ser madres. En el transcurrir de sus historias, la *reinterpretación* de este sentido compartido pone en cuestión lo dado y las induce a actuar bajo otra óptica; son capaces de tomar decisiones y poner en práctica estrategias que las llevan a tener perspectivas diferentes en torno a la pareja y a su visión de la maternidad. A partir de este proceso de *reflexividad* y de *agencialidad*, comienzan a ejercer nociones de derecho en lo sexual, lo que implica nuevas formas de relación, este *salto que logran dar es significativo en su caso*, dado el sentido compartido de lo sexual y la maternidad en su encuadre cultural.

Ejercen la maternidad como parte de lo que tiene que ser, pero desmitificando su práctica dentro de la legalidad. No obstante al materializar su condición de madres solas no logran trascender el deber ser, de ahí que su condición actual la conciben y la ejercen como una obligación, "así tiene que ser", en consecuencia, **la noción de derecho que comenzaba a germinar pierde significado.**

Para ellas la seguridad ontológica se trastoca al cuestionarse lo natural, lo que debe ser una mujer. Aún cuando existe un sentido compartido en cuanto a la afectividad, y en la *resignificación del ejercicio sexual*, y *comienzan a ejercer el pre-derecho*, es evidente que su fortaleza de carácter va delineando sus acciones y actitudes en torno a la maternidad en donde **no trasciende el ejercicio del derecho y sólo se quedan en obligaciones.** El desenlace de sus vidas es particular, pareciera ser que no todas se afectan de igual manera,

ya que su fortaleza también responde a experiencias y circunstancias personales.

Entendemos que su dependencia afectiva y emocional y sus expectativas puestas en el otro, fueron asumidas de distintas formas, a partir de su fortaleza psicológica y de los sucesos que se desprenden de su reinterpretación de la realidad. Hortencia y Sara cuyos caracteres se expusieron más a la vulnerabilidad e incertidumbre por su dependencia hacia el otro, asumen su condición de madres solas con mayor conflicto de existencia. Para Lourdes aún cuando la afectividad y lo sexual son parte de su condición de mujer, que se reconoce y resuelve sin mayores expectativas que tener una pareja, el ejercicio de la maternidad cuestionada por los hijos, vulnera su condición de madre en soltería e impacta en sus relaciones cotidianas. En Carmen encontramos una vida *resuelta* en lo afectivo y en lo sexual, por lo que podríamos pensar que dada su fortaleza de carácter y su independencia del otro, la inducen a asumir su maternidad en soltería con menos conflictos que las otras mujeres, aun cuando no lleguen a trascender al ejercicio del derecho.

Para concluir podríamos aventurarnos a afirmar que el arraigo de creencias e ideas que subyacen en su contexto contribuye a coartar el proceso de *reflexividad* y *agencialidad* y en consecuencia su capacidad de reconocer nociones de derecho que más tarde pudieron llegar a concretizarse en derechos ejercidos conscientemente no sólo como madres, sino también en su relación de pareja en todas sus relaciones sociales. Para el colectivo al que pertenecen *desafiaron* lo *natural*, lo esperado socialmente de una mujer y ejercieron la *maternidad en falta*, lo que posiblemente anuló su capacidad de reflexión y el traslado de su ejercicio al reconocimiento sólo de obligaciones como madres.

No podríamos afirmar que todas las mujeres que comparten las prácticas culturales de estas mujeres que enfrentan este ejercicio se conciben de igual

forma porque sus expectativas no se alcanzaron. Lo que sí sabemos es que en nuestra sociedad actual, todas las mujeres nos movemos en un marco cultural preestablecido, en él nos son inculcadas mentalidades que coadyuvan en nuestra construcción y quizá inconscientemente reforzamos y perpetrarnos formas de relación dadas como naturales, para estas mujeres en el momento en que salen de la norma, se asumen *diferentes*. Por lo tanto, sólo son un referente de su cultura.

Algunas propuestas que coadyuvarían a la deconstrucción de su ser.

Esta pequeña muestra representativa de la condición de madres solteras de escasos recursos económicos, nos mueve a pensar en el impacto social que conlleva, no sólo en lo afectivo y en su relación con el otro, sino también en la repercusión en otros ámbitos; en su interacción con los hijos, con los hermanos, con los padres, con otras parejas, en lo laboral, etc. Partiendo de la interpretación de sus narrativas, proponemos alternativas encaminadas a la posible deconstrucción de su ser.

Consideramos podría ser de gran utilidad el diseño, planeación e instrumentación de programas para darles apoyo psicológico mediante talleres y terapia individual, implementando estrategias que permitan la reflexión de su noción del mundo; sus prácticas culturales, de la concepción de sí mismas, de su relación con el otro, de la afectividad y de la maternidad, lo que podría contribuir a resignificar su ser así y su deconstrucción a través de la reflexión y la agencialidad, lo que generaría el ejercicio y atribución de derechos reconocidos conscientemente, y la posibilidad de lograr mejores condiciones de vida que necesariamente se verían reflejadas en su interacción social.

En la creación de estos programas sería conveniente considerar a los hijos, a los padres y a la pareja, en los casos que sea factible, de estas mujeres para conocer su visión de la realidad para comprender su interacción con las

madres solteras, y así poder detectar posibles conflictos relacionados con este ejercicio.

Como una forma de ampliar el estudio de este grupo de mujeres, cabría la posibilidad de proponer la difusión de dichos programas a instituciones preocupadas por la salud integral de la mujer, lo que probablemente generaría subsiguientes investigaciones basadas en testimonios de otras madres solteras, de sus hijos y de madres casadas. Contrastar datos de diferentes capas sociales, de diversos niveles académicos, etc. que enriquecerían el conocimiento de la psicología de las madres solteras.

Así mismo, es importante tomar en cuenta a aquellas mujeres que recién enfrentan esta situación desde el embarazo, ya que en esa primera fase, la incertidumbre y las circunstancias propician estados de vulnerabilidad. Quizá una orientación adecuada induciría a la reflexión y la posibilidad de crear opciones de vida que facilitarían asumir su maternidad en soltería desde otras perspectivas.

Por último, valdría la pena no perder de vista que en el campo de la psicología existen alternativas encaminadas a crear mejores condiciones de vida a mujeres y hombres, ciertamente debe existir el compromiso real como psicólogos para coadyuvar en la *deconstrucción* de los individuos con igualdad de oportunidades, en donde la asunción y/o atribución de los derechos humanos no institucionalizados debiera ser la columna vertebral de su relación cotidiana cuyo fortalecimiento impactaría en la construcción de sociedades democráticas y equitativas.

BIBLIOGRAFIA

Alvarado, V., Strevel L. (1995). "La Cotidianeidad y los Derechos Humanos". Seminario Taller Identificación de la Individuación de la Práctica y Perpretación de los Derechos Humanos.

Alegria, Juana. (1978). Psicología de las Mexicanas. Diana, México.

Alvarez, Alfredo. (1985). La Mujer Joven en México. El Caballito, México.

Beauvoir, De Simone. (1975). El Segundo Sexo. Los Hechos y Los Mitos. Siglo XX, Buenos Aires.

Baker, Jean. (1992). Hacia una Nueva Psicología de la Mujer. Paidós. México.

GIMTRAP-CIMAC. (1995). Carpeta Informativa: Mujer, Trabajo y Pobreza. Diciembre, México.

Casanova, Martha, (ed). (1995). Ser Mujer. La Formación de la Identidad Femenina. Colección Popular UAM, México.

Charles, Margaret. (1988) "La Imagen de la Mujer Urbana". En: El Caso de las Revistas Femeninas. Fem. 89, Noviembre, 44-49, Ncf, México.

Chartier, R. (1992). El Mundo como Representación. Historia Cultural: Entre Práctica y Representación. Gedisa, España.

Declaración Universal de los Derechos Humanos. (1991). Amnistia Internacional.

Donelly, J. (1994). "El Relativismo Cultural y los Derechos Humanos". En: Derechos Humanos Universales en la Teoría y en la Práctica. Gernika, México.

García, Carola. (1987). Revistas Femeninas. La Mujer Como Objeto de Consumo. El Caballito, México.

GEM. (1994). Repensar y Politizar la Maternidad: Un Reto de Fin de Milenio. México.

GIMTRAP. Las Mujeres en la Pobreza. (1994). El Colegio de México, México.

- Hammersley, Martyn. (1994). Etnografía. Métodos de Investigación. Paidós. España.
- Heller, Agnes. (1972) Historia y Vida cotidiana. Aportación a la Psicología Socialista. Grijalbo, México.
- Hernández, Laura. "Deformación de Niños y Niñas". Fem. 8, 1991. México.
- Hiriart, Berta. (1993). "Los Derechos de las Madres Solteras". En: Revista Mujer/fem press. 141, México.
- Iñiguez, Lupicinio. (1995). "Métodos Cualitativos en Psicología Social: Presentación". En: Revista de Psicología Social Aplicada, Vol. 5, 1-2.
- Lagarde, Marcela. (1990). Cautiverios de las Mujeres: Madresposas, Monjas, Putas, Presas y Locas. Colección Postgrado, UNAM, México.
- Marias, Julián. (1980). "Mujer y Proyectos: La Busca de Identidad". En: La Mujer en el Siglo XX. 176-196. Alianza, Madrid.
- Nava, Ma. de los Angeles. (1989). "El Trabajo de la Mujer como una Opción en el Desarrollo Cultural". En: Seminario sobre la Participación en la vida Cotidiana. UNAM, México.
- Ramírez, Santiago. (1977). El Mexicano. Psicología de sus Motivaciones. Grijalbo, México.
- Romero, José Luis. (1987). Estudio de la Mentalidad Burguesa. Alianza, México.
- Rosado, R. (1994). Cultura y Verdad. Cnca, México.
- Rubin, (1986). "Niños, Niñas y Grupos". En: Amistades Infantiles. Morata, México.
- Scholtys, Beatriz. "Las Capitalinas de Perfil". En: Doble Jornada. Año 11 (130), 8-9. Diciembre 1997.
- Serrano, Javier. (1995). "Discurso Narrativo y Construcción Autobiográfica". En: Revista de Psicología Aplicada. Vol. 5, No. 1-2.
- Suárez, Estela, "La Fuerza de Trabajo Femenina en Ascenso". En: Doble Jornada. Año 11, (121), 23. Marzo 1997.

Talamante, Cecilia, (ed). (1993). Memoria de una Experiencia Educativa para Repensar la Maternidad que Vivimos y Deseamos las Mujeres. Grupo de Educación Popular con Mujeres, A.C. México.

Talamante, Cecilia, (ed) (1994) Mitos, Realidades y Propuestas Sobre la Maternidad. Grupo de Educación Popular con Mujeres, A.C. México.

Wolcott, Harry. (1985). "Sobre la Intención Etnográfica". En: Educational Administration Quarterly. Vol.XXI. No. 3. Traducc. Soto Páez.